YOKO TAWADA

El emisario

Traducción de Marta Morros Serret

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

YOKO TAWADA

El emisario

Traducción de Marta Morros Serret

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Mumei, que todavía llevaba puesto el pijama de seda azul, estaba sentado directamente en el tatami. Parecía una cría de pájaro, quizá porque su cabeza era enorme en comparación con su cuello largo y fino. Tenía el pelo totalmente pegado al cuero cabelludo por el sudor, como si fueran hilos de seda. Movió la cabeza entrecerrando los ojos, como buscando algo en el cielo, a la vez que intentaba atrapar en los tímpanos el sonido de las pisadas sobre el camino de grava del exterior. Los pasos, cada vez más sonoros, se detuvieron de repente. La puerta corredera se abrió traqueteante como un tren de mercancías. Mumei abrió los ojos y el sol matutino, amarillo como un diente de león fundido, se coló en la habitación. Echó los hombros hacia atrás con fuerza, hinchó el pecho y estiró los brazos como un pájaro que extiende las alas.

Yoshiro entró jadeante y sonriendo, con las arrugas de la comisura de los ojos muy marcadas. Hizo ademán de quitarse los zapatos y, al levantar un pie y bajar la mirada, varias gotas de sudor le corrieron por el rostro.

Todas las mañanas, Yoshiro cogía un cachorro de la tienda de alquiler de perros que había en la esquina y juntos corrían media hora por la orilla del río. Cuando el caudal era escaso, el río parecía una cinta plateada que serpenteaba hasta un lugar distante e insospechado. Antaño, a correr así sin ningún objetivo lo llamaban hacer *jogging*, pero, de un tiempo a esta parte, las palabras extranjeras habían caído en desuso y a tal actividad se la había empezado a llamar «correr a lo novia a la fuga». Se había empezado a decir así a modo de broma porque, al correr, la presión arterial baja como si hubiera una fuga en el corazón y, rápidamente, esa expresión que se puso de moda quedó como un término establecido. Lo cierto es que la generación de Mumei jamás habría relacionado esa palabra con algo que tuviera que ver con un asunto amoroso.

Aunque las palabras extranjeras ya no se usaran, en la tienda de alquiler de perros todavía había muchos carteles colgados con palabras en *katakana*.[1]

La primera vez que Yoshiro corrió «a lo novia a la fuga» pensó que no sería un corredor veloz y que, a poder ser, prefería coger un perro de tamaño pequeño. Así que alquiló un Yorkshire terrier, pero, para su sorpresa, el animal resultó ser muy rápido. Yoshiro corría, tambaleándose y casi sin aliento, tirado por el perro, mientras este volvía la cabeza de vez en cuando a la vez que levantaba el hocico con

actitud impertinente y cara triunfante como preguntándole «¿Qué tal?». A la mañana siguiente, lo cambió por un perro salchicha, pero resultó que el perro era un holgazán al que, tras haber recorrido unos doscientos metros, de repente se le habían pasado las ganas de correr y Yoshiro tuvo que regresar arrastrando al cachorro con la correa hasta la mismísima tienda de alquiler de perros, porque este se resistía a levantar el culo del suelo.

–No sabía que hubiera perros a los que no les gusta pasear –dijo quejándose educadamente cuando lo devolvió.

–¿Cómo dice? ¿Pasear? ¡Aaah, pasear! ¡Ja, ja, ja! –le respondió el hombre de la tienda haciéndose el tonto y riéndose, con aires de superioridad, de un anciano que utilizaba palabras en desuso como «pasear».

El tiempo de vida de las palabras era cada vez más corto: pero no eran únicamente las palabras de origen extranjero las que desaparecían. Había palabras que dejaban de usarse porque se tildaban de pasadas de moda y, de hecho, algunas se quedaban sin términos que las sustituyeran.

La semana anterior, Yoshiro había alquilado un pastor alemán, pero, al contrario que el perro salchicha, este estaba demasiado bien entrenado y lo hizo sentir inferior. Al principio, se puso a correr con todas sus fuerzas, pero a medio camino se quedó exhausto y acabó arrastrando los pies, intentando no desfallecer, mientras que el perro, fuera cual fuera el ritmo de Yoshiro, estuvo todo el rato corriendo a su lado. Cada vez que miraba el rostro del perro, este le devolvía la mirada con el rabillo del ojo como diciéndole «¿Cómo vas? Fenomenal, ¿no?». Molesto por esa actitud de estudiante de matrícula de honor, Yoshiro decidió no volver a alquilar un pastor alemán nunca más.

Así pues, aunque Yoshiro todavía no hubiera encontrado a su perro ideal le preguntaban qué tipo de perro prefería, en realidad sentía una especie de satisfacción secreta difícil de explicar.

De joven, cuando le preguntaban qué compositores, diseñadores o vinos le gustaban, respondía rápidamente lleno de orgullo. Convencido de que tenía buen gusto, había invertido tiempo y dinero en ir de compras para presumir, pero con el tiempo había dejado de creer que la individualidad en la que nos cobijamos se cimente en los gustos personales. Escoger bien los zapatos seguía siendo importante para él, pero ya no elegía el calzado como una manera de reafirmar su

identidad. Las zapatillas Idaten que ahora llevaba eran un modelo que la empresa Tengu había lanzado hacía poco y eran tan sumamente cómodas que parecían unas *waraji*.[2]

La empresa Tengu tenía su sede en la prefectura de Iwate, y en el interior de las zapatillas aparecía escrito lo siguiente a pincel: «Iwate» en *kanji* y las sílabas «*ma*» y «*de*» en *hiragana*. Es decir, las generaciones que no habían aprendido inglés habían hecho una nueva interpretación del «*made*» del «*made in Japan*».[3]

En su época de estudiante de secundaria, Yoshiro no se sentía nada cómodo con esa parte del cuerpo llamada «pies». Le habían crecido flácidos y frágiles a un ritmo vertiginoso y los calzaba en esas zapatillas de goma robustas y voluminosas de marca extranjera que tanto le gustaban. Más adelante, al terminar la universidad, estuvo trabajando en una empresa en la que solía calzar unos zapatos estrechos de piel marrón, pero solo para que no descubrieran que en realidad no tenía intención de seguir trabajando allí. Por otro lado, los primeros derechos de autor que cobró tras publicar su primera novela se los gastó en unas botas de montaña. Siempre que salía de casa, aunque fuera para ir a la oficina de correos que estaba al lado, se ataba meticulosamente los cordones de las botas con el fin de estar preparado para lo que pudiera ocurrir.

A partir de los setenta años sus pies se alegraron de ir en *geta*[4]

y sandalias. Con este tipo de calzado quedaban expuestos a la lluvia y a los mosquitos, pero, al observar detenidamente como el empeine de los pies acepta con serenidad tales incomodidades, Yoshiro llegó a la conclusión de que él era como sus empeines. Entonces, se le despertó el deseo de ponerse a correr y, en su búsqueda de un calzado parecido a unas *waraji*, descubrió las zapatillas Tengu.

Yoshiro seguía en la entrada quitándose el calzado. Tras un tambaleo, apoyó una mano en la columna de madera salvaje y sintió el grano de esta en la punta de los dedos. El transcurso del tiempo queda marcado en forma de anillos en el interior de los árboles y arbustos, pero ¿qué forma toma en el interior de nuestros cuerpos? La experiencia en la vida no se ensancha en forma de anillos ni se dispone ordenadamente en fila, sino que parece más bien el caos de un cajón que nunca se ha ordenado. Mientras pensaba eso, se tambaleó por segunda vez y enseguida puso el pie izquierdo en el suelo.

–Qué mal se me ha dado siempre sostenerme sobre una pierna... –soltó para sí mismo, y al oír eso Mumei entrecerró los ojos y levantó un poco la nariz.

–Bisabuelo, ¿acaso quieres convertirte en una grulla? –le preguntó.

Tras pronunciar esas palabras, la cabeza dejó de oscilarle como un globo y, a continuación, Mumei irguió el cuello sobre la columna vertebral, con un aire juguetón y agridulce en la mirada. Yoshiro se emocionó, pues, por un instante, el precioso rostro de su bisnieto le recordó al semblante de un buda.

–¿Todavía vas en pijama? Venga, vístete deprisa –dijo fingiendo estar enfadado, y después abrió un cajón de la cómoda.

Allí, la ropa interior del niño y el uniforme de la escuela esperaban educadamente la llamada de su amo. Como de costumbre, Yoshiro la había doblado formando un rectángulo y la había colocado en la cajonera la noche anterior antes de ir a dormir. A Mumei le angustiaba que la ropa tuviera vida propia y se escapara por la noche. Le perturbaba que se fuera a beber cócteles y a bailar en un club, y que volviera toda sucia y arrugada. Por ello, antes de acostarse, Yoshiro siempre cerraba con llave el cajón de la cómoda.

–Ya te puedes vestir tú solito, porque yo no te voy a ayudar.

Yoshiro puso delante de su bisnieto el conjunto de ropa, después se dirigió hacia el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría entre salpicaduras. A la vez que se secaba el rostro con un pañuelo de algodón japonés, se quedó observando durante un rato la pared que tenía ante él, donde no había ningún espejo. ¿Cuándo debió ser la última vez que vio su rostro reflejado? Si no recordaba mal, a los ochenta años todavía se examinaba ante el espejo para cortarse los pelos de la nariz cuando le crecían o para ponerse crema de camelia en las comisuras de los ojos cuando se le resecaba la piel.

Yoshiro colgó el pañuelo en el tendedero que había fuera y lo sujetó con una pinza. ¿Desde cuándo había dejado de usar toallas occidentales y había empezado a usar únicamente pañuelos japoneses? Las toallas tardaban en secarse y, por muchas que tuvieras, nunca eran suficientes. En cambio, los pañuelos, con que los cuelgues en el tendedero de la veranda y sople un poco de viento, ondean en el aire con ligereza y se secan en un periquete. El Yoshiro de antes veneraba esas enormes y pesadas toallas. Por aquel entonces, aunque sabía que aquello era excesivo, después de usarlas las embutía en la lavadora

con satisfacción y añadía detergente a mansalva; esos días ahora le parecían una broma. Las pobres lavadoras agonizaban ante la letanía del centrifugado de las pesadas toallas en su vientre y, del todo extenuadas, morían a los tres años del sobresfuerzo. Cientos de miles de lavadoras muertas yacían en el fondo del océano Pacífico y se habían convertido en hoteles cápsula para peces.

Entre la habitación de ocho tatamis y la cocina había un suelo de madera de unos dos metros de ancho con una mesa sencilla de pícnic y unas sillas plegables de esas que usan los aficionados a la pesca. Para avivar más el desenfadado ambiente excursionista, encima de la mesa había una cantimplora redonda con un dibujo de un mapache y en la que relucía una enorme flor de diente de león.

Últimamente, los pétalos de los dientes de león medían unos diez centímetros de largo. En el concurso de crisantemos que se organizaba en el centro cívico todos los años, unos participantes habían exhibido un diente de león y había surgido la disputa de si aquello realmente podía considerarse un crisantemo o no. La facción opositora insistía en que los dientes de león de ese tamaño no eran crisantemos, sino mutaciones, mientras que los otros objetaban que la palabra «mutación» era discriminatoria, con lo que avivaron la llama de la discordia. De hecho, el uso de la palabra «mutación» casi había caído en desuso en este contexto y había sido reemplazada por el término más popular de «adaptación al medio ambiente». Como la mayoría de las plantas silvestres cada vez tenían mayor tamaño, si el diente de león hubiera sido el único en quedarse pequeño, habría terminado en la sombra. Los dientes de león también habían crecido para sobrevivir a las nuevas condiciones ambientales. Sin embargo, había una planta que había escogido la táctica contraria de empequeñecer para sobrevivir: un nuevo tipo de bambú que en su altura máxima solo alcanzaba el tamaño de un dedo meñique y al que, por ello, habían bautizado como «el bambú meñique». Con cañas de bambú así de pequeñitas, por mucho que la princesita de la Luna hubiera brillado, habría sido imposible que la pareja de ancianos la hubieran encontrado, a no ser que se hubieran arrastrado a cuatro patas con una lupa.[5]

Entre los opositores al diente de león, también había quienes insistían en que el crisantemo era la flor noble escogida para el emblema imperial y que no podía compararse con una mala hierba como el

diente de león. Mientras que la liga de los que estaban a favor del diente de león, compuesta sobre todo por los miembros de la Asociación de Restaurantes de Ramen, alegaron que un miembro de la corte imperial había dicho que no había malas hierbas, y así zanjaron siete meses de disputas en torno a la cuestión de si el diente de león era un crisantemo o no.

A Yoshiro el diente de león le recordaba los tiempos en que de niño se tumbaba boca arriba en la pradera y observaba el cielo. El aire era cálido; la hierba, fresca, y oía gorjear a los pájaros en la lejanía. Al volver la cabeza sobre la hierba, veía los dientes de león en flor a su lado, ligeramente más arriba de sus ojos. Un día, Yoshiro cerró los párpados, puso los labios en forma de pico y lanzó un beso a un diente de león; acto seguido, alzó medio cuerpo, nervioso, para asegurarse de que nadie lo había visto.

Mumei no había correteado por una pradera de verdad ni una sola vez en su vida. No obstante, parecía que se había creado una imagen de lo que era y que se preocupaba por conservarla.

–¿Qué te parece si compramos pintura para pintar las paredes? –había dicho Mumei de repente unas semanas atrás.

Yoshiro no lo entendió.

–¿Las paredes? Pero si todavía se ven limpias, ¿no crees? –le respondió.

–Pintémoslas de color azul, como el cielo. Añadamos también unas nubes y unos pájaros.

–¿Quieres que hagamos un pícnic en casa?

–Bueno, fuera es imposible, ¿no?

Yoshiro tragó saliva. De hecho, podría ser que dentro de unos años ya ni siquiera pudieran salir de casa y tuvieran que vivir rodeados de los paisajes que pintaran en las habitaciones.

–Vale, iré a por pintura azul –respondió Yoshiro, forzando una expresión de emoción en su semblante.

Si Mumei no albergaba miedo a una posible situación de confinamiento, no había ninguna necesidad de romperle el corazón.

Sentarse en una silla no era el fuerte de Mumei, de modo que

acostumbraba a comer sentado directamente sobre el tatami, en una bandeja lacada con diseños de espirales Naruto, como si estuviera jugando a ser un señor feudal del periodo Edo. Y los deberes los hacía sentado en el escritorio junto a la ventana. No obstante, siempre que Yoshiro sugería dar las sillas y la mesa a alguien porque no las usaban, Mumei se oponía rotundamente. Aunque no les dieran uso como mobiliario, por muy inútiles que fueran, para él representaban una especie de instalación que le evocaba épocas pasadas y países lejanos que probablemente nunca visitaría.

Yoshiro sacó el pan de centeno del papel de parafina, emitiendo un sonido como si en el jardín cayera un chubasco. Era un pan alemán al estilo de Shikoku, de color oscuro como el carbón y macizo como una piedra de granito. La corteza exterior era dura y seca, mientras que por dentro el pan era blando y jugoso. El dueño de la panadería había bautizado sus panes con distintos nombres de ciudades alemanas transcritos en *kanji*, cambiando así los nombres por el significado de los caracteres. Este pan negro de ligero sabor amargo tenía el nombre de Aquisgrán, cuyos *kanji* significaban «pseudoopio». Hannover era «la espada de la tía»; Bremen, «los fideos bailongos», y Rothenberg, «el paraíso de los baños termales al aire libre». En la puerta de la panadería había un cartel que decía: HAY PANES PARA TODO TIPO DE GUSTOS. DESCUBRE CUÁL PREFIERE TU PALADAR. Aquel insolente eslogan hirió la sensibilidad lingüística de Yoshiro, pero cuando vio los lóbulos carnosos de las orejas del panadero, recuperó la confianza en él. Amasados y horneados, esos lóbulos serían deliciosos; tenían tanto cuerpo que parecía que, al masticarlos, ganarían dulzura en cada bocado. El señor de la panadería era un «anciano joven». Un tiempo atrás, la expresión «anciano joven» suscitaba risas a algunos, pero había pasado a ser un término común sin que nos diéramos cuenta. Ya no te consideraban un «anciano de mediana edad» hasta que cumplías los noventa años, y el panadero tendría unos setenta y tantos.

Si bien remolonear dentro del futón cuando uno tiene que levantarse por las mañanas es típico del ser humano, este hombre, de humano no tenía ni un ápice. Todos los días, se despertaba a las cuatro de la madrugada sin despertador y se levantaba de un brinco, como los muñecos de las cajas sorpresa que salen disparados por el resorte que tienen en el trasero. A continuación, prendía una cerilla de diez centímetros para encender una vela de cinco centímetros de diámetro y diez de alto que tenía sobre un plato y, alumbrado por esa luz, se dirigía hacia el oscurísimo obrador. Aunque estaba acostumbrado a su trabajo, todos los días entraba en el obrador con

cierto nerviosismo, como cuando entraba en un templo por primera vez. Todavía percibía en el ambiente la calidez con que allí, mientras él había estado durmiendo, alguien había puesto a fermentar la masa de un pan invisible que después había horneado. Estaba convencido de que si no fuera por ese pan invisible de la noche que no se vendía, el pan del día no existiría. El olor tardaba muy poco en desaparecer del lugar. Aunque jamás podría ver el rostro del ser que hacía pan por las noches, durante todo el tiempo que trabajaba en soledad no se sentía para nada triste, quizá gracias a esa curiosa presencia. La panadería abría pronto por la mañana, a las seis y cuarto, y cerraba a las seis cuarenta y cinco de la tarde, por lo que algunos se preguntaban si en el pasado habría ejercido alguna profesión relacionada con la educación, pero, al parecer, la razón de ese horario estribaba únicamente en el tiempo exacto que él se había marcado que necesitaba desde el momento de levantarse para hacer todas sus tareas. En el caso de los empleados por cuenta ajena, si la empresa decide que la jornada laboral empieza a las ocho y media, todos los empleados, tanto a los que les cuesta levantarse por las mañanas como a los que no, deben entrar a trabajar a esa hora exacta. En el caso de este panadero, cumplían con devoción las reglas que se había puesto a sí mismo.

En la tienda había un trabajador que, igual que Yoshiro, sobrepasaba los cien años. Era de constitución pequeña y se movía tan rápido como una comadreja. Mientras Yoshiro seguía sus movimientos con la mirada, el dueño de la panadería se le acercó.

–Es mi tío –le dijo al oído–. Según él, las personas mayores de cien años no necesitan descansos. Cuando le sugiero que descanse un rato y se tome un té, se enfada y me riñe por proponérselo. Dice que los jóvenes de hoy en día se pasan más rato descansando que trabajando.

–Ya hace tiempo que los ancianos se quejan de que los jóvenes de hoy en día son unos inútiles. Dicen que quejarse es beneficioso para su salud. Asimismo, parece ser que el hecho de insultar a los jóvenes hace que les baje la presión sanguínea –le respondió Yoshiro a la vez que asentía con la cabeza repetidas veces.

–De hecho, mi tío tiene la presión más baja que yo. Y eso que no toma ninguna medicina. Usted también parece que tenga la presión baja. Cuando veo cómo se mueve mi tío, se me hace extraño pensar que antaño los jóvenes de sesenta y cinco ya se retiraban –dijo el panadero anciano joven, y observó a Yoshiro con envidia por ser un anciano genuino, de esos a los que no se les puede poner ninguna etiqueta calificativa como «joven» o «de mediana edad».

–Qué sistema tan extraño el de la jubilación. Era importante para legar los puestos de trabajo a los jóvenes.

–La verdad es que yo antes pintaba cuadros, y me llenaba de satisfacción pensar que nunca me podría retirar.

–¿Lo dejó?

–Sí. En realidad, pintaba cuadros abstractos, pero los críticos de arte siempre decían que parecían paisajes de los Alpes y eso me causaba ansiedad. ¿Por qué todo el mundo pensaba que mis cuadros eran paisajes de países extranjeros? Era algo que realmente me atormentaba. Así que, por mi propia seguridad, decidí seguir con el negocio familiar y vivir horneando pan. El pan tiene su origen en Europa, pero, por alguna razón, está permitido.

–Antaño el pan lo diferenciábamos según si era francés o inglés, ¿verdad? Qué japonesa suena esa forma de hablar. Me trae muchos recuerdos –dijo Yoshiro bajando la voz al pronunciar las palabras «francés» e «inglés», a la vez que miraba de reojo a derecha e izquierda para asegurarse de que no hubiera nadie en la panadería que pudiera haberle oído.

–De hecho, este pan antes se llamaba «baguette francesa», pero ahora su nombre oficial es «baguette de Sanuki». Aunque, en realidad, el origen de la palabra «baguette» también es extranjero.

–Me gusta el pan porque evoca países lejanos. Aunque para comer me gusta más el arroz, el pan me hace soñar. Así que, por favor, no deje de dedicarse a esto.

–No se preocupe. Pero este trabajo supone un esfuerzo físico bastante duro. Si no estiras bien los músculos, puedes acabar con tendinitis. Por la noche, cuando me tumbo en el tatami, los brazos me pesan. Alguna vez he llegado a pensar qué placentero sería poder quitarme los brazos para dormir como si fuera un robot.

–El otro día vi que anunciaban una clase para aprender a estirar el cuerpo. La hacen en el acuario. Lo recuerdo bien porque en el anuncio hacían un juego de palabras relacionado con la flexibilidad del pulpo.

–¡Es verdad! Yo también vi el cartel: PULPEA TU CUERPO Y VIVE COMO UN OCTÓPODO.

–¡Eso era! Pensé que aquello de «pulpear» era una tontería, pero, a saber, es imposible predecir hacia dónde evolucionará el ser humano,

quizá un día nos parezcamos a los pulpos. Cuando observo a mi bisnieto, a veces me da esa sensación.

–¿Cree que seremos todos pulpos dentro de diez mil años?

–Quizá. Los humanos del pasado seguro que pensarían que convertirse en pulpos significaría la degeneración de la especie, pero en realidad quizá sea más bien una evolución.

–En mi época de estudiante de secundaria, envidiaba los cuerpos que eran como las esculturas griegas. Ya ve que iba abocado a estudiar Bellas Artes. Pero en un momento dado me empezaron a gustar cuerpos totalmente distintos, como los de los pájaros y los de los pulpos. Algún día me gustaría verlo todo desde otra perspectiva.

–¿Qué perspectiva?

–La de los pulpos. Me gustaría ver las cosas desde la perspectiva de los pulpos.

Mientras recordaba la conversación que había tenido con el panadero, Yoshiro esperaba a que se calentara la leche de soja que había puesto en un cazo. Mumei tenía los dientes frágiles y era incapaz de comer nada que no estuviera remojado.

Cierto día Yoshiro vio que a Mumei se le empezaban a caer los dientes de leche como si fueran granos de una granada y que la boca se le llenaba de sangre. Yoshiro perdió los nervios y se puso a dar vueltas por la habitación sin ton ni son durante un rato. Para calmar la angustia se dijo a sí mismo que no debía preocuparse porque los dientes de leche se reponían al crecer, y después subió a Mumei a la bicicleta y lo llevó a la clínica dental. Como no tenían cita, tuvieron que aguardar más de dos horas en una sala de espera llena de humedad. Yoshiro cruzó y recruzó las piernas repetidas veces, al tiempo que se llevaba dos dedos a los labios como si fumara un cigarrillo, se rascaba las cejas de forma impulsiva y miraba el reloj de pared una y otra vez. En la sala de espera había unos modelos de dientes. Mumei cogió la muela del juicio, la puso sobre la alfombra roja y la empezó a empujar con toda tranquilidad como si fuera un camión. Yoshiro se imaginó un mundo sin humanos, con calles repletas de camiones convertidos en dientes gigantescos, y se estremeció.

Cuando Mumei se cansó de jugar con la muela, cogió un libro

ilustrado de gran tamaño titulado *La aventura del señor Colmillo*, se lo puso sobre el regazo y empezó a pasar las páginas. Yoshiro, que estaba sentado a su lado, echó un vistazo al cuento y dudó de si leérselo o no. Por aquel entonces estaba escribiendo un libro infantil, precisamente. Había pensado que quería probar a crear una historia que Mumei pudiera leer, pero le resultaba difícil escribir un cuento infantil para alguien tan cercano. Cuando un libro trata sobre problemas del día a día, pero no nos da soluciones, lo único que conseguimos es frustrarnos porque no nos ayuda. También se le había ocurrido la posibilidad de escribir un cuento sobre un mundo ideal, pero que Mumei leyera algo así tampoco le iba a cambiar la vida.

Mumei miraba el libro con los ojos empañados de lágrimas. En el cuento, además del señor Colmillo, que era el personaje principal, también aparecían la señora Muela del Juicio, el señor Incisivo y el señor Diente de Oro, entre otros. El dueño del señor Colmillo se daba de bruces contra un suelo de cemento, y el señor Colmillo se rompía y se caía por una alcantarilla. Después, unos ratoncitos lo encontraban y, al principio, no sabían qué pensar de él, pero al poco tiempo le construían un templo para venerarlo como si fuera un dios. Y así, mientras adoraban al señor Colmillo como una divinidad, en el mundo subterráneo fue pasando tranquilamente la primavera, el verano, el otoño y el invierno, pero, cierto día, el agua del subsuelo se desbordó a causa de una inundación, y la corriente arrastró el templo de los ratoncitos y al señor Colmillo hasta la superficie. Entonces, un niño lo encontró y se lo puso en el bolsillo para llevárselo de vuelta a casa. Mumei pudo leer hasta ahí.

–Adiós... –soltó Yoshiro espontáneo con un gallo tembloroso.

Habían entrado en la sala de visita y el dentista se los había quedado mirando sin decir nada.

–Adiós a los dientes de leche... –prosiguió Yoshiro agobiado al darse cuenta de que aquello podía malinterpretarse–. Se le han caído –aclaró.

«Qué importante es el orden de las palabras», pensó Yoshiro. Al mismo tiempo, Mumei esbozó una sonrisa porque él había acabado la frase a su manera para sus adentros: «Adiós... a estudiar *kanji* esta tarde». Si bien Mumei tenía un vocabulario rico, escribir *kanji* no era precisamente su fuerte.

–Bueno, supongo que perder los dientes de leche es normal, pero me ha sorprendido que se le cayeran con tanta facilidad. Por lo general,

los dientes se resisten a caer, ¿no? ¿O acaso me estoy preocupando demasiado por que se le hayan caído tan rápido? –se excusó Yoshiro entre balbuceos.

El dentista volvió su rostro rectangular hacia él.

–Si los dientes de leche son débiles, los permanentes también lo serán –respondió con tranquilidad.

Al oír su respuesta, Yoshiro sintió como si le hubieran cosido una piedra enorme en el pecho, pero a Mumei se le iluminó el rostro como si fuera una miniatura de científico y preguntó:

–Pero ¿los dientes de leche para qué sirven? Total, están para caerse.

El doctor le respondió la pregunta educadamente y, a continuación, se puso a examinarle la boca.

–Gracias por haber tratado mis dientes con tanta gentileza –dijo Mumei como si hubiera aprendido la frase de alguien cuando el dentista hubo terminado la exploración.

Yoshiro se quedó tan sorprendido de que Mumei expresara esas palabras de agradecimiento con tanta serenidad en el rostro que hasta se le revolvió el estómago. Se preguntó de dónde habría sacado aquella frase tan poco genuina que parecía traducida. Aquello era realmente raro porque por aquel entonces ya no se traducían ni siquiera los libros ilustrados.

Como la mayoría de los niños, Mumei no absorbía suficiente calcio. El dentista le dijo que si el ser humano seguía así acabaría sin dientes. De regreso a casa, Yoshiro le estuvo dando vueltas al tema, preocupado.

–No te preocupes. Los gorriones no tienen dientes y se las apañan –le dijo Mumei leyéndole la mente.

Mumei era bueno leyendo los sentimientos ajenos. A veces Yoshiro había llegado a temer que, más que adivinar los sentimientos ajenos, en realidad tuviera la capacidad de leer la mente de los demás con claridad. Yoshiro hacía todo lo posible por no ser pesimista con respecto al futuro de Mumei, pero, aunque no quisiera, solía verse anegado por la tristeza, y su preocupación se tornaba en angustia sin darse cuenta.

–Pero, bisabuelo, tú no tienes dientes y, sin embargo, comes mucho y estás la mar de bien –dijo Mumei tratando de animar a Yoshiro de nuevo para que no le invadiera la preocupación.

Yoshiro se sintió culpable de que su bisnieto estuviera desarrollando sus capacidades creativas únicamente para consolar a un anciano. Ojalá pensara solo en sí mismo, hiciera locuras y viviera a su libre albedrío.

Con el fin de que Mumei aumentara ni que fuera un poco la ingesta de calcio, hubo una época en que todas las mañanas le daba media taza de leche de vaca, pero lo que ganó con ello fueron diarreas. Según la dentista, cuando los intestinos deciden que lo que has ingerido es veneno, el cuerpo lo expulsa tan rápido como puede mediante la audaz técnica de la descomposición. Es bien sabido que dentro de la cabeza albergamos el cerebro, pero, en realidad, la parte inferior del cuerpo también tiene un cerebro llamado «intestino», y cuando ambos cerebros no se ponen de acuerdo, parece ser que es la opinión del intestino la que prevalece. Se ha llegado a decir que el cerebro de la cabeza actúa como la Cámara Alta, mientras que los intestinos serían la Cámara Baja. Como en esta última se celebran elecciones con frecuencia, en general se suele creer que está más influenciada por la opinión de los ciudadanos que la Cámara Alta. Del mismo modo, como los gustos del intestino fluctúan más, este refleja el estado de la persona en cuestión con más precisión que el cerebro.

Cuando Mumei abría la boca en el dentista, parecía que no podía abrirla sola, porque a la vez abría los ojos de par en par. En cierta ocasión, abrió tanto la boca que estuvo a punto de dislocarse la mandíbula, y cuando la cerró, lo hizo al mismo tiempo que cerraba los ojos.

–¡Tengo el mundo en el fondo de la garganta! –dijo, y a continuación volvió a abrir la boca.

Otro día en que habían ido al pediatra para un chequeo rutinario, Mumei también había sacado a colación aquello del «mundo». Se había enroscado la camisa hacia arriba para mostrar su escuálido pecho de costillas marcadas y había dicho con voz serena:

–¡Tengo el mundo dentro del pecho!

Para esconder su sorpresa, Yoshiro volvió el rostro, observó los árboles del jardín a través del cristal de la ventana y alzó la nariz, entrecerrando los ojos como si estuviera admirando el paisaje.

Dado que la palabra «revisión» acaba como «defunción», en un momento dado los médicos habían dejado de usar el término «revisión rutinaria» y habían empezado a usar cada vez con más frecuencia el término «examen mensual».

Cuando iban al pediatra para que le hicieran un chequeo, primero le inspeccionaban meticulosamente la lengua y la garganta; después, le levantaban los párpados y le exploraban los ojos; a continuación, le inspeccionaban con meticulosidad la piel de las palmas de las manos, de la cabeza, del cuello y de la espalda; le extraían un pelo para analizarlo; e incluso le observaban las orejas y de la nariz por dentro con una linterna.

–Está examinando hasta qué punto han envejecido las células, ¿verdad? –preguntó una vez Yoshiro con nerviosismo para confirmar que era así.

El médico le dedicó una sonrisa.

–Eso es. Es imposible saber cuál es el grado de envejecimiento de las células, ni siquiera poniéndolas dentro de una máquina. Si algún médico afirmara lo contrario, le estaría engañando. En realidad, lo que hay que explorar es el cuerpo en su totalidad –respondió.

A Yoshiro ese pediatra, que se llamaba doctor Satori, le recordaba vagamente a otro doctor Satori, el oncólogo que había llevado a su madre, aunque en realidad no se parecían en lo más mínimo ni por la voz ni por su semblante. El doctor Satori, el oncólogo, era una persona de esas que hablaba a sus pacientes como si fueran niños. Cuando los pacientes le hacían alguna pregunta, él se lo tomaba a la tremenda como si le estuvieran criticando y fruncía el ceño.

–Déjate de tonterías y, si quieres superar tu enfermedad, haz lo que yo te diga –llegó a decirle malhumorado cierto día.

Por su lado, el doctor Satori, el pediatra, compartía sus vastos conocimientos sin reticencias siempre que Yoshiro o Mumei le preguntaban algo en los chequeos rutinarios. Tampoco hablaba nunca con aires de superioridad y, por supuesto, jamás se tomaba a mal las preguntas. A pesar de ello, Yoshiro apenas le preguntaba nada. Se limitaba a asentir sin hacerle ninguna consulta por miedo a que los datos sobre el estado de salud de Mumei que apuntaba en el cuaderno escondieran dolor y muerte. Un asistente copiaba a mano los resultados y el informe se mandaba por mensajero a la Sede del Centro Nacional de Investigación Médica. Desde que se había puesto

de moda un manga llamado *El rumor de la orilla*, cuyo personaje principal era un mensajero con patas de saiga que guardaba el mapa de la ciudad en su memoria, muchos niños querían ser mensajeros, pero con la poca fuerza física que tenían era imposible. En un futuro cercano, los jóvenes probablemente se dedicarían solo a los trabajos de oficina y la gente mayor seguiría haciendo los trabajos físicos.

Todos los datos originales sobre salud infantil se escribían a mano y los médicos los escondían donde creían oportuno. En las tiras cómicas de los periódicos, de vez en cuando aparecían médicos que ocultaban los informes dentro de la casita del perro o en el interior de grandes ollas. Cuando Yoshiro las veía se reía, pero después pensaba que quizá esas sátiras no estuvieran tan lejos de la realidad.

Este método era mejor que los magníficos programas informáticos de los sistemas de seguridad de antaño porque, como la información que se mandaba al centro de investigación médica desde cada clínica estaba escrita a mano, no se podía cambiar ni borrar grandes cantidades de datos en poco tiempo.

En una sociedad en la que la palabra «salud» ya no casaba con los niños, los pediatras trabajaban más horas y no solo tenían que sobrellevar la rabia y la tristeza de los padres, sino que también debían lidiar con la presión de las historias que se contaban en prensa y otros medios. Los pediatras, afectados por el insomnio y el aumento de suicidios, primero formaron un sindicato y redujeron de forma drástica las horas de trabajo, y después se negaron a presentar informes escritos a las aseguradoras y se desvincularon de las grandes empresas farmacéuticas.

A Mumei le gustaba su pediatra y no le causaba ningún tipo de rechazo ir a hacerse chequeos. Asimismo, cuando iba al dentista, en lugar de odiarlo se lo tomaba con alegría como si fuera de excursión, mientras que a Yoshiro se le hacía una montaña. A Mumei no había nada que le gustara más que sentarse en el sillón del dentista y hablar con él.

–No se debe obligar a tomar leche a los niños si detestan su olor. E incluso si les gusta, tampoco deberían tomar demasiada –le había dicho en la última visita.

–Sí, eso hemos oído –le respondió Yoshiro.

El dentista observó a Mumei de cerca.

–¿A ti te gusta la leche? –le preguntó con voz seria.

–Prefiero los gusanos –le respondió Mumei sin dudar.

Incapaz de entender qué relación guardaba la leche con los gusanos, Yoshiro se abstrajo mirando por la ventana. Sin embargo, el dentista ni se inmutó.

–Ya lo entiendo, eso es porque tú eres un pajarito y no un ternero. Los terneros crecen bebiendo la leche de sus madres, mientras que los polluelos comen los gusanos que sus padres cazan para ellos. Sin embargo, como los gusanos viven dentro de la tierra, cuando la tierra está contaminada el grado de contaminación de los gusanos es alto. Los pájaros no comen muchos gusanos últimamente. Por eso son fáciles de encontrar. Después de llover, una infinidad de gusanos suele salir a la superficie. Pero esos gusanos no hay que comerlos. Es mejor comer insectos voladores –dijo el dentista tan tranquilamente.

Se expresó con la misma naturalidad con la que podía haber contado cómo hay que cepillarse los dientes. ¿Acaso sabía que Yoshiro era escritor y había querido retarlo con saltos inesperados en la conversación? ¿O quizá Mumei y el dentista habían llegado a una misma dimensión del futuro y él era el único que se había quedado atrás?

A muchos dentistas les gustaba presumir de su ingenio en el arte de conversar, probablemente porque cuanto más hablaban más se veía su preciosa dentadura. Aunque ese dentista debía estar a punto de cumplir los ciento cincuenta años, su angulosa mandíbula parecía robusta, y cuando abría la boca, sacaba a relucir la blancura de sus dientes grandes, cuadrados y bien alineados. Mientras Yoshiro estaba sumido en el pensamiento secreto de que, si pudiera, se los robaría para regalárselos a su nieto, el dentista volvió a abrir la boca para seguir hablando:

–También existe la teoría de que es bueno ingerir espinas de pescados y huesos de animales para obtener calcio. Pero deben provenir de animales que vivieron en la Tierra antes de que se contaminara de modo irreversible. Por ello hay quienes sugieren que estaría bien desenterrar huesos de dinosaurios de las capas más profundas de la tierra. Parece ser que en Hokkaidô hay una tienda en la que ya venden polvos de huesos excavados del elefante Naumann.

Al día siguiente, por pura casualidad, colgado en la valla de la escuela primaria, Yoshiro vio un panfleto que anunciaba la ponencia de un paleontólogo sobre dicho elefante en el parque del centro cultural, y cuando llegó a casa apuntó «elefante Naumann» en el

calendario de pared. Asistir a ponencias era el pasatiempo preferido de Yoshiro. Cada vez que Mumei pasaba por delante del calendario, se quedaba mirando la nota fijamente y pestañeaba inquieto, como si pensara que la palabra era el animal y que podía empezar a moverse en algún momento si fijaba la vista en ella.

–El elefante Naumann es un animal que vivió hace quinientos mil años. Un profesor de la universidad va a venir a hablar sobre él. ¿Qué te parecería ir a escucharlo? –le propuso Yoshiro a Mumei, rompiendo el hechizo en que se había quedado atrapado.

A Mumei se le iluminó el rostro en el acto.

–¡El paraíso! –gritó alzando ambas manos y pegando un brinco en el aire.

En un primer momento, a Yoshiro le sorprendió que reaccionara con ese brinco, pero se le olvidó enseguida.

Aquello no le ocurría únicamente con el elefante Neumann. Ya fuera una garza o una tortuga marina, cuando oía o veía el nombre de cualquier ser viviente, Mumei pensaba que el animal emergería de la palabra y no podía apartar la mirada de esta.

Si algún día Mumei se encontrara con un animal en vivo y en directo, le explotaría el corazón de la alegría. En Japón no se había avistado ningún animal salvaje desde hacía muchos años. En su época de estudiante universitario, Yoshiro acompañó a una chica alemana de la ciudad de Mettmann durante unos días de Tokio a Kioto por el camino de Nakasendô. A Yoshiro le sorprendió que la chica dijera que en Japón no había más que arañas y cuervos. Desde el inicio del aislacionismo del país, los visitantes de lugares lejanos ya no hacían comentarios así de duros capaces de abrirle los ojos a uno. Cada vez que Yoshiro pensaba en la situación de los animales, se acordaba de aquella chica.

Se llamaba Hildegard, y tenía la misma edad que él. De vez en cuando todavía podía oír su voz diciéndole: «*Hello, Yoshiro?*». Aunque ya no había teléfonos ni nada por el estilo, tenía clavado en los tímpanos cómo Hildegard, tras el zumbido breve y eléctrico del teléfono, pronunciaba con su característica voz «*hello*» repetidas veces y después preguntaba por Yoshiro, balbuciendo las sílabas de su nombre en tono ascendente. Después del «Yo», tomaba aire, el «shi» se intensificaba y terminaba con un «ro» directo, como si con sus palabras le hiciera el gesto de tenderle la mano.

Después, ambos conversaban en inglés con dificultad. Yoshiro le preguntaba cuestiones sencillas como qué había comido aquel día, dónde había comprado las verduras o si a los niños alemanes les gustaba jugar al aire libre. Pero le resultó imposible averiguar si en Alemania el medio ambiente había evolucionado como en Japón o si seguía siendo igual que antes, ni cómo estaban de salud sus nietos y bisnietos. Cuando Hildegard le contestaba que había hervido las judías verdes con algunas hierbas cultivadas en su jardín, a Yoshiro le parecía oler la columna de vapor que se alzaba de la olla, pero esa voz ilusoria de la llamada pronto se debilitaba hasta desvanecerse y ya no sabía si aquello había sido una alucinación auditiva ni si Hildegard había dicho eso realmente. Sea como fuere, Yoshiro cerraba los ojos y se imaginaba a los bisnietos de Hildegard correteando por el jardín, tirándose a la poza, cogiendo manzanas de puntillas y comiéndose esas ácidas frutas con agujeros de gusanos, hincándoles sus sanos dientes de color blanco inmaculado sin siquiera lavarlas. Y al terminar de comerlas, se los imaginaba dudando entre si ir a coger flores o ver peces en el riachuelo.

Yoshiro quería ir a visitar a Hildegard a Alemania ni que fuera una vez, pero todas las vías de conexión entre Japón y el extranjero estaban cortadas. Quizá por culpa de eso, en la planta de los pies ya no sentía que la Tierra fuera redonda. La esfera terráquea por la que se podía viajar ya solo existía en su cabeza; la única curva que podía seguir para viajar al exterior.

Yoshiro se imaginó a sí mismo poniendo una muda y algunos artículos de aseo personal en la bolsa de viaje y subiendo al transporte público para ir al aeropuerto de Narita. Hacía años que no pisaba el barrio de Shinjuku, y se preguntaba cómo estaría. Se imaginó el contraste de la viveza de los carteles de neón con las ruinas; las luces rojas y verdes de los semáforos erguidos en las calles parpadeando aunque no hubiera un solo coche, ni ningún otro vehículo, y las puertas de entrada de las empresas sin empleados abriéndose y cerrándose automáticamente, activadas por las grandes ramas de los árboles de la calle azotadas por el viento. También se imaginó que, en las salas de fiestas, el olor de los cigarrillos apagados se había congelado en la quietud de un silencio gris; que en todos los pisos de los edificios con restaurantes los clientes –que antaño abarrotaban las mesas comiendo y bebiendo hasta reventar entre aspavientos– brillaban por su ausencia; que los intereses de los prestamistas sin nadie a quien prestar dinero se habían evaporado; que las montañas de ropa interior de las rebajas que nadie había comprado se habían podrido; que el moho se acumulaba en los bolsos que decoraban los escaparates llenos de agua de lluvia y que un ratón dormía

tranquilamente la siesta dentro de un zapato de tacón. El asfalto de las calles se había agrietado y en el interior de las grietas habían crecido bolsas de pastor, que debían medir hasta dos metros de altura. Al haber desaparecido los humanos del centro de la ciudad, los cerezos que antaño crecían en los laterales de las aceras con timidez, finos como palos de escoba, se habían tornado gruesos; sus ramas se extendían vigorosas en las cuatro direcciones y sus radiantes afros verdes se mecían lentamente a derecha e izquierda en lo alto del cielo.

Yoshiro se imaginó a sí mismo yendo desde Shinjuku hasta el aeropuerto en el Narita Express vacío. En realidad, ya no había trenes ni forma alguna de acceder hasta allí, y la palabra extranjera «expreso» se había dejado de asociar tanto a la velocidad de alto coste como al café. En el punto de control que había dentro del aeropuerto una vez cruzada la puerta de la estación de la terminal no había nadie ni, por tanto, ninguna necesidad de enseñar el pasaporte. El cartel de TERMINAL se había descolgado y alguien lo había dejado apoyado en una pared. Tras subir las escaleras mecánicas paradas que crepitaban fortuitamente al pisarlas, te encontrabas con los mostradores de facturación vacíos y, encima de estos, se extendían unas enormes telarañas que parecían paraguas. Si te detenías a observarlas, en el extremo de las telarañas se escondía una araña del tamaño de la palma de una mano, esperando inmóvil a una presa. El llamativo lomo de una de ellas tenía una raya negra; otra, roja, y otra, amarilla. Yoshiro dedujo que los colores estaban dispuestos de aquel modo porque iba a volar a Alemania. Miró con cautela el mostrador de al lado y las rayas de esa araña eran azul, blanca y roja. También había una araña roja con una estrella.

Por alguna razón, Yoshiro se imaginaba el aeropuerto de ese modo con total nitidez. Por mucho que quisiera parar de pensar, esa imagen se le había metido en la cabeza y le imploraba una y otra vez que escribiera una novela sobre ello. Sin embargo, escribir sobre un aeropuerto en el que no había nadie era peligroso. También podría ser que allí se escondiera algún secreto de Estado y que hubiera algún trabajador para impedir el acceso a la gente, pero Yoshiro no tenía ninguna intención de colarse en un lugar prohibido para espiar asuntos secretos. No obstante, si esa descripción fantasiosa y detallada del aeropuerto se publicara en una obra y casualmente guardara alguna similitud con la realidad, se consideraría como una revelación de un secreto de Estado y podrían arrestarlo. Probar en un juicio que aquello era fruto de su fantasía sin duda sería de lo más difícil. En primer lugar, porque no sabía si se celebraría un juicio justo. La idea de que lo encarcelaran no lo aterraba, pero le preocupaba pensar cómo se las apañaría Mumei si se quedara solo, así que prefería no

arriesgarse.

¿Cuántos años hacía que había dejado de preocuparse por la ausencia de animales que no fueran perros de alquiler y cadáveres de gatos? Al parecer algunas personas que cuidaban conejos en secreto habían montado una organización llamada Asociación Conejera, pero, como no conocía a nadie del grupo, ni siquiera podía llevar a Mumei a ver conejos.

–Mumei, ¿de mayor te gustaría ser zoólogo? –le preguntó Yoshiro mientras observaba como el niño dibujaba entusiasmado una cebra que copiaba de un libro ilustrado de animales.

Yoshiro no solo soñaba con que Mumei fuera profesor de zoología, sino también con que viajara para observar animales salvajes y se hiciera un nombre como escritor de ensayos. Sin embargo, a pesar de que cuando pensaba eso relajaba la mirada unos instantes esbozando una sonrisa, muy pronto volvía a torcer el gesto.

Yoshiro entró en el cuarto de baño, se sentó en el inodoro y se imaginó al elefante Naumann de espaldas y a Mumei observando la huella del elefante llena de agua con una lupa. Después, cogió el papel con fuerza, irritado. Yoshiro recortaba artículos de periódico que arrugaba para que fueran más suaves y los guardaba en una caja de madera para usarlos como papel higiénico. Era como si la política le diera por culo, pero le gustaba pensar que al entrar en contacto con la piel los artículos se reescribían en espejo. Invertía así la política que se había hecho hasta entonces bajo sus nalgas y hacía que virase hacia la oposición.

Hubo un tiempo en que siempre que encontraba un artículo sobre salud infantil en el periódico lo recortaba para guardarlo, pero en un momento dado dejó de hacerlo. En realidad, nunca releía los artículos y había acumulado tantos documentos que tenía las estanterías abarrotadas y las paredes sobrecargadas. Yoshiro había vivido muchos años sin tirarlos porque no había tenido ninguna razón para hacerlo, pero, después de llevar tanto tiempo viviendo en casas refugio, se impuso la norma de tirar lo que no había necesitado para vivir en los seis meses anteriores.

No obstante, esa no era la única razón por la que no le importaba deshacerse de los artículos de periódico antiguos: la información sobre

salud infantil era tan voluble como el tiempo en otoño, o el corazón del hombre. Tan pronto aparecía un artículo titulado «Los beneficios de madrugar para la salud», como al cabo de unos días veías un titular bien grande que decía «Los niños que duermen por la mañana crecen más». A un artículo llamado «Los niños que pican entre horas pierden el apetito», le seguía otro cuyo contenido afirmaba que los niños a los que no se les daban todos los dulces que les viniera en gana estaban más tristes. «Es crucial hacer andar a los niños», aconsejaba un especialista, y después otro te contaba la historia de un niño al que se le habían debilitado las rótulas de tanto caminar. Como Yoshiro no era capaz de prever qué le deparaba a Mumei el destino, lo único que podía hacer era vivir el día a día con los ojos bien abiertos para que en el presente el suelo no se hundiera bajo sus pies.

En la cocina, una olla relucía insolente. Yoshiro se preguntó por qué razón brillaría con tanta intensidad si no era una olla especialmente buena. Cogió un gran cuchillo y, mientras partía una naranja por la mitad, fue mirando la olla de reojo de vez en cuando. El cuchillo también brillaba, pero no desprendía ni la más mínima partícula de insolencia. Había comprado aquel cuchillo que cortaba tan bien gracias al panadero, porque le había contado que un conocido iba a vender cuchillos en una librería cercana la semana siguiente. Cuando le preguntó por qué iba a vender cuchillos en una librería, le contó que el señor que los fabricaba había escrito una autobiografía que se vendía bien y que iba a firmar libros, así que aprovechaba la ocasión para vender cuchillos también. El panadero le explicó con una sonrisa que no debía pensar que la palabra «Tosaken», que los cuchillos tenían impresa en el mango de madera, se refería a la raza de perro con dicho nombre, sino que se trataba de su denominación de origen. La mañana del día en cuestión ya había una cola de unas cincuenta personas delante de la librería. Hacía mucho tiempo que Yoshiro no estaba tan feliz de tener que hacer cola. Por fin le tocó el turno.

–¿Está viajando por todo el país? –le preguntó Yoshiro al hombre mientras le firmaba el libro que había comprado junto con el cuchillo.

–No. Esta vez solo viajo por la prefectura de Hyôgo y el Lejano Oriente de Tokio.

«Vaya, así que en las regiones de fuera de aquí llaman a esta zona “el Lejano Oriente de Tokio”. Antaño se decía “el Medio Oriente”, pero, se mire como se mire, ambos modos de llamarlo son curiosos y evocan lugares remotos y exóticos», pensó Yoshiro. El maestro de los

cuchillos prosiguió en su quehacer sin reparar en que Yoshiro se había quedado reflexionando sobre el hecho de que hubiera usado la expresión de «el Lejano Oriente de Tokio».

–En realidad, se venderían mejor en Tôhoku o en Hokkaidô, porque la actividad económica es más próspera por allí. Pero, sea como fuere, esas regiones quedan apartadas. En el pasado llegué a ir a vender incluso a Nueva York y no me pareció que fuera tan lejos. Esto de las distancias es bien curioso –prosiguió.

Pronunció «Nueva York» en voz baja, con un carraspeo. Todavía no se había oído ninguna historia de nadie a quien hubieran penalizado por haber infringido la extraña ley de no poder vocalizar el nombre de ciudades extranjeras, pero la gente había empezado a no decir topónimos de fuera por precaución. No hay nada más temible que una ley que todavía no se aplica porque, si quisieran meter a alguien en la cárcel, podrían arrestarlo de repente sin más por algo que todo el mundo infringe tan tranquilamente.

A pesar de estar satisfecho por haber comprado el cuchillo, la autobiografía era sensiblera, de esas historias típicas de superación, y aunque Yoshiro aguantó hasta la mitad de la obra, no pudo terminarla. Sin embargo, el libro contenía un párrafo destacable en el que el autor contaba que todas las mañanas se levantaba antes de que saliera el sol y encendía una vela en el taller y que, del sueño que tenía, ni él mismo sabía quién era por unos instantes. Como era una persona noctámbula, le costaba levantarse, pero en el libro decía que la norma de levantarse al alba era la única que no se había saltado jamás. No detallaba por qué seguía aquella norma a rajatabla; quizá por creencia, por convenciones de la profesión o por tradición familiar. Sin embargo, curiosamente, sí que describía el tamaño de la vela con sumo detalle: medía cinco centímetros de diámetro y diez de alto.

A Yoshiro le entró curiosidad por saber de qué conocía el panadero a aquel artesano de cuchillos de Shikoku.

–¿Ha vivido alguna vez en Shikoku? –le preguntó inocente la siguiente vez que fue a comprar pan.

–Pues fui una vez porque quería conocer los orígenes de la baguette de Sanuki –le contestó sucinto.

Yoshiro pensó que le hubiera gustado preguntar algunos detalles más sobre aquel viaje, pero el usualmente hablador panadero aquel

día volvió la cabeza con apatía y se puso a trabajar de nuevo.

Estaba contento de haber comprado aquel cuchillo. Cuando Yoshiro lo sujetaba entre las manos, sentía como si le empezara a palpitar un segundo corazón. Si bien para algunos cortar una fruta es aburrido en comparación con cortar carne o pescado, aquel día Yoshiro quiso probar el sabor de librarse a la batalla contra una naranja. Yoshiro temblaba de nervios al enfrentarse a la misión de darle a Mumei las preciadas gotas ocultas en el interior de la fruta. «¡Qué cítrico tan duro de pelar! ¡Un aristócrata de guantes blancos cuya piel envuelve su jugo interior para impedir que emane! ¡Cuánta cáscara que obstaculiza que mi querido bisnieto disfrute de la dulzura del zumo de fruta! Pero no solo pasa con la fruta. La col y la raíz de la bardana también forman barricadas de fibras finas para dificultar su ingesta. Las plantas parecen dóciles, pero son obstinadas y no ceden ni un ápice. ¡Qué fastidio!» El cuchillo seguía cortando tranquilamente y con suavidad, sin dudar ni detenerse pero, a la vez, sin agresividad. No dudaba en vano, lo cual le permitía seguir cortando con su hoja bien afilada.

«Paciencia, Mumei. El bisabuelo te está cortando en trocitos la jungla de fibras vegetales que tus dientes no pueden trinchar para allanarte el camino. Soy tus dientes. Mumei, deja que tu cuerpo absorba siempre el sol. Imagínate que eres un tiburón con una prominente mandíbula de dientes grandes y afilados de la que todo el mundo huye al verla. Deja que la curva de la ola avance progresivamente cuando la saliva esté en marea alta. Con tan desarrollados músculos guturales, podrías engullir la tierra entera. Tu estómago es como el interior de una piscina, que se está llenando rápidamente de jugos gástricos. Como es una piscina cubierta con un cristal, el sol penetra del todo en estos. La tierra es distinta a las estrellas porque todos los días recibe la bendición de los rayos del sol. Gracias a Lorenzo, en la Tierra hay un sinfín de seres curiosos. En la actualidad, todavía existen seres vivientes en constante evolución como la medusa, el pulpo, el lagarto con volantes, el cangrejo, el rinoceronte o el ser humano. De un embrión parecido a una vaina sale un brote que se abre en forma de corazón; los renacuajos con forma de nota musical se convierten en rana como si fueran un *mokugyo*,[6]

las orugas se convierten en mariposas y los arrugados recién nacidos se convierten en un respetable señor mayor con arrugas. A lo largo de los últimos diez años, se han extinguido muchas especies. Sin embargo, la Tierra sigue siendo cálida y luminosa.» Mientras Yoshiro

pensaba esto para sus adentros porque le daba vergüenza decir tal discurso en voz alta, probó a sujetar el cuchillo de diversos modos hasta que encontró cómo agarrarlo. Tras haber partido la naranja, exprimió el zumo y se lo llevó a Mumei. Alguna vez se la había pelado y cortado a trozos muy pequeños para que comiera la fruta entera, pero de ese modo llegaba tarde a la escuela. En cambio, el zumo se lo bebía en unos quince minutos. Sin embargo, Mumei no disfrutaba nada del acto de beber. Ponía los ojos en blanco y se esforzaba por hacer bajar el jugo, tragando cual ascensor que sube y baja ajetreado. A veces regurgitaba el líquido porque le quemaba la garganta. En algunas ocasiones había intentado volver a tragárselo, pero le daba por toser a todo pulmón, y cuando empezaba, parecía que no iba a parar.

–Mumei, ¿estás bien? ¿Te duele? ¿Puedes respirar? –le preguntó aquel día Yoshiro con lágrimas en los ojos mientras le daba suaves golpecitos en la espalda y lo abrazaba estrechándole la cabeza contra su pecho.

Mumei parecía estar pasándolo mal, pero consiguió mantener la calma de algún modo. Se limitaba a esperar que el ataque de tos se le pasara, como si estuviera en medio de una tormenta en el océano sin oponer resistencia.

Al rato, la tos cesó y Mumei retomó la ingesta del zumo como si no hubiera pasado nada y, después, miró a Yoshiro con semblante sorprendido.

–¿Estás bien, bisabuelo? –le preguntó.

Parecía que Mumei no sabía lo que era el sufrimiento. Si le daba tos, se limitaba a toser, y si la comida le subía por el esófago, se limitaba a sacarla. Sin duda sentía el dolor, pero este era puro. No se lamentaba por tener que pasar por eso como solía hacer Yoshiro. Quizá era un don que se había concedido a la generación de Mumei. Su bisnieto no sabía lo que era compadecerse de uno mismo. De pequeño, la madre de Yoshiro lo cuidaba como a un bebé solo con que cogiera un resfriado y le subiera la fiebre. La autocompasión es dulce, dolorosa y conmovedora. De adulto aprendió que, cuando caía enfermo, podía ausentarse en el trabajo si realmente no quería ir y pasar todas las horas que quisiera tumbado en el futón leyendo o pensando. Pillar una gripe era muy fácil. Bastaba con dormir pocas horas. Sabía que para recuperarse solo debía tomar medicamentos, pero a menudo recaía transcurridos unos meses. Sin embargo, Yoshiro acabó por darse cuenta de que lo que en realidad quería no era estar pillando gripes,

sino dejar la empresa.

Qué suerte tenía Mumei de no incurrir en aquel vergonzoso comportamiento de aferrarse a las enfermedades. Si seguía así, podría vivir tranquilamente hasta el lecho de muerte sin flirtear con las enfermedades ajenas ni compadecerse de sí mismo.

El noventa por ciento de los niños convivía con una fiebre leve. Mumei no era menos. El colegio había dado la directriz de no tomar la temperatura a los niños todos los días porque consideraron que hacerlo les recordaba que sus cuerpos eran endebles y los ponía nerviosos. Además, si faltaban a clase por tener fiebre, habría muchos niños que no irían nunca al colegio. Como es natural, todas y cada una de las escuelas tenían un médico, así que en realidad era mejor que fueran a la escuela cuando estaban enfermos. Ya hacía tiempo que se recomendaba no darles antipiréticos porque la fiebre servía para matar las bacterias, pero eso de no tomarles la temperatura era algo relativamente reciente. Yoshiro y Mumei habían enterrado juntos el termómetro en el cementerio de las cosas; un cementerio público en el que cualquiera podía enterrar con libertad todo aquello de lo que se quisiera despedir con gran respeto. A pesar de haber sido enterradas, parecía que algunas de las cosas oponían resistencia y regresaban a la superficie. Aquel día la mitad de un *hachimaki*[7]

blanco con el dibujo de un sol rojo se asomaba encima de la tierra inundada por un chubasco, ondeando al viento. Yoshiro se imaginó que quizá lo había enterrado un estudiante al terminar los exámenes de acceso a la universidad, o quizá un joven de algún grupo de extrema derecha al acabar la carrera. De la superficie del suelo, también sobresalía una pata de oso de peluche. Quizá aquel oso quería volver al exterior. Mumei se imaginó varios objetos que podían estar allí enterrados: unas tijeras de podar partidas por la mitad como dos renacuajos, un zapato con la suela tan desgastada como el papel de fumar, un tamborcito roto, un anillo de compromiso de una pareja que se había divorciado, una pluma con la punta doblada y un mapamundi. En otra ocasión, Yoshiro había enterrado allí una novela que había empezado a escribir. Había pensado quemarla en el jardín, pero someterla a las lenguas del fuego le pareció cruel y fue incapaz de prender la cerilla. Al fin y al cabo, cada uno desecha la basura como quiere. La novela en cuestión se titulaba *El emisario* y era su primer y último intento de novela histórica. Cuando ya tenía escrita la mayor parte, Yoshiro se dio cuenta de que había usado demasiados topónimos extranjeros. Como si de sus venas se tratara, los nombres de aquellos lugares estaban tan arraigados al contenido que le fue imposible limitarse a borrarlos. Debía deshacerse de ella porque su

vida corría peligro, pero, como no consiguió quemarla, no le quedó otra que enterrarla.

El zumo de naranja manaba entre las blanquísimas aspas de porcelana. Yoshiro quería vivir su día a día así, sin derramar sangre ni lágrimas, sino únicamente zumo de naranja, ingiriendo la intensa acidez, dulzura, calidez y alegría de la naranja, sintiendo el sol en los intestinos.

Yoshiro vertió el zumo del exprimidor en un vaso sin desperdiciar ni una gota, después unió las dos medias naranjas vacías con la mano derecha y las apretó para exprimir hasta la última gota.

–Bisabuelo, ¿tú por qué no tomas zumo? –le preguntó Mumei.

–Porque solo he podido comprar una naranja. Los niños tenéis que vivir mucho y debemos priorizaros –respondió.

–Bueno, los mayores podéis vivir sin nosotros, pero nosotros sin vosotros, no –dijo Mumei en tono cantarín.

Yoshiro se quedó sumido en el silencio. Siempre que pensaba en cómo viviría Mumei cuando él falleciera, sentía que se daba de bruces contra una pared. Le resultaba imposible imaginarse la vida después de su propia muerte. Que a los ancianos se los hubiera premiado con la eternidad acarreaba la terrible tarea de tener que escoltar a sus bisnietos hasta que estos fallecieran.

Quizá la generación de Mumei construiría una nueva civilización para el futuro. Desde su nacimiento, Mumei parecía estar dotado de una sabiduría misteriosa; una especie de sabiduría insólita que hasta el momento no había percibido en ningún otro niño.

A la edad de Mumei, su hija Amana podía llegar a comerse una caja entera de galletas o de bombones si se olvidaban de guardarlas bajo llave. Cuando Yoshiro la regañaba, la conversación se convertía inmediatamente en una pelea.

–Darte un atracón de dulce es malo.

–¿Por qué?

–Es malo para el cuerpo.

–¿Por qué?

–Porque después no querrás comer y acabarás malnutrida.

–Entonces, si me acabo la comida puedo tomar todos los dulces que quiera, ¿no?

–Ni hablar.

–¿Por qué?

Y así pasaban el rato discutiendo sin parar.

–¡Si digo que no, es que no! –había llegado a gritar Yoshiro.

No es que quisiera hacer uso de su autoridad como padre, pero siempre que su hija abría la boca era solo para pedir. En una disputa democrática, Yoshiro habría perdido, pero el autoritarismo favorece a los padres, unos seres sensibles y zopencos.

Los deseos de su hija no tenían límites. Comía dulces hasta encontrarse mal y cuando quería un juguete no se movía del escaparate de la tienda hasta que se lo compraban. Alguna vez incluso había llegado a arrebatarle de las manos la golosina o el juguete a algún niño, un acto que Yoshiro solía detener. Cada uno tenía su papel: la hija el de excederse en sus deseos y Yoshiro el de frenarlos. Si bien a lo largo de la infancia la niña había tolerado esa división de roles, con el tiempo amplió su vocabulario, desarrolló la habilidad de defender sus teorías y su opinión se tornó más fuerte. Siempre que recibía una reprimenda, se rebotaba multiplicando su impertinencia por diez. A Yoshiro le hervía la sangre cuando oía que le hablaba con palabras tan punzantes, y alguna vez había llegado a desear que le sentara mal el helado que había pedido con tanta cabezonería, pero nunca había perdido la convicción de que tenía cosas valiosas que enseñarle. Él pensaba que si le hacía caso todo iría bien, pero ella no se lo hacía y Yoshiro se frustraba. Yoshiro pensó que Mumei era totalmente distinto a su hija, puesto que nunca comía demasiado ni se llevaba a la boca nada que no debiera, pero también pensó que no había nada respecto a la vida que le pudiera enseñar. Yoshiro se sintió patético por haber pensado eso y se llevó los puños a los ojos, que se apretó enérgicamente con los nudillos.

Cuando su nieto Tomo pesaba tan poco que todavía podía sostenerlo en brazos, Yoshiro se imaginaba ilusionado el día en que le daría consejos para conducir un coche. Aunque los escritores tienen un gran poder imaginativo, nunca pensó que en la sociedad llegaría

un día en que dejarían de existir ciertas cosas como, por ejemplo, los coches. A su nieto no le gustaba estudiar, así que Yoshiro, pensando en su futuro, le regaló una libreta de ahorros con el dinero que había reunido para que hiciera tres años de formación profesional, pero su nieto canceló la cuenta sin decirle nada, embutió el dinero en una bolsa de deporte y se marchó de casa con la bolsa bajo el brazo como un ladrón. Cuando Yoshiro se enteró de que la había cancelado a través de los documentos del banco, se le revolvió el estómago, pero al cabo de un mes todos los grandes bancos fueron declarándose en quiebra, la gente perdió todos sus ahorros, y únicamente pudo aferrarse a los rumores de que algún día les devolverían el dinero. Ante las puertas de las oficinas de todos los bancos, filas de banqueros trajeados se disculpaban todo tiesos, con la cabeza gacha y sudor en la frente, ante los clientes que se amontonaban sacando humo por la nariz y con la cara roja de la ira. Avasallados con abucheos en pleno calor del día, empapados por las lluvias vespertinas y acribillados por los mosquitos de la noche, los empleados de los bancos se disculpaban entre reverencias hasta que los clientes conseguían controlar la rabia y se iban a casa. No obstante, según algunos artículos que aparecieron en los periódicos más tarde, aquellos banqueros a los que llamaban «hombres del perdón» solo eran personas contratadas a tiempo parcial que cobraban una cantidad a la hora por hacer reverencias. Su nieto jamás había confiado ni un ápice en las instituciones de la calaña de los bancos, de modo que al final resultó entender más el engranaje de la economía que él, que había vivido convencido de que tener ahorros en el banco daba estabilidad al ser humano. Con la formación profesional le había ocurrido exactamente lo mismo. Unos años más tarde, Yoshiro leyó a un crítico en un periódico que decía: «Las escuelas que emiten certificados profesionales sacan provecho de las cuotas mensuales fijas de los cursos, a pesar de que sus estudiantes certificados no encuentran trabajo o que a veces acaban vendiéndose por salarios bajos. Hay que estar especialmente alerta con las nuevas profesiones con nombres atractivos. Tanto los chicos en cuestión como los padres asumen que tienen talento por el simple hecho de que los aceptan como estudiantes, y pagan la cuota del curso agradecidos. Cuanto más alto es el coste, más contentos pagan, porque les parece que así tienen más mérito. Pretenciosos, padres e hijos se preocupan solo por el qué dirán. Este tipo de escuelas de formación profesional que tan de moda se ha puesto últimamente es perverso y se sirve de dicho juego psicológico. ¿Acaso hemos olvidado que la educación profesional debe ser gratuita?». Pero su nieto, ese delincuente juvenil que no creía en las cuentas bancarias ni en la formación profesional, se había fugado mucho antes de que este famoso crítico escribiera algo tan meritorio.

A Yoshiro no le quedó otra que reconocer que se había equivocado respecto a lo que le había enseñado a su nieto. Recordó que en cierta ocasión le había explicado que si tenía un terreno en uno de los mejores distritos de Tokio, era imposible que bajara de valor y que no había nada más seguro que los inmuebles, pero las veintitrés regiones de Tokio, incluso los mejores distritos, se habían declarado zonas demasiado peligrosas para vivir durante largos periodos, por lo que tanto los terrenos como las casas se habían devaluado. Al parecer, si el agua potable, el aire, los rayos del sol y los alimentos de la zona se medían por separado, no sobrepasaban los estándares de peligrosidad, pero había muchas probabilidades de que la exposición a un entorno así durante largos periodos de tiempo pudiera tener consecuencias muy graves. Si bien las medidas se tomaban de modo individual, la gente debía vivir en lo general. Las veintitrés regiones no se habían declarado peligrosas, pero el número de habitantes que las abandonaba había aumentado y, como no querían irse muy lejos y las zonas cercanas de la costa eran peligrosas, cada vez había más gente con el ojo puesto en la región comprendida entre Okutama y Nagano. Las casas y tierras heredadas en el área de las veintitrés regiones no se vendían. Marika, la mujer de Yoshiro, no era la única que había abandonado la zona así sin más.

Yoshiro había llegado a la conclusión de que pretender aportar sabiduría y riqueza a su descendencia era de lo más arrogante. Lo único que él pretendía era vivir con su bisnieto. Para ello, debía ser flexible tanto mental como físicamente. Debía tener el coraje de poner en duda todo lo que había considerado correcto a lo largo de sus más de cien años. Tenía que deshacerse del orgullo como quien tira un abrigo para ir ligero. En el caso de que le invadiera el frío, en lugar de comprarse un abrigo nuevo sería mejor idear un modo para que le creciera un pelaje ceñido al cuerpo como el del oso. En realidad, él no era un anciano, sino que, después de traspasar el umbral del siglo, más bien había pasado a formar parte de una estirpe humana recién originada, pensó a la vez que apretaba los puños repetidas veces.

Yoshiro oyó el ruido seco del periódico que le acababan de lanzar delante de la puerta. Todas las mañanas, al oír ese sonido, salía corriendo pero, por mucha prisa que se diera, solo alcanzaba a ver la espalda de la repartidora a lo lejos, pequeña como un dedo corazón. Llevaba el cabello recogido en una especie de moño, tenía una nuca larga y fina, y por detrás no parecía entrada en carnes. Era estrecha de caderas, tenía el trasero redondo y los músculos de las pantorrillas relajados.

–¡My amable! –le gritaba Yoshiro a su espalda.

Como nunca obtenía respuesta, no sabía si lo llegaba a oír o no. Plantado allí fuera, Yoshiro abría el periódico. De joven no tenía la costumbre de leerlo, pero, desde que ese medio de comunicación había resurgido tras caer en desuso, se acostumbró a leerlo a diario de cabo a rabo. Inspeccionó la sección de política y los ojos se le clavaron como dardos en palabras como «regulación», «estándar», «conformidad», «estrategia», «investigación» o «conservador». Si empezaba a leer el contenido de los artículos, se sumergiría en un pantano muy profundo. No podía detenerse a leerlo porque antes debía llevar a Mumei al colegio. «Colegio», esa palabra todavía le evocaba una vaga esperanza.

Yoshiro dejó el periódico en la entrada, volvió a la cocina y dio a Mumei el zumo de naranja recién exprimido en el vaso de bambú con su ranurita para beber.

–¿La naranja es de Okinawa? –le preguntó Mumei tras tomar un traguito.

–Así es.

–Más al sur de Okinawa, ¿también se cultivan naranjas?

Yoshiro tragó saliva.

–Pues, a saber. No tengo ni idea.

–¿Cómo es que no lo sabes?

–Porque el país está cerrado.

–¿Por qué?

–Como todos los países tienen problemas graves, se decidió que cada país resolviera sus dificultades de puertas para adentro para que no se propagaran por el mundo. ¿Recuerdas que un día te llevé al museo de las eras Showa y Heisei? De modo similar, cada una de las salas estaba separada con puertas de hierro para que, en caso de que se iniciara un incendio en una de ellas, el fuego no se propagara a la de al lado.

–¿Es mejor así?

–No sé si es mejor así o no. Pero al aislarnos, por lo menos hay

menos riesgo de que las empresas japonesas se aprovechen de los países pobres, del mismo modo que se reduce el riesgo de que las empresas extranjeras saquen partido de la crisis que hay en Japón.

Mumei puso cara de haberlo entendido, pero no del todo. Yoshiro prefería no hablarle con franqueza a su bisnieto de cuestiones sobre la política de aislacionismo porque estaba en desacuerdo con ella. La gente no criticaba abiertamente el cierre del país, pero en general había un gran descontento y protestas relacionadas con la fruta. Como se habían dejado de importar productos agrícolas del extranjero, las naranjas, las piñas y los plátanos provenían solo de Okinawa. Al parecer en Shikoku se cosechaban montones de mandarinas, pero a Tokio apenas llegaban. Shikoku había adoptado la política de usar los productos agrícolas para su propio consumo o, en su lugar, para ganar dinero con recetas patentadas como la del *udon* o de la baguette de Sanuki.

En cierta ocasión, Yoshiro se encontró con que en la panadería vendían mandarinas y no dudó en comprar un par. «Producto de Shikoku», ponía. Sin duda, el panadero debía tener un fuerte vínculo con la isla. Guardó las mandarinas hasta el sábado por la mañana para poder comerlas tranquilamente, pero resultó que antes del sábado había un día festivo nuevo del que se había olvidado por completo. En los últimos tiempos había tantos días festivos nuevos que Yoshiro era incapaz de recordarlos todos. A pesar de que miraba el calendario a menudo con ánimo de memorizarlos, no conseguía retenerlos en la cabeza. A diferencia de los feriados que conmemoraban los aniversarios de los emperadores, los nuevos días festivos eran de veras democráticos, y tanto sus nombres como sus fechas se elegían mediante referéndums. Primero se organizaban consultas públicas para reunir ideas, de donde surgían infinidad de propuestas como que, dado que ya existía el Día del Mar –que solía dar pie a pensar en la contaminación de los océanos– y que los ríos llevaban muchísimos años recibiendo los horribles vertidos de las fábricas, se podía establecer el Día de los Ríos como muestra de respeto también a estos. Del mismo modo se propuso que, como existía el Día Verde, estaría bien que también hubiera el Día Rojo. Asimismo, se consideró que el Día de la Cultura a secas era abstracto e insuficiente, y muchos ciudadanos apoyaron fervientemente establecer el Día del Libro, el Día de las Canciones, el Día de los Instrumentos Musicales, el Día de la Pintura o el Día de la Arquitectura, de modo que todos esos días se sacaron adelante. Los nombres del Día del Respeto a los Ancianos y del Día de los Niños se modificaron por el Día de Ánimo a los Ancianos y el Día de Disculpa a los Niños; el Día de la Educación Física pasó a llamarse el Día del Cuerpo para que los niños que no

crecían físicamente no se pusieran tristes, y el Día de Agradecimiento al Trabajo se convirtió en el Día de Basta con Vivir para no herir a los jóvenes que no podían trabajar. Pero los ciudadanos no tenían en mente solo la idea de incrementar los días festivos. Un aluvión de gente consideró que era mejor abolir el Día de la Fundación Nacional, y ese día festivo acabó perdiéndose. La razón principal yacía en que un país tan espléndido no podía haberse fundado en un único día. Asimismo, recientemente también se habían creado: el Día de la Almohada para incitar las relaciones sexuales, casi inexistentes; el Día de los Animales Extintos, en el que se ofrecía incienso en honor a los pájaros y animales extinguidos en Japón; el Día de la Desconexión –cuyos *kanji* en japonés se leían igual que «día de libertinaje de la mujer desnuda»– para conmemorar el día en que dejó de existir internet, y también el Día de los Huesos, para enfatizar la importancia del calcio.

El día en que Mumei tuvo la mandarina en las manos, se puso a jugar empujándola con la punta del dedo todo contento. «Con la comida no se juega», estuvo a punto de decirle Yoshiro, pero en lugar de eso se metió un gajo en la boca. No pasaba nada por que jugara con la comida. Quizá así incluso descubría un nuevo modo de comerla. ¡Que juegue, que juegue! ¡Que juegue con la comida! Así, si Mumei le preguntaba cómo se comía una mandarina, Yoshiro le contestaría que lo descubriera por sí mismo, que se la podía comer como quisiera y que jugara con ella para descubrirlo. Sin embargo, Mumei no le hizo tal pregunta. A la generación de Yoshiro les explicaron cómo se pelaba una naranja o que la forma correcta de comer un pomelo era usando una cuchara. Pensaban que había un modo adecuado para comer cada fruta y que convertir el acto de comer en un ritual calmaba las células que se habían puesto en alerta por la acidez. Pero a la generación de Mumei no se la podía engañar con tales artimañas. Tanto daba cómo comieran, el peligro acechaba en la fruta sí o sí. Cuando Mumei comía kiwi, le costaba respirar, y con el zumo de limón se le paralizaba la lengua. Pero no se trataba únicamente de la fruta. Cuando comía espinacas, tenía acidez, y las setas *shiitake* le mareaban. Mumei no podía olvidar ni por un instante que la comida era peligrosa.

–El limón es tan ácido que hasta te hace ver las cosas azules –dijo la primera vez que se llevó a la boca un helado de limón.

A partir de aquel momento, cuando Yoshiro veía el color amarillo de un limón, lo veía medio azul y, por un instante, le daba la sensación de que estaba tocando un globo terráqueo crudo.

Los ancianos iban de mercado en mercado con los ojos inyectados

en sangre, merodeando como fantasmas con el fin de conseguir fruta para darles a sus bisnietos. Antaño, los libros y algún que otro artículo más tenían un precio de venta fijo, pero algunas frutas y verduras también habían pasado a formar parte de una lista de precios fijos para todo el país; ya hubiera escasez o abundancia, una naranja valía diez mil yenes. Si no hubiera sido por la inflación, seguramente en el precio de la fruta no habría habido tantos ceros.

Por culpa de la dureza e inestabilidad del clima de la isla de Honshû, cultivar no era tarea fácil. Aun así, la región de Tôhoku se había enriquecido con la producción de un cereal muy caro de alto valor nutricional al que llamaban «el nuevo multicereal» y que distribuían por el país, además del arroz y el trigo de siempre, pero en menor cantidad. La zona de Honshû con mayores problemas era el área comprendida entre Ibaraki y Kioto. En agosto caía nieve polvo y en febrero soplaba un viento cálido que transportaba grandes cantidades de arena. Hombres con los ojos rojos llenos de gotas medicinales andaban por los bordes de las aceras como cangrejos, mientras las ráfagas de viento huracanado que soplaba arrasaban con lo que hubiera en medio de la calle. Una mujer con gafas de sol y el cabello escondido bajo un pañuelo iba y venía como si estuviera en un rodaje repitiendo una escena que no estaba saliendo bien, luchando contra la ansiedad que le producía estar en ese espacio abierto. En verano, cuando no llovía en tres meses, los campos se tornaban marrones, hasta que de pronto llegaban ciclones tropicales con lluvias torrenciales que inundaban las estaciones de metro.

A causa de las sequías y de las lluvias torrenciales, muchas personas habían migrado de Honshû a Okinawa. Gracias a la agricultura, además de Okinawa habían florecido otras zonas como Hokkaidô, pero, a diferencia de aquella, Hokkaidô había impuesto políticas de inmigración. Dijeron que se había hecho por miedo a perder el equilibrio entre la naturaleza y el ser humano, aunque era bien sabido que la población de Hokkaidô era escasa para una extensión de tierra tan grande. Pero decidieron llevar a cabo un plan para que la población no aumentara porque un experto en demografía de Asahikawa había sugerido que el volumen de población que vivía allí era el ideal. Si alguna persona de otra prefectura quería mudarse a Hokkaidô era necesario tener una autorización, pero, a no ser que se tuviera una razón especial, esta no se concedía.

En Okinawa se adoptó la política de no poner restricciones a los migrantes provenientes de Honshû, pero se temió que aumentara únicamente la población masculina de trabajadores. De modo que se tomó la resolución de que las personas que quisieran ir a trabajar a

granjas okinawenses debían hacer la solicitud como parejas casadas. Las mujeres solteras y las parejas homosexuales podían tramitar la solicitud sin más, pero a los hombres solteros no les estaba permitido. Sin embargo, a las mujeres solteras que se sometían a un cambio de sexo después de emigrar se les permitía seguir disfrutando del permiso de residencia. No se podía entrar sin un empleo, y como apenas había trabajos excepto en las plantaciones, si no se tenía un puesto en una granja no era posible obtener el permiso de residencia.

Debido a la escasez de guarderías y de centros infantiles, no se aceptaban parejas con hijos menores de doce años, pero aquellos que dejaban a los niños con otros familiares o tutores sí que se les concedían los permisos. Como el nacimiento de niños suponía un problema, en el caso de las mujeres tenían preferencia las que eran mayores de cincuenta y cinco años, mientras que en el caso de los hombres los castrados tenían prioridad. En el periódico apareció el caso de una mujer que se pintaba arrugas y se decoloraba el pelo para parecer mayor y encontrar trabajo, pero parecer mayor de lo que eres en realidad no es nada fácil. Sospecharon de ella al darse cuenta de que no sabía diferenciar el ON y el OFF del interruptor de una vieja máquina agrícola, y así es como descubrieron que era joven. Saber ni que fuera un poco de inglés era la prueba de que tenías ya cierta edad. Los jóvenes que no habían visto nunca un dispositivo electrónico con el ON y el OFF escritos no entendían ni siquiera eso. Aprender inglés estaba prohibido, mientras que aprender idiomas como el tagalo, el alemán, el suajili o el checo sí se permitía, pero, entre que era extremadamente difícil encontrar libros de texto o profesores de dichas lenguas y que apenas había oportunidades de conversar con personas que las hubieran estudiado, nadie se decidía a aprenderlas. Cantar canciones extranjeras en público durante más de cuarenta segundos estaba prohibido. Asimismo, tampoco se podían publicar traducciones de novelas.

Amana –la única hija de Yoshiro–, su marido y sus jóvenes músculos habían emigrado a trabajar a Okinawa vestidos con un uniforme de algodón azul hecho a medida y llenos de ilusión. Eran de los que pensaban que la indumentaria del trabajo lo representaba a uno, por ello desde un inicio no concibieron la idea de llevar un uniforme de la fábrica para la plantación. Amana tenía una exuberante cabellera que cubría toda la cama cuando estaba acostada y que, cuando trabajaba, recogía y metía bajo un sombrero de un diseño especial hecho también a medida.

Hacía mucho tiempo que Yoshiro no veía a su hija. De vez en cuando, los periódicos contaban que el grado de riqueza de Okinawa

era casi inimaginable para los tokiotas y que todos los días tenían frutas y verduras al alcance de la mano por casi nada. Sin embargo, como estaba prohibido mandar productos cultivados fuera de Okinawa a título personal, no podían enviar nada a los familiares que vivían en Honshû.

Las granjas de cada una de las islas okinawenses llevaban los productos agrícolas hasta el puerto en carro de caballos y los transportaban hasta el gran puerto de Shinmakurazaki con los barcos de una empresa de mercancías de Kyûshû.

Lo llamaban «carro de caballos», pero caballo no había ni uno. De vez en cuando, en las tiras cómicas de los periódicos aparecían carros con pilas de fruta tirados por perros, zorros y jabalíes, aunque quizá, más que sátiras, aquello más bien era pura realidad.

Las empresas de transporte de Kyûshû tenían grandes barcos de mercancías con unas enormes placas solares que parecían setas. La mayor de ellas, Transportes Marítimos Risshin, cuyos cargueros transportaban casi todos los productos agrícolas de Okinawa y los distribuía por todo el país. La fruta cara iba sobre todo a las zonas norteñas de Tôhoku y a Hokkaidô, mientras que a Tokio solo llegaba una pequeña parte. Desde el norte, como contrapartida, mandaban a Okinawa enormes cantidades de arroz y salmón. En una época en que los fajos de billetes, las acciones y los intereses habían perdido brillo, lo que se priorizaba era hacer trueques con socios pudientes. En un momento dado, el salmón llegó a extinguirse, pero después revivió una especie rara que tenía unas estrellas en la piel y de la que decían que comerla no era buena para el hígado, pero a la gente le gustaba porque sabía como el salmón de toda la vida.

A diferencia de las veintitrés regiones, prácticamente desiertas, la zona de Tama seguía densamente poblada; sin embargo, se estaba empobreciendo por falta de industria. Yoshiro recordaba la época en que todavía quedaban políticos que proponían que para salvar a Tokio debían sacrificarse el resto de las regiones, porque si Tokio se iba al carajo, Japón entero también. A pesar de que él era crítico con el «edoísmo» –es decir, el egoísmo de Edo–,[8]

cuando decía la palabra «Tokio» siempre se emocionaba tanto que el corazón le pegaba un brinco. Pensaba que si un día aquella ciudad por la que tanto afecto sentía llegaba a desaparecer, él también querría desaparecer con ella.

En Tokio también había surgido la idea de crear especialidades locales

con la intención de revitalizar sus distintas zonas. Yoshiro leyó en el periódico que se había creado el nombre de la marca «Edo» y que se había propuesto estudiar nuevos productos que podrían venderse para resucitar la fascinación que suscitaba la ciudad antes de la industrialización, y pensó que a él también le gustaría participar en el proyecto.

En el «Lejano Oriente» se cultivaba soja, alforfón y la nueva variedad de trigo, pero la producción no alcanzaba para exportar a otros territorios y, además, tampoco eran especialidades locales que no pudieran crecer en otros sitios. Antaño, cuando se nombraba algún producto de nueva creación, a uno le venía a la mente un producto con cola, es decir, con un cable para enganchar a un interruptor, pero ese tipo de cosas ya no vendían. Los dispositivos eléctricos se empezaron a ver con malos ojos a partir del momento en que por culpa de la corriente eléctrica de la ciudad había comenzado a aumentar el número de personas con problemas nerviosos y de insomnio y a las que se les dormían las extremidades; enfermedad vulgarmente conocida por «el síndrome del zumbido». En los periódicos aparecieron artículos en los que se hablaba de personas con problemas de sueño que dormían a pierna suelta en campings de pueblos en medio de las montañas sin electricidad. Un escritor famoso publicó un artículo en un periódico en el que contaba que, justo en el momento en que se iba a poner a escribir una novela, oyó el ruido de un aspirador y eso hizo que se le esfumara el argumento. Aunque ese no debió de ser el único motivo, porque fue justo por esa época cuando empezó a proliferar la aversión a las aspiradoras en la sociedad. Para Yoshiro, a quien jamás le había gustado el ruido de aquellas odiosas máquinas, que parecía salido de un túnel proveniente de las profundidades del infierno, había llegado una época de gloria. Las nuevas casas refugio estaban construidas para que se pudieran limpiar fácilmente con escobas y trapos para el polvo, de modo que sus habitantes habían sido los primeros en dejar de usar aspiradoras. De hecho, las lavadoras también habían desaparecido, y también fueron pioneros en empezar a lavar a mano la ropa interior de algodón y a tenderla fuera. El resto de la ropa la llevaban a lavar a la lavandería. Hubo un tiempo en que a las lavanderías se las llamaba *cleaners*, hasta que estos negocios entraron en crisis y desaparecieron, pero después les cambiaron el nombre por un nombre japonés y volvieron a estar en boga. No obstante, eso se debió también a otras razones: lavar la ropa en una lavandería era más económico que comprar una lavadora nueva cada tres años, y además se había extendido la nueva y extraña teoría de que mirar la máquina mientras daba vueltas hacía que la cabeza no las diera. De hecho, una escuela

primaria había comprobado que los resultados de los niños mejoraban de inmediato si se apagaban todos los electrodomésticos de la casa mientras hacían los deberes.

Cuando Yoshiro era joven, el ruido de la lavadora le deprimía solo con oírlo, pero ya no tenía que preocuparse por eso. Como ver la televisión engordaba, cada vez más personas se deshacían del televisor por cuestiones dietéticas. El aire acondicionado hacía ya una generación que se había pasado de moda. Ya solo quedaban las neveras, pero funcionaban sin cable. Y la única que había en el mercado era una que se enfriaba con energía solar y que se llamaba Estrella Polar.

El estilo de vida sin electrodomésticos de las casas refugio del área metropolitana de Tokio creó tendencia en el resto del país. Sin embargo, las especialidades locales de «objetos sin uso» eran difíciles de vender. Para la verdadera revitalización de un pueblo, debía presentarse algo que entrara por los ojos.

Por ejemplo, en la zona de Shitamachi, en Tokio, se intentaron revitalizar las galletas del trueno,[9]

pero como los truenos se relacionaban directamente con la electricidad, ese producto típico de la era Edo no triunfó, a pesar de que en sus orígenes ni siquiera había electricidad. Qué ironía.

Bastaría con que en Tokio dieran con una única verdura de cultivo propio para que esta se convirtiera en la especialidad local, pero al parecer dicha verdura no existía. Era el momento de usar la cabeza, lo único que podía usarse. También cabía la posibilidad de cultivar verduras en otras prefecturas, pero eso no se lo había planteado nadie. Suele decirse que a los tokiotas de toda la vida les gusta lo novedoso, pero, desde que no se podían importar cosas nuevas del extranjero, lo antiguo empezó a verse con otros ojos y se pensó en recuperar cosas del pasado para volver a darles uso en el presente.

Como parte de esta tendencia, durante un tiempo se hizo popular un hombre «experto en jengibre». Este experto sacó a colación una frase de una novela de los albores de la era Shôwa: «El jengibre crece bien al lado de las letrinas exteriores». En Tokio había muchos baños públicos, pero en otras prefecturas no era algo que abundara. El experto en jengibre recorrió a pie todas las letrinas y fue comprando uno a uno todos los terrenos vacíos con tierras negras y húmedas adyacentes a las letrinas, instalaba cajas de cristal de unos dos metros de alto que después dividía con estanterías de unos treinta centímetros y cultivaba el jengibre con tierra artificial mezclada con minerales en su interior. No obstante, el experto no explicó a nadie la razón por la cual el jengibre crecía bien al lado de las letrinas. En cambio, sí que solía remarcar el hecho de que los antiguos monjes budistas, que se preparaban para una vida de ascetismo, evitaban comerlo porque, aunque pudiera parecer que no tenía muchos nutrientes, les confería una energía increíble. En el pasado se solía decir que a los niños no les gustaba el jengibre, pero, si se les diera a los niños de ahora, se lo comerían felices como si de un helado se tratara. Según el experto en jengibre, bastaba eso para explicar que dicha planta contenía muchos nutrientes desconocidos que aportaban energía a los niños.

En cierta ocasión, Yoshiro compró jengibre en el mercado para dárselo a Mumei. Al oler su aroma, Mumei entrecerró los ojos y puso cara de felicidad. Sin embargo, esa fue la única vez que encontró jengibre en el mercado; desde entonces, no solo no lo volvió a ver, sino que el nombre del experto en jengibre también desapareció del mapa súbitamente, como una hoja que se marchita.

Por lo que se refiere a plantas, las ortigas también se pusieron de moda durante un tiempo en Tokio, pero en otras prefecturas se

aferraron a la expresión «Desde chica, la ortiga pica» y ni siquiera las granjas más atrevidas se aventuraron a cultivarla. Una empresa reparó en eso y empezó a plantar y vender ortigas como una especialidad tokiota. Asimismo, colgaron pósters en los que aparecía el gobernador de Tokio comiendo una ensalada de ortigas todo sonriente, pero hay quienes dicen que, en lugar de popularizarlas, aquello creó el efecto contrario. «El campo está ortigueado, quién lo desortigueará, el desortigueador que lo desortigue, buen desortigueador será», decían algunos como trabalenguas. De modo que trabar lenguas fue lo único que hicieron las ortigas en realidad. Cierto día, Yoshiro se encontraba delante de un puesto de verduras observando un manojo verde oscuro que no recordaba haber visto antes, cuando el dependiente, raudo y veloz, le interceptó la mirada.

–Es la ortiga de la que todo el mundo habla. ¿Quiere un poco para apoyar a Tokio? –le dijo.

Yoshiro debió haber sospechado cuando en lugar de oír su habitual «están muy ricas» el verdulero soltó ese «para apoyar a Tokio» más propio de una competición deportiva.

Yoshiro compró un manojo, volvió a casa, trituró las ortigas en un mortero y las mezcló con vinagre. Había oído que las ortigas iban bien con el salmón, pero, como decían que el pescado tenía unos niveles de contaminación muy altos, no quería darle de comer eso a Mumei, así que lo combinó con tofu hervido.

–Lo siento. Esta malísimo, ¿verdad? –se disculpó mientras se rascaba el cuero cabelludo con nerviosismo, incapaz de aguantar el picor.

–La verdad es que a mí no me importa que esté malo o bueno... –le respondió Mumei con expresión de asombro.

Yoshiro se atragantó, avergonzado, porque lo superficial de su comentario había quedado en evidencia. La gente mayor a menudo se ofende cuando un joven los critica, pero, a Yoshiro, su bisnieto jamás lo ofendía. En lugar de eso, lo que le dolía era que los adultos hirieran constantemente a los jóvenes a sabiendas. Siempre hablando de si «esto está bueno» o si «esto está malo», arrogantes como gourmets de alto copete, olvidando que todos estamos inmersos hasta el cuello en un mar de problemas. ¿Qué imagen estamos dando a los niños? Hay un sinfín de alimentos tóxicos que no saben a nada, pero el paladar, por muy fino que lo tengamos, no nos va a salvar la vida.

Si los okinawenses lo supieran, quizá encontrarían ridículo que los

tokiotas estuviesen cultivando ortigas y jengibre para exportarlos a otras prefecturas como verduras de alta calidad. En una de las postales que a veces mandaba a su hija Amana le contó lo de las ortigas riéndose de sí mismo, pero no obtuvo ninguna respuesta al respecto. Quizá nunca había oído que las ortigas eran una verdura.

A Yoshiro escribir el *kanji* de ortiga, 蓼, le devolvía la ilusión por la escritura. Componía los trazos diagonales inferiores lentamente, imaginándose que era un gatito jugando a rascar la corteza de un árbol con las uñas.

A Yoshiro le gustaba escribir postales. Teniendo en cuenta que no viajaba, podía parecer extraño que escribiera postales a la familia, pero cuando pensaba en escribir una carta veía el papel demasiado grande, y como no sabía qué escribir para llenarlo, al final no escribía nada. En el caso de las postales, hay tan poco espacio que desde el mismo momento en que empezaba a escribir ya tenía la sensación de que estaba llegando al final. Cuanto más cerca veía el fin, más seguro se sentía. De pequeño, pensaba que el objetivo principal de la medicina era conseguir la vida eterna, pero nunca había reflexionado sobre el dolor que podía llegar a causar el hecho de no morir.

Las naranjas se vendían a un precio fijo, pero los sellos, no. Por citar unos ejemplos, el precio del sello con el dibujo de una perdiz blanca era excepcionalmente caro, mientras que el que tenía el Parlamento dibujado no valía casi nada. De vez en cuando, en Correos hacían ofertas especiales de mil sellos, pero a Yoshiro no le atraía la idea de comprarlos porque sabía que le recordaría que aunque escribiera mil postales nunca fallecería.

Yoshiro pensó que hacía un día ideal para escribir una postal y, al volver de la compra, se detuvo para comprar diez. Como ya cualquiera podía vender lo que quisiera, cada vez había más tenderetes como los que se solían poner en los festivales. Compró las postales en uno de ellos a una vendedora claramente inexperta que ni siquiera había enderezado el letrero escrito a mano que colgaba delante. Quizá le daba vergüenza vender solo postales hechas por ella porque también tenía algunos objetos peculiares: parasoles y material escolar. A pesar de ser transparentes, los parasoles tapaban el sol, así que compró uno en un arrebato. Dado que había muchas cosas que Mumei hubiera querido –como lápices con sonidos, un *origami* al que si le vertías un poco de agua por encima se convertía en un pato o una goma de borrar enorme con la forma exacta de un limón–, Yoshiro solía ir sin él.

La vendedora había sido compañera de clase de Amana en la época de secundaria y ya por aquel entonces se había aficionado a secar flores. Decía que era amiga de las violetas, saludaba con la mano a los llantenes, hacía reverencias a las bolsas de pastor e incluso escribía cartas de amor a los cosmos. Los domingos iba a recoger plantas para ponerlas a secar y las convertía en flores de dos dimensiones con las que confeccionaba las postales que luego vendía. La mayoría de las plantas que usaba eran malas hierbas, aunque, como las cultivaba expresamente en su jardín con tierra artificial, quizá no eran malas hierbas propiamente dichas. Yoshiro le preguntó por qué plantaba malas hierbas a propósito, a lo que le respondió que las malas hierbas corrían el riesgo de extinguirse y que debíamos contribuir a su repoblación.

–Los perros mestizos también están en peligro de extinción. ¿Lo sabía?

Al sacar eso a colación, Yoshiro se dio cuenta de que en la tienda de alquiler de perros había un cartel que ponía que todos eran de pura raza, y que nunca veía perros en ningún otro sitio.

Cuando Yoshiro iba a comprar postales, disfrutaba del momento en que se apoyaba en el palo del tenderete que había al lado de la caja registradora y charlaba con la vendedora sobre su hija y otras personas.

–¿Qué tal está Amana?

–Parece que va tirando.

–Debe de ser agotador trabajar en una plantación de naranjas.

–Es una chica fuerte.

–Como pertenecía al club de *omikoshi*[10]

del colegio, en esa época entrenaba duro.

–Ahora que lo dices, tú ibas al club de atletismo, ¿verdad?

–Sí, pero para la vida real correr no me ha servido para nada. Y el lanzamiento de jabalina tampoco, puesto que en la naturaleza ya ni siquiera hay animales para cazar –dijo aquella artista de las flores secas.

Mientras decía eso, alzó un lápiz como si fuera una lanza a la vez que levantaba una rodilla hasta más o menos la altura del pecho con la

agilidad propia de una anciana joven de unos setenta años que soltaba risillas como una adolescente a la que todo le hace gracia.

–¿Qué noticias tiene de Amana?

–La última es que había visto por primera vez una nueva especie de piña roja.

–Qué envidia me dan los de Okinawa –dijo la mujer mientras le entregaba el pequeño fardo de fibras vegetales con las diez postales dentro.

Yoshiro se había quedado con ganas de hablar un poco más sobre Amana.

–Parece ser que los okinawenses llaman a Okinawa «Ryûkyû» –añadió como quien no quiere la cosa para suscitar interés.

–¿Ryûkyû? Buen nombre. Pero ¿realmente cree que hay un movimiento independentista allí?

–No creo. Si se convirtieran en otro país, lla política de aislamiento de Japón no les permitiría vender fruta ni recibir mano de obra.

–Menos mal. Me daría muchísima pena no volver a ver a Amana.

En ese momento, Yoshiro recordó que Hildegard tenía una amiga japonesa que se llamaba Tsuyukusa. Nunca la había llegado a conocer, pero Hildegard le había hablado tanto de ella que para él era como una buena amiga. Tsuyukusa había viajado de joven a Alemania para aprender a tocar el violín y al parecer se había quedado a vivir allí, en una ciudad llamada Krefeld. Se casó con un iraní al que conoció en un concierto y tuvieron gemelos, y cuando viajaban en avión para visitar a la familia, cada uno iba con un gemelo en el regazo. Solían volar a Japón todos los años para Año Nuevo, pero ¿cuánto tiempo haría que ya no podían hacerlo? ¿Cómo demonios debían sentirse al saber que nunca podrían regresar a Japón?

Aunque fuera lejos, Okinawa pertenecía a Japón, de modo que si hiciera un sacrificio podría ir. Sin embargo, se le cansaba el cuerpo solo con pensar en viajar y se echaba atrás a fin de guardar energías para Mumei.

Cuando era estudiante, tenía un amigo muy sofisticado que solía viajar a Sudamérica y a África con una bolsa de deporte nada elegante. Cuando le preguntó por qué no se compraba una mochila, le

contestó que le daría vergüenza ir con una porque parecería un viajero. Cuán sofisticado era viajar al extranjero de aquella manera, como quien regresa del gimnasio, con una bolsa de deporte de las que se pueden encontrar en cualquier parte colgada al hombro y las zapatillas de deporte gastadas por el talón. Así no tenía que preocuparse de que lo arrestaran por llamar la atención.

–Amana usa tinta invisible en muchas de las postales que me manda –le explicó Yoshiro con aire despreocupado, como quien agarra una pelusa que flota en el aire, para retomar la conversación interrumpida.

–Anda, qué bien. Es verdaderamente un lujo que en Okinawa se use la fruta para ese tipo de cosas. ¿Lo hace con limón?

–No lo sé... La próxima vez se lo preguntaré. ¡Qué recuerdos! Hace mucho tiempo, cuando iba a la escuela, me lo pasaba en grande escribiendo con tinta invisible. Mis amigos y yo creamos una sociedad secreta e intercambiábamos documentos confidenciales que me llevaba a casa y leía a hurtadillas junto a la estufa.

–A mí también me trae recuerdos. Pero si encendía una vela mis padres me regañaban. Exclamaban que qué pasaría si hubiera un terremoto y se desatara un incendio.

–¿Cuál será el principio de la tinta invisible?

–Las cosas ácidas queman la parte impregnada del papel. De modo que, cuando se acerca al fuego, la parte de las letras escritas con el zumo de limón se torna marrón antes que el resto.

–Ahora lo entiendo. Es como cuando la acuarela se difumina pasando por varios tonos y se oscurece de amarillo a marrón. Es precioso, ¿verdad?

–De algún modo, las manchas son como paisajes.

–En los paisajes de las postales que me manda mi hija últimamente también parece que hay agua, pero, si los miras de cerca, el agua arde. Da un poco de miedo, porque se ven pequeñas llamas.

–¿Un agua que arde?

–Si se derramara una gran cantidad de petróleo en el océano, incluso el agua del mar ardería, ¿verdad?

–No me cuente esas historias, que me asusta. Amana goza de una vida

tranquila, ¿no?

–Seguramente.

–Tienen fruta de sobra, ¿verdad?

–Amana me habla mucho de la fruta. Pero tampoco me parece tan interesante que haya salido una piña roja o una papaya cuadrada. Al fin y al cabo, no van a llegar a Tokio. En realidad, me preocupa. ¿No te parece un poco raro que solo hable de fruta? Años atrás, lo primero que hubiera pensado es que le habían hecho un lavado de cerebro.

De repente, ambos quedaron sumidos en el silencio, pensando casi lo mismo: vivir encerrado en el campo de frutales debía de ser muy duro, como trabajar en una fábrica. Oír la palabra «campo» solía provocar celos, porque se relacionaba equívocamente con el paraíso. La gente se imaginaba a alguien viviendo feliz en medio de la naturaleza, andando por la montaña en busca de setas y disfrutando de ver el musgo que forma figuritas y de respirar el aire húmedo que peina las hojas de los helechos, siguiendo huellas de ciervos o aguzando el oído para distinguir el piar de los pájaros. No obstante, la vida de Amana no tenía nada que ver con eso, sino que trabajaba de la mañana a la noche en una fábrica a la que llamaban «plantación de frutales». En el caso de las ciudades, la vida podía ser divertida durante el fin de semana y se podía ir a exposiciones de arte, conciertos, conferencias, conocer a gente, salir a dar una vuelta y descubrir nuevas tiendas. A pesar de que en Tokio todo el mundo se había empobrecido, las tiendecitas florecían aquí y allá como si fueran pompas de jabón, y bastaba con sentarse en un banco y observar a los transeúntes pasar para no aburrirse. Al caminar por la ciudad, los engranajes del cerebro empezaban a moverse poco a poco. La gente se había dado cuenta de que esa diversión constituía la parte más sabrosa de la fruta llamada «rutina», y por ello, a pesar de que las casas fueran diminutas y de que escasearan los alimentos, el número de familias que querían vivir en Tokio no descendía.

¿Sería que Amana ya solo pensaba en cosas relacionadas con la fruta? ¿O habría cuestiones que no podía mencionar en las postales porque lo que se mandaba por correo era censurado? ¿O quizá le escondía algo a su padre? Fuera como fuere, Yoshiro sospechaba que había algo. Le daba la impresión de que el contenido de las postales encubría otra cara de la moneda que le frustraba no poder leer.

Si todavía existieran los teléfonos, habría probado a llamar, aunque a veces pensaba que estaba muy bien que hubieran desaparecido. En el

pasado, siempre que hablaba por teléfono con Amana acababan discutiendo y la conversación terminaba con alguno de los dos colgando bruscamente. Si Amana decía que los alimentos ácidos no le gustaban, Yoshiro le contestaba que siempre había sido muy caprichosa con la comida y que por eso se resfriaba tanto cuando era pequeña. Entonces, ella estallaba y le decía que si fuerzas a un niño a comer algo que le desagrada pierde la noción de lo que le gusta y se convierte en un ser humano bobo y apático. A lo que Yoshiro le espetaba que él no recordaba haberle hecho comer nada a la fuerza, y después ella todavía le respondía algo más. En el caso de las postales, las respuestas no eran inmediatas, y el simple hecho de pensar que había escrito aquello una semana atrás ya atenuaba su rabia.

Siempre que tenía alguna postal, Yoshiro se la enseñaba a Mumei. Aquel día, este se quedó embelesado, observando durante un rato aquellas postales que, en lugar de incluir un dibujo, contenían unas flores que habían aplastado para que pasaran de tener tres dimensiones a dos. «Es de la abuela», le decía Yoshiro cuando recibían una, pero a Mumei le costaba reaccionar. Por un lado, no estaba familiarizado con la palabra «abuela» y, por otro, por mucho que tratara de recordar a Amana, en el mejor de los casos de lo único que se acordaba era de la tinta invisible de la postal que acababa de llegar. Mumei tampoco había pronunciado nunca la palabra «abuelo», ni había pensado en disociar el «bis» del «abuelo». Como bisabuelo cumplía el mismo papel que la madre para los niños de antaño; él era su única familia y el que le proporcionaba todo lo que necesitaba para vivir.

A pesar de que para Mumei su bisabuela fuera una persona lejana, la última noche que había ido a verlo él apenas había podido conciliar el sueño de los nervios, como las noches previas a las fiestas mayores. También Yoshiro había pasado la noche prácticamente en vela dando vueltas en la cama.

–¿Cómo se llama la bisabuela? –le había preguntado Mumei.

–Marika –le respondió Yoshiro en un susurro.

–¡Qué nombre tan chulo! –dijo sonriendo Mumei, que últimamente había madurado–. ¿Dónde os conocisteis? –preguntó a continuación.

Yoshiro se quedó de piedra. No sabía cómo reaccionar a aquella pregunta. ¿Dónde había conocido a Marika? No lo recordaba. Solo se acordaba de que se encontraban cada semana en manifestaciones. Sus recuerdos amorosos empezaron allí. Como por aquel entonces todos

los domingos había alguna que otra manifestación, hubo muchos matrimonios que, curiosamente, se conocieron en una de ellas. Eran muchos lo que participaban en manifestaciones en lugar de tener citas.

Se encontraban siempre que iban de manifestación, así que nunca intercambiaron el número de teléfono ni quedaron. Y, como andaban rápido, siempre terminaban juntos a la cabeza. Aunque estuviera atestado de gente o la cola fuera larga, a los quince minutos de andar ya tenía a Marika a su lado. Empezaban a hablar del tiempo, de zapatos o de lo que fuera, y la conversación alcanzaba pronto su apogeo con sonrisas cada vez más amplias, hasta que llegaba el momento de separarse y se despedían con un enérgico «nos vemos». No tenían ninguna intención de enamorarse. No obstante, cierto martes a última hora del día, a Yoshiro le asaltó un grupo de jóvenes cuando salía de una librería de segunda mano. Le dieron en la cabeza con un bate de béisbol y le robaron la cartera. Cuando recuperó el conocimiento, estaba postrado en una cama de hospital. A pesar de que veía el fluorescente del techo de la habitación doble y borroso, el médico le dijo que el electroencefalograma no presentaba ninguna anormalidad. Llegó un momento en que ya no sentía aquella debilidad en todo el cuerpo, pero le dolían algunas partes, como el plexo solar o los dedos de las manos; además, a juzgar por los diversos rasguños y partes hinchadas –había contabilizado unos ochenta y ocho puntos de dolor–, estaba convencido de que tenía varias fisuras, pero a él solo le preocupaba qué iba a hacer si no podía sumarse a la manifestación del domingo.

Al final, el sábado decidió que no aguantaba más y el domingo por la mañana se escapó del hospital mientras todavía era de noche para ir a la manifestación por su propio pie. Como Yoshiro llevaba tiritas en la sien y en el mentón y vendajes en la cabeza y en las muñecas, los manifestantes interpretaron que se trataba de una actuación callejera y le aplaudieron. Cuando por fin vislumbró la espalda de Marika, fijó su mirada en la cremallera vertical que se la dividía y corrió hacia ella. Olvidando su aspecto, Yoshiro le dio unos golpecitos en el hombro, Marika volvió la cabeza y se quedó estupefacta al verlo, conmocionado por que hubiera acudido a la manifestación de tal guisa, y, a continuación, las mejillas se le tiñeron de rojo. Yoshiro sintió que el corazón le daba un vuelco. Había caído en la extraña trampa llamada «amor» sin la fuerza suficiente en los brazos para trepar y salir de ella. Se rindió, postrándose con la cabeza entre las dos manos.

Cuando Marika le comunicó que estaba embarazada, le invadió una especie de felicidad etérea, pero cuando le propuso matrimonio, le

preocupó ser capaz de aguantar los próximos años el tono de voz agudo de Marika, que recientemente le había empezado a molestar. Yoshiro respiró tranquilo en el momento en que Marika le preguntó si le parecería bien casarse con alguien que no iba a estar mucho en casa. Como la idea le gustó, Yoshiro, secretamente aliviado, decidió casarse, a pesar de que a veces se despreciaba a sí mismo por ello, pero con el paso del tiempo, después de tantos bailes juntos, la línea entre el bien y el mal se había tornado borrosa. Recordó que de niño una vez se había quedado observando un pequeño aparato que daba vueltas en un centro comercial y que le explicaron que a aquella máquina le ponían leche, huevos y azúcar por arriba y salía helado por abajo. Del mismo modo, Yoshiro y Marika habían sido introducidos por arriba y dos niveles más abajo su bisnieto Mumei había salido contoneándose. Y Yoshiro se alegró de que hubiera sido así, porque en el caso de no haber puesto nada por arriba, tampoco habría salido nada por abajo. Cada vez que reflexionaba sobre este proceso, acababa concluyendo que, más que hacer de chef, él había hecho de ingrediente.

Incluso después del nacimiento de Amana, Marika no paraba quieta en casa. Al terminar el desayuno, metía al bebé, la bolsa de la compra y el monedero en el carrito, y salía. Primero se dejaba caer por una cafetería que abría a las diez, llamada Ciudad de la Leche, se llevaba tres periódicos del día bajo el brazo y tomaba asiento. La niña dormía plácidamente en el carrito y la camarera, que no se acercaba a propósito, le leía la palabra «café» en los labios desde la barra y asentía. Al poco rato, se unían otras madres y la cafetería se colmaba de carritos. También de suspiros de cansancio, críticas ácidas con tonos amenazantes, risitas entrecortadas y chillonas, un sinfín de gritos quejosos en forma de preguntas avasalladoras y voces dulces que flirteaban con un resentimiento empalagoso. Llegado el mediodía, Marika pasaba por una tienda cercana de comercio justo, compraba los ingredientes para una ensalada, volvía a casa, preparaba el almuerzo con maestría y comía con Yoshiro, que había estado escribiendo en el despacho. Durante unos veinte minutos, la pareja permanecía cara a cara, en un silencio íntimo, pero, al terminar, Marika recogía la mesa en un periquete y volvía a salir de casa con el carrito. Más que salir a dar una vuelta con el bebé en el carrito, parecía que era el carrito el que empujaba a Marika, siempre corriendo hacia delante.

Por aquel entonces, Yoshiro estaba escribiendo una novela cuyo protagonista era un hombre que jamás había salido de casa, aunque tampoco es que estuviera encerrado. Como si fuera un cangrejo ermitaño, no salía de casa porque el instinto le decía que no era

seguro, así que se pasaba los días ingeniándoselas para tener gente interesante visitándolo.

Yoshiro pensaba que a su mujer debía de parecerle asfixiante estar con él de la mañana a la noche bajo el mismo techo, y que por eso organizaba tantos planes y salía con el carrito, impaciente, desde primera hora.

Cierto día, Yoshiro había quedado con un editor en una cafetería, pero cuando salió de casa después de anotar las ideas que quería comentar sobre el proyecto se dio cuenta de que iba a llegar con mucho retraso. Cuando entró en la cafetería, se encontró al editor sentado al fondo, observando la nata translúcida y fina que flotaba en la superficie del té con los hombros encogidos, como alicaído. En un primer instante quiso correr hasta la mesa para disculparse enseguida, pero le costó cruzar el local. Aquel día se percató por primera vez de que en la cafetería había un aparcamiento para carritos de bebé. Los niños dormían plácidamente dentro de sus camitas transportables mientras las madres charlaban con los ceños fruncidos. En el aire flotaban fragmentos de frases como «recursos reutilizables», «me da miedo que los niños se conviertan en pájaros» o «anteponen los beneficios a la salud de los ciudadanos» que llegaban a los oídos de Yoshiro. De tan abstraídas que estaban en sus conversaciones, el café se les enfriaba en la taza y olvidaban pedir un trozo de los pasteles que se agrietaban, resecos, bajo las campanas de cristal. Por casualidad, se fijó en la cubierta de un libro titulado *Pesimismo para madres* que una de las mujeres tenía en una mano, a la vez que movía en círculos la otra dentro del carrito. Yoshiro alargó el cuello como una jirafa para observar el interior de este y vio que la madre había acariciado tanto al lloroso bebé que hasta lo había despeinado. ¿Estaría Marika en otra cafetería leyendo libros como ese y teniendo el mismo tipo de conversaciones? ¿O quizá estaría en una conferencia o en una charla? ¡A saber! ¿Qué debía de estar haciendo? Yoshiro estuvo nervioso durante toda la reunión con el editor y, al terminar, se fue. A continuación, se dio un paseo y se fijó en que había muchos carritos de bebé. Durante todo ese tiempo que había estado encerrado en su despacho escribiendo el último libro la sociedad había cambiado por completo. Con el nacimiento de tantos niños, la ciudad se había abarrotado de carritos de bebé y las madres se reunían en las cafeterías. Debajo de los toldos de tela, esa nueva especie humana succionaba los chupetes con sus piquitos de pájaro y observaban a Yoshiro con resentimiento mientras se movían de vez en cuando entre las mantitas. ¿De modo que los bebés eran así? Si viera a su hija Amana fuera de casa, ¿también le parecería tan rara? Cuando el semáforo se ponía en verde, las rayas blancas del paso de cebra

dejaban de verse de tantos carritos que lo cruzaban. Había carritos incluso delante de las estanterías de la librería. Alargó la mano para coger un libro recién publicado que se titulaba *Elogio de la masturbación*, pero delante de esa estantería había tres carritos parados y no alcanzó a cogerlo. Mientras estaba de puntillas, se fijó de repente en que un bebé de ojos tan cristalinos como un espejo lo estaba observando.

Al cabo de poco tiempo, Marika le explicó que existía un movimiento llamado «movimiento del carrito»; una corriente que abogaba por salir a pasear por la ciudad con los carritos siempre que saliera el sol. Las madres se levantaban por la mañana sintiéndose miserables, inútiles, con el estómago vacío e incontinencia, sin nadie que las ayudara, bien porque habían llorado en sueños o simplemente porque el hecho de quedarse en casa a solas con los niños gimoteando todo el día les recordaba la época en que estos eran recién nacidos. Fuera como fuere, las madres no soportaban sentirse de aquel modo y salían de casa para empujar sus carritos, que en las cafeterías se habían convertido en una señal de que allí había libros y periódicos para leer y otras madres con las que conversar.

Aquella noche, Yoshiro escuchó con placer todos los pormenores de las actividades del movimiento del carrito que le contó Marika. Para determinar hasta qué punto las ciudades eran agradables para los transeúntes, lo mejor era ir a caminar con un carrito. Cuando no había aceras o se encontraban con demasiadas escaleras, no podían ir más allá. La contaminación acústica exacerbaba a los bebés y, cuando llegaban a lugares en que el dióxido de carbono era elevado, prorrumpían en llanto. Al haber muchos otros carritos alrededor, se producía una reacción en cadena y el llanto de los bebés reverberaba al unísono como una sirena y despertaba un sentimiento real de hasta qué punto era desagradable o peligroso aquel lugar para las personas. Al parecer, se estaban desarrollando unos carritos que al empujarlos se cargaban con placas solares.

Yoshiro siempre se había mostrado precavido ante los movimientos sociales buenistas. Aquella buena fe con olor a leche rezumaba una especie de ácido sulfúrico proveniente del odio hacia los autores que, inmersos en la escritura de obras oscuras y amargadas, no prestaban atención a sus familias, y si Yoshiro no hacía nada al respecto, caería sobre su mano y le quemaría la piel. Marika no le había reprochado ni una sola vez que se dedicara a escribir, pero tampoco había dado nunca su opinión sobre los libros que escribía.

Quizá porque desde la época del carrito había respirado al aire

libre, a su hija Amana le gustaba dar vueltas por la ciudad, aunque no tuviera nada que hacer. Al poco de tener la menstruación, empezó a salir por las noches.

–Hay más probabilidades de que una chica de trece años muera dentro de casa que fuera, ya sea por asesinato o por suicidio colectivo de la familia. Pensar que salir es peligroso no tiene ningún tipo de sentido –objetaba Amana cuando Yoshiro la regañaba.

Amana se fue de Tokio a los dieciocho años para estudiar en una prestigiosa universidad de Kitakyûshû, donde se especializó en Farmacia orgánica. Siempre recalcaba la idiosincrasia internacionalista que había caracterizado a Kyûshû desde la época de la Edad de Piedra hasta la era Edo.

–En Tokio la naturaleza se está marchitando. Quiero vivir en el sur de Japón –había dicho Amana alguna vez.

A Yoshiro le sorprendía que dijera en el sur de Japón en lugar de en Kyûshû. Después de haberse graduado, Amana apenas había vuelto a ir a Tokio, ni más allá de Shimonoseki. Durante las vacaciones de verano, cuando Tomo iba a casa de Yoshiro, un amigo de Amana lo llevaba con él aprovechando que viajaba a Tokio por negocios.

Cuando su hija se fue de casa, Marika también se separó de Yoshiro aduciendo razones laborales. Empezó trabajando en una institución que protegía a niños que se habían escapado de sus hogares y que no querían regresar con sus padres, y muy pronto creó en medio de las montañas la escuela Otro Hogar, para niños que no tuvieran a nadie que los cuidara, en la que se quedó como directora. Se rumoreaba que Marika había podido dirigir el lugar gracias a que había conseguido fondos, pero Yoshiro no tenía experiencia en recaudaciones, así que no tenía ni idea de cómo había reunido tanto dinero ni con quién lo había negociado. Como era su pareja, se lo podía haber preguntado directamente, pero hubo un momento en que comprendió que cuanto más cercana es una relación, más difícil es preguntar directamente ciertas cosas, y al final no le dijo nada. Así, habían pasado a vivir separados pacíficamente, sin discutir ni divorciarse, y como no se podía volver atrás en el tiempo, siguieron adelante de aquel modo.

Después de que Amana y su marido se trasladaran a Okinawa, su nieto Tomo, que ya había alcanzado la mayoría de edad, se convirtió en una fuente de dolores de cabeza para Yoshiro durante un tiempo.

En varias ocasiones había intentado regañar a su nieto, pero al final aquello siempre acababa pareciendo un espectáculo de *manzai*.[11]

–Para ti, ¿qué es lo más importante?

–Pues... No lo sé.

–Piénsalo. ¿En qué momentos te gusta estar vivo?

–Quizá cuando me excito.

–¿Y qué te excita?

–Sin duda, tres cosas.

–¿Qué tres cosas?

–Comprar, jugar y beber.

–En tu respuesta has omitido los objetos directos.

–Es que no tengo ningún objetivo directo.

–No te hablo de objetivos, sino del objeto directo de la frase. El cuarto caso de la gramática alemana o el acusativo en ruso –dijo Yoshiro, y después, al darse cuenta de que estaba dando explicaciones en vano, se apresuró a replantear la pregunta–: ¿Qué compras? ¿A qué juegas? ¿Y qué bebes?

–Compro manga, juego al béisbol y bebo chocolate caliente –respondió Tomo con una risita.

–Serás tonto. Lo único que se te da bien es decir burradas. ¿No te gustaría estudiar para ser escritor?

–Ni hablar. Odio tener flechas de entrega.

–¿Qué dices de flechas de entrega? Se dice «fechas de entrega». Entonces, ¿qué te parecería ser poeta? A los poetas no les afectan las fechas de entrega, porque solo escriben cuando les viene la inspiración. Parece ser que en un futuro los poetas se ganarán mejor la vida que el resto de los escritores.

–¿Ah, sí? ¿Los poetas se ganarán la vida? Pero hacer dinero no es mi fuerte.

Por muchas preguntas que Yoshiro le hiciera, Tomo permanecía con una sonrisita en el rostro. Era como si le estuviera hablando a una patata. Hasta que al cabo de un rato Tomo se cansaba de la conversación y lo halagaba con cumplidos hipócritas.

–Abuelo, tú sí que tienes talento. ¡Te envidio porque no hay nadie que escriba novelas como tú! ¡Sigue escribiendo! –le decía.

Yoshiro se quedó observando la nariz proporcionada y los ojos almendrados de su nieto sin saber si era mejor ofenderse o echarse a reír.

Tomo se fue a vivir con Yoshiro cuando empezó el instituto, pero a menudo no dormía en casa y, desde que dejó los estudios a medias, ya ni se acercaba por allí. Yoshiro sospechaba que ese deseo de querer vivir separado de la familia quizá fuera genético. Tanto su esposa Marika como su hija Amana y su nieto Tomo se habían esfumado a algún otro sitio.

Un día, Tomo le presentó a Yoshiro una chica tan bella como una grulla. Habían ido a informarle de que iban a casarse y que no pensaban celebrar ninguna ceremonia, sino que solo se inscribirían en el registro de la familia. Transcurridos unos meses, nació Mumei. Por aquel entonces, Tomo estaba de viaje en algún lugar y Yoshiro fue el único que permaneció junto a la madre y el bebé. El nacimiento del niño se adelantó dos semanas, la madre sufrió una hemorragia que no conseguían detener, perdió la conciencia y se la llevaron a la unidad de cuidados intensivos, mientras que el bebé respiraba conectado a un tubo dentro de una caja de cristal que parecía un féretro transparente.

Tres días después del nacimiento, la madre de Mumei falleció. Como de costumbre, Tomo se encontraba en paradero desconocido, de modo que Yoshiro decidió que era mejor aplazar la fecha del funeral en la medida de lo posible. Mientras el cuerpo inerte de la madre de Mumei descansaba en la «cámara fría de la paz» como una muñeca de cera dormida, las enfermeras sacaban a Mumei de la incubadora altamente protegido entre sus gruesas y cálidas manos. El niño, que más que recién nacido parecía recién cocido, empezó a respirar por sí solo los primeros días de su vida entre los vítores de Yoshiro.

No obstante, al quinto día del fallecimiento de la madre, Yoshiro habló con dos especialistas que habían acudido desde lejos para consultarles si debía sacar el cuerpo de la cámara fría de la paz. Uno consideró que, como el cuerpo había sufrido cambios anormales, era mejor quemarlo de inmediato, mientras que el otro le pidió permiso

para diseccionarlo y conservarlo en formol con fines científicos. Yoshiro no tenía ni la más remota idea de qué tipo de cambios anormales habían ocurrido. Tras varias preguntas inexpertas sin sacar nada en claro, dijo con vehemencia que no podía decidirse por la cremación ni por la conservación en formol a menos que viera los restos con sus propios ojos, de modo que los especialistas lo acompañaron reticentes hasta el lugar donde se encontraba el cuerpo. Al ver a la chica, Yoshiro soltó una exclamación de sorpresa y se tapó la nariz y la boca con las manos. No podía creer lo que estaba viendo. A continuación, volvió a mirar tímidamente el cuerpo, pero esta vez no le causó tanta impresión como la primera. De hecho, pensó que su figura desprendía más bien belleza. Sin embargo, con el tiempo se le hizo imposible recordar exactamente lo que había visto en realidad, porque en su mente el cuerpo seguía evolucionando y transformándose: el centro del rostro se le afilaba y se convertía en un pico, los músculos de los hombros se le hinchaban y le salían unas plumas de cisne y, en un abrir y cerrar de ojos, los dedos de los pies se le transformaban en patas de ave.

Siete días después del fallecimiento, llevaron el cuerpo al crematorio, donde tuvo lugar un funeral íntimo al que solo acudió Yoshiro. Como era habitual, Tomo se había esfumado entre la niebla y seguía en paradero desconocido. Amana había contactado con Yoshiro para decirle que le era imposible abandonar Okinawa de repente y que, por favor, se encargara de la cuestión. Y cuando Marika consiguió encontrar tiempo para acudir al hospital, Mumei ya tenía once días. Yoshiro la saludó desde la cuna de Mumei, sacando pecho, orgulloso como si él mismo le hubiera dado a luz.

–¿Qué opinas? ¿A que parece listo? Y también es guapo –dijo.

Marika miró a Mumei, sacó un pañuelo para secarse las lágrimas y se fue de la habitación del recién nacido como si escapara. Yoshiro quiso ir tras ella, pero como Mumei se había puesto a llorar, al final se quedó en la habitación.

Los primeros días las enfermeras trataban a Yoshiro como si fuera un familiar que estuviera de visita, pero al poco tiempo empezaron a darle a él los biberones y a enseñarle a cambiar pañales. Él metía los pañales sucios en una cesta y todos los días le traían un fajo de pañales limpios.

–Pensaba que los pañales estaban hechos de papel y que eran de un solo uso –dijo.

La enfermera jefa resopló bruscamente por la nariz riéndose de él, como diciendo «¡Qué pesados son los abuelos!».

La otra enfermera que tenía al lado carraspeó.

–Si utilizáramos pañales de papel, escasearían los folios que usan los escritores –dijo.

Yoshiro encogió el cuello. Al parecer, en el centro de maternidad habían descubierto rápidamente que aquel anciano tembloroso que cambiaba pañales en realidad escribía novelas oculto bajo un seudónimo.

Yoshiro pensaba que solo se daba leche de fórmula a los niños que no tenían madre, pero, tras observar con detenimiento a su alrededor, se dio cuenta de que todas las madres daban la leche en polvo. Una enfermera le explicó que no había ninguna garantía de que la leche materna no fuera peligrosa, porque, aunque contuviera componentes que alientan la vida, también tenía altas dosis de otros que la quitan. Asimismo, también le comentó que en la leche de fórmula no había ni una gota de leche de vaca.

–Entonces, ¿qué lleva, leche de loba? –bromeó Yoshiro sin conseguir sacar una sonrisa a la enfermera.

–No. Pero sí que lleva leche de murciélago –le explicó esta.

Rodeado de varias enfermeras que le respondían con amabilidad cuando les preguntaba algo, Yoshiro disfrutaba cuidando de Mumei todas las mañanas en el centro de maternidad, pero se fijó en que allí no había ningún doctor, y al preguntar la razón, la enfermera jefa se limitó a reírse de nuevo con esa expresión en el rostro de «¡Qué pesados son los abuelos!» sin darle una respuesta. Después, se lo preguntó a otra enfermera tímidamente, la cual le explicó que hacía tiempo que en los departamentos de obstetricia y ginecología ya no se hacían diferencias entre médicos, enfermeras y comadronas.

Tomo apareció por el hospital para conocer al recién nacido cuando Mumei ya tenía trece días.

–¡Abuelo! –exclamó entrecortadamente, pero después se quedó en silencio con los ojos empañados de lágrimas.

–Este es tu hijo. Le he puesto Mumei, que significa «el sin nombre». ¿Tienes alguna objeción? –le dijo Yoshiro para romper el hielo.

Cuando Tomo se echó a sollozar como un niño pequeño, Mumei, que hasta entonces dormía plácidamente, también prorrumpió en llanto. La longitud de onda de ambas voces era idéntica, como la de dos hermanos que se pelean y se ponen a llorar a la vez cuando los regañan.

Tomo había estado ingresado en un centro de rehabilitación de adicciones graves, por lo que había permanecido en cuarentena sin noticias del exterior, hasta que al salir le anunciaron el fallecimiento de su mujer. Yoshiro no preguntó si lo habían encerrado porque se había visto envuelto en una situación embarazosa o si había ingresado por voluntad propia, ni cómo lo había pagado.

–Yo me haré cargo de Mumei, así que quédate tranquilo, recupérate y vuelve cuando estés bien –dijo como quien habla con un niño pequeño.

Por culpa de tanto crío como él engendrando más críos, la sociedad estaba repleta de críos.

–Conozco una tienda que está aquí cerca. ¿Quieres que te vaya a buscar algo rico para comer? –le dijo Yoshiro, y finalmente Tomo esbozó una frágil sonrisa.

–Te lo agradezco, abuelo. La verdad es que el tiempo pasa volando. ¿Te puedes creer que ya soy padre? –dijo soltando un leve suspiro con teatralidad.

Yoshiro se armó de paciencia para no decirle que cómo se atrevía a llamarse «padre» a sí mismo.

–Por cierto, ¿a qué demonios te has enganchado? ¿No habías dejado ya de ir a las carreras de perros? ¿O es que ahora juegas a las cartas con florecitas?[12]

–le preguntó sarcásticamente, haciendo referencia expresa a su afición por las apuestas.

–Abuelo, las adicciones tan graves no se limitan a una única cuestión. Dependen de muchos factores. Con tal de conseguir un subidón emocional, cualquier cosa sirve.

–¿A qué apuestas? ¿A la ruleta?

–No es eso.

Tomo se ruborizó y bajó la mirada. Yoshiro no podía dejar aquello así de ninguna de las maneras, e insistió con más preguntas hasta que por fin escuchó lo que quería oír. Patidifuso, se le entrecortó la respiración y, acto seguido, estalló en risas, sacándose de encima la frustración acumulada.

Se suele decir que para los abuelos los nietos son siempre muy monos, pero a Yoshiro Tomo nunca le resultaba mono: para él era más bien un árbol del que cosechaba incesantes preocupaciones. Ya de pequeño, cuando estaba aprendiendo a andar, a menudo se desplazaba hasta el panel de control de la red de dispositivos para las tareas domésticas, se subía a una silla, pulsaba todos los botones y giraba los diales sin ton ni son, dejando la casa hecha un caos. En cierta ocasión, salieron del congelador un sinfín de espinacas disparadas que se descongelaron y convirtieron la cocina en un campo de pasto, y en otra ocasión la temperatura del agua de la bañera subió hasta que se puso a hervir, y el patito de goma se derritió y quedó como un huevo pochado.

A Tomo le encantaba todo lo que fueran máquinas con botones que al pulsarlos causaran grandes destrozos, pero los juegos de construcción ni los tocaba, y de los columpios se cansaba al segundo o tercer vaivén. Tampoco mostraba ningún interés por las pelotas: ni por que se las pasaran ni por correr tras ellas. Aunque le leyeras libros ilustrados, no prestaba ni la más mínima atención, y por mucho que viera a otros niños, era incapaz tanto de hablar como de jugar con ellos. Como mucho, les tiraba del pelo y los hacía llorar. Sin embargo, cuando veía un interruptor le brillaban los ojos y, a continuación, hacía ademán de ir a apretarlo. Por ello, Yoshiro había pensado que en el futuro se le daría bien ser programador, pero en realidad a Tomo no le interesaban en absoluto las matemáticas ni la tecnología informática, lo que le gustaba era pulsar botones a tontas y a locas y poner nerviosos a los demás. Con una naturaleza tan anárquica, Yoshiro se imaginó que sería un artista que organizaría *happenings*, por lo que también había probado a llevar a Tomo a exposiciones de arte contemporáneo y *performances*. Sin embargo, a Tomo no había nada que le gustara menos que el arte. En cierta ocasión, se encontraban en un recinto delimitado por serpentinas de colores brillantes en el vestíbulo de un museo, viendo la actuación de un hombre desnudo con todo el cuerpo pintado de rojo que bailaba, pero, al cabo de unos segundos, Tomo frunció el ceño en señal de aburrimiento.

–¿Esto es arte? –susurró al oído de Yoshiro.

Tomo se pasó la juventud blandiendo espadas virtuales en batallas con enormes lagartos peludos en juegos en línea, leyendo mangas de terror

que le mandaban todos los días al teléfono móvil, quedándose dormido con la tele encendida en las camas de los protagonistas de las series y tirando jarrones antiguos por la ventana sin razón alguna. Su rendimiento escolar parecía tambalearse en la cuerda floja, pero de algún modo conseguía no caerse. En clase, agonizante ante el lento transcurrir de los segundos, bostezaba abriendo tanto la boca que parecía que se fuera a dislocar la mandíbula, daba golpecitos en la espalda del compañero de delante con el lápiz, se hurgaba la nariz, miraba constantemente el reloj y hacía perder la paciencia a los profesores. Tomo solía decir que si la clase durara solo cinco segundos, los aprovecharía al máximo para estudiar. Yoshiro pensaba que decía aquello con el propósito de hacerlos enfadar, pero podía ser que Tomo lo dijera en serio. Yoshiro había pensado alguna vez que habría estado bien que, en lugar de ser su nieto, Tomo hubiera sido un personaje de una de sus novelas. En ese caso, se habría ahorrado muchos disgustos y habría sido divertido tanto para él como para sus lectores. Tomo no leía novelas ni nada por el estilo, pero, curiosamente, era muy consciente de que su abuelo era escritor y alardeaba de ello entre sus amigos, y aunque no leía sus libros, los robaba en las librerías y se los ponía en su habitación como decoración. A pesar de que Yoshiro sabía que se hacían apuestas sobre qué escritor ganaría el próximo Premio Nobel de Literatura del mismo modo que se apostaba en las carreras de caballos y que había en juego grandes sumas de dinero, jamás pensó que su propio nieto acabaría siendo víctima de ese tipo de negocio.

–Pero si no lees libros, ¿por qué crees que puedes predecir quién ganará el Premio Nobel de Literatura?

–Si eres un profesional de las apuestas, ¡se puede ganar en cualquier campo!

–Pero si tú solo te arriesgas a poner en lo más alto del *ranking* el nombre que te ha dado un informante, ¿no? ¿Acaso no se te ha ocurrido que esas listas pueden ser una artimaña para estafar dinero a la gente?

Dado que aquel reencuentro terminó con unas risas, ese día permaneció en la memoria de Yoshiro como algo luminoso. Tomo volvió al centro de rehabilitación con la promesa de que regresaría cuando estuviera limpio. A Yoshiro la palabra «limpio» le sonó a falacia, como en los anuncios de detergente, pero no quiso decir nada al respecto.

Transcurrido un mes de su nacimiento, Mumei por fin pudo salir del

hospital. Yoshiro regresó a casa tatareando una canción con el niño en brazos, pero allí le esperaba la noticia de que Tomo se había escapado del centro y se encontraba en paradero desconocido. El deseo de que se hubiera escabullido para ver el rostro de Mumei lo iluminó como un faro que al girar alumbra los cuatro puntos cardinales en un mar oscuro.

Yoshiro dudó sobre si notificarlo a la policía o no. No es que recelara del cuerpo de policía, ahora privatizado, pero tampoco confiaba especialmente en él. La policía privatizada se dedicaba sobre todo a las funciones musicales de la orquestra de viento y marchaba uniformada por la ciudad meneando el trasero y tocando canciones famosas de *chandon-ya*[13]

y de circo. A los niños les gustaba a más no poder. Incluso a Yoshiro alguna vez le habían entrado ganas de marchar tras la orquestra. Sin embargo, más allá de la orquestra de viento, nadie tenía ni idea de lo que hacía. Los cuarteles pequeños se habían abolido. Les habían cambiado el nombre por «guías de lo desconocido», se habían independizado de los cuarteles generales y se habían convertido en una organización que no solo daba indicaciones de las calles, sino también información turística gratis. Por mucho que leyeras los periódicos, jamás encontrabas palabras como «sospecha», «investigación» o «arresto». Había quienes decían que los casos de asesinatos prácticamente habían desaparecido porque se habían prohibido los seguros de vida, pero Yoshiro no se tragaba esa teoría.

A Yoshiro le daba mucha pena que Mumei hubiera perdido a su madre y que su padre se hubiera esfumado entre la niebla, pero, como tanto la muerte de una como la desaparición del otro eran cuestiones muy personales, le dio apuro llevar el caso a la policía. Yoshiro cogió la manita de Mumei, se puso a juguetear con ella moviéndola con suavidad y le entraron ganas de echarse a reír y a llorar al mismo tiempo. Entonces, sin darse cuenta, se le escapó un «Juntos nos las apañaremos, colega». Puesto que hasta entonces nunca había usado la palabra «colega», no sabía por qué le había salido en ese preciso instante. En realidad, quizá había querido decir la palabra «camarada», pero ese término no le traía buenos recuerdos y le había salido «colega».

Menos mal que no llegó a notificar nada a la policía porque, al cabo de un tiempo, le llegó una carta de Tomo:

Me fui del centro. Siento haberte preocupado, pero tengo mis propias razones. Lo creas o no, el nuevo director es el líder de la religión humanista. Ya no podía más. Todos los días giraban solo en torno al dogma. Por citar algunos ejemplos, en las comidas no había legumbres, los pantalones de color estaban prohibidos y obligaban a peinarse con la raya en medio. Tanta regla absurda daba miedo. También olía a sangre. Por eso me escapé. Después, estuve vagabundeando durante un breve periodo de tiempo, hasta que me encontré por casualidad con un viejo amigo que me propuso trabajar en una fábrica de juguetes. Aquí solo contratan a muertos vivientes como nosotros. En la fábrica todo es como en las casas de apuestas. Si pierdes, eres un esclavo, y si ganas, un tirano. El salario es bajísimo, pero tenemos la comida, la ropa y un lugar para dormir garantizados. Hacía tanto que no me tenía que preocupar por las cosas esenciales de la vida… La rueda de la ruleta es antigua, pero no está trucada, y estoy ganando bastante.

Yoshiro había decidido que en el momento en que Mumei empezara a hablar y le preguntara dónde estaba su padre, le respondería que vivía en un lugar lejano y que estaba bajo tratamiento para curarse de una enfermedad grave. Si le preguntara qué enfermedad, le explicaría que se trataba de una enfermedad que le causaba obsesión por el juego y que jugar era lo único que hacía. No obstante, hasta el momento Mumei no se había interesado por sus padres. En su clase de primaria no había ni un solo compañero que estuviera siendo criado por sus progenitores y, por tanto, tener madre o padre no era realmente un problema.

Hacía tiempo que a los niños sin padres habían dejado de llamarlos «huérfanos»: habían pasado a referirse a ellos como «niños independientes». A Yoshiro la palabra «independiente» le molestaba porque, en japonés, el *kanji* con el que se escribía la primera parte de la palabra, 独, le recordaba a un perro que se separaba de la manada y se pegaba a un ser humano para sobrevivir.

En el centro que dirigía Marika vivían unos cincuenta niños independientes. Aunque tenía fama de estar bien gestionado a pesar de que las condiciones eran estrictas, su dependencia de Marika era enfermiza. Si ella se ausentaba tres días, parecía que se fuera a desmoronar como un castillo de naipes. Era la única que tenía registrada toda una serie de información en el cerebro, como que en el caso de que no llegara la verdura de la granja a la que se le había encargado, el pedido se tenía que retornar lo antes posible y pedirlo a

otra granja siempre y cuando tuvieran esas verduras, o, de lo contrario, qué cambios se debían hacer en la comida planeada. Asimismo, cuando los niños se rompían un hueso, les costaba respirar o tenían una diarrea imparable y ningún hospital quería mandar a un especialista porque había escasez de médicos, ella se las apañaba para encontrar a un médico que acudiera al centro; todo gracias a su inconmensurable conocimiento y sus múltiples contactos, y a su don de la palabra: cosas que era imposible reducir a datos que se almacenan digitalmente. Es decir, en el instante en que el centro se encontraba en apuros, este dependía de la genialidad de un único cerebro humano que llegaba a una conclusión tras analizar las mil experiencias vividas acumuladas en el pasado.

Marika quería visitar a Mumei y a Yoshiro para compartir con ellos una velada charlando alrededor de una *nabe*.[14]

Quería ir a verlos a toda costa, así que planeó coger uno de los pocos autobuses que enlazaba con un tren que salía a primerísima hora. Ella acostumbraba a levantarse muy pronto, cuando todavía era de noche. Tanto en invierno como en verano, siempre estaba en pie antes de que el sol apoyara sus dedos en el horizonte para impulsarse y alzar la parte superior de su esfera. Después, ponía una vela de cinco centímetros de diámetro y diez de alto encima del escritorio y la encendía con una cerilla. Observaba la llama naranja, que parecía una goma que se alarga temblorosa y se contrae agonizante, y esta le calmaba los incesantes pensamientos en torno a las tareas pendientes del día anterior que quería finalizar.

Sin embargo, aquella mañana no perdió el tiempo prendiendo cerillas, sino que cogió una pequeña bolsa y partió. Cruzó el terreno del centro como si estuviera escapando, sintiéndose culpable por haberse saltado ese ritual tan importante. El camino se le hizo más largo de lo habitual. Entre farola y farola, los pies le desaparecían misteriosamente en la oscuridad. Al salir a la calle, fuera del terreno, no había farolas, pero percibía que se aproximaba el alba. Hacía mucho tiempo que no esperaba el autobús. En el horizonte se vislumbraba el contorno de las colinas, como si en el paisaje flotara tinta negra, y cuando fue a observar las siluetas de la vegetación, aparecieron dos agujeros de luz en la oscuridad: el autobús estaba llegando. Era el primero del día e iba vacío. Marika pagó el billete al conductor, sin que este levantara la mirada siquiera, y después se sentó en un asiento desde el que dejó de verlo porque tenía un panel delante. Se bajó en la última parada, pero no encontró ningún cartel que indicara si se encontraba en la estación de trenes y allí todavía no había nadie a quien preguntar. Marika se sentó en un banco frío de la

pequeña sala de espera y aguardó a que el altavoz anunciara algo. Al cabo de un rato, le asaltó la duda de si aquello era realmente una estación de trenes. Su experiencia le decía que sí, pero uno no puede confiar en que las cosas sigan siendo como siempre. Quizá había dejado de funcionar como estación, y ella no se había enterado. Al poco rato, un hombre con un bombín que le tapaba los ojos y una mujer con una bolsa enorme aparecieron por entradas distintas y se sentaron en el mismo banco como si se hubieran puesto de acuerdo. Marika se quedó observando a la pareja para averiguar si eran realmente unos extraños o si aquello estaba arreglado de antemano, con la impresión de que aquella escena la había visto en una película de espías cuando era pequeña. De pronto el timbre de la sala de espera empezó a sonar con fuerza y, a continuación, se oyó el traqueteo del tren de cercanías que se acercaba. Cuando Marika salió al andén, el resplandor del horizonte que empezaba a iluminarse se acercaba poco a poco desde el este.

A pesar de que era consciente de que durante el viaje tendría que hacer varios transbordos engorrosos, partió con la certeza de que llegaría a la casa de Yoshiro y Mumei sin ningún contratiempo. Sin embargo, en cada transbordo se metía en las salas de espera para aguardar a que entrara otra gente y que por fin aquello pareciera realmente una sala de espera y subir todos juntos cuando llegara el tren. Ese proceso repetitivo le pareció infinito y estuvo a punto de olvidar el propósito de su viaje. Ninguno de los trenes hallaba aquella parada final que Marika tanto ansiaba; todos la dejaban en medio de la nada sin apiadarse de ella. No le molestaba tener que hacer tantos transbordos, pero sí que la forzaran a esas esperas tan largas. ¿Quién había diseñado aquellos horarios? ¿Por qué los había hecho así? Marika era especialista en interpretar el mundo como una serie de conspiraciones.

Por fin llegó a su destino, y allí, delante de la estación, todavía esperó otro autobús, en el que viajó temblorosa hasta apearse. Estaba tan ansiosa por verlos que parecía que el corazón se le fuera a salir por la boca. Con la respiración entrecortada, anduvo encorvada e incómoda hasta que por fin llegó a la hilera de casas refugio que se alzaban a derecha e izquierda de la calle, y una vez allí aceleró el paso, cada vez más y más rápido. Pero ¿cuántas decenas de casas iguales podía llegar a haber en una misma manzana? Aquella uniformidad y arrolladora cantidad de casas iguales casi le hicieron olvidar adónde iba, pero por fin la vislumbró. Yoshiro y Mumei la estaban esperando fuera uno al lado del otro y le hacían un gesto con la mano indicándole que se acercara cual gatos de la fortuna. En ese momento pensó que, si se saludaba con las manos, debía hacerse moviéndolas de derecha a

izquierda como un metrónomo, pero después se dio cuenta de que ese pensamiento seguramente le venía de las películas extranjeras que había visto hacía tiempo. Dos gatos de la fortuna: uno grande y otro pequeño. Muchas gracias por traerme suerte. De repente, a Marika le dio un ataque de locura e, inclinándose hacia delante, se puso a correr a toda velocidad entre carcajadas.

–¡Aquí llega la bisabuela! –se oyó que bromeaba una voz, que bien podría haber sido la suya, la de su marido o la de su bisnieto.

Los tres se pusieron a pegar brincos como un conejo al inicio de la primavera mientras el corazón les estallaba de la alegría con fuegos artificiales. Dentro de casa, una cazuela de barro humeante los estaba esperando. Moviendo el trasero para encontrar el centro del cojín, Marika se plantó encima como si fuera a echar raíces. Sentados al otro lado de la capa de vapor, Yoshiro y Mumei parecían dos magos envueltos por una nube.

–¡Ja, ja, ja! –se reía Mumei a la vez que metía los palillos repetidas veces en el caldo hirviendo sin conseguir sacar nada.

Por fortuna, los palillos de al lado lo ayudaban a abastecer su platito con un sinfín de manjares de mar y montaña. Cada vez que Yoshiro y Marika pescaban un alimento de la cazuela que normalmente no comían, como una gamba o una seta *maitake*, hacían un esfuerzo por sacarse la amenaza de la contaminación de la cabeza y trataban de pescar recuerdos felices, del mismo modo que pescaban con suma delicadeza los trozos de tofu sedoso de la cazuela, que ponían en su platito para después llevárselo a la boca con ansias a pesar de que todavía estaba muy caliente. El tiempo no mostró clemencia con ellos; el reloj de pared iba marcando las horas con su dong, dong cruel hasta que en el fondo de la cazuela quedó únicamente un trozo mustio de col china.

–¡Anda, se ha hecho tarde!

Marika se levantó, cogió el abrigo, metió los brazos con torpeza en las mangas, que se le habían enredado, se abrochó todos los botones hasta el cuello a pesar de que no hacía frío y se calzó los zapatos a todo correr.

–Bueno, nos vemos. Me gustaría mucho volver pronto. Lo haré en cuanto pueda. De veras... Haré todo lo posible, pero... Bueno, nos vemos...

Las palabras que dijo fueron tan elocuentes como las que no dijo, y,

mientras se debatía, salió de la casa como una hoja de un bloc de notas que se arranca y se tira hecha un gurruño. Tenía el rostro anegado de lágrimas y la voz ronca desde que había empezado a hablar.

–¡Te acompañamos! –le gritó Yoshiro por detrás.

Yoshiro cogió al tambaleante Mumei en brazos para meterlo en la sillita de la bicicleta, pero Marika alzó las palmas como protegiéndose con un escudo.

–No es necesario, puedo ir sola –dijo con tono melódico como si estuviera canturreando una canción: responder así fue lo primero que se le ocurrió para esconder su voz llorosa.

Sus piernas aumentaron rápidamente la velocidad por sí solas, y al poco Marika estaba corriendo, como en una carrera de atletismo, con los codos diligentemente doblados debajo de las axilas y la mandíbula apretada hacia delante. Corría, corría y corría. Parecía alguien que escapa de un incendio. Si algo duele, causa quemazón. Siempre había odiado las despedidas, y con el transcurso del tiempo todavía más. De manera infantil pensó que si arrancar una tirita dolía tanto como tocar la herida abierta, era mejor dejarla puesta para siempre, aunque estuviera sucia y arrugada y la piel se hubiera empezado a pudrir.

Marika no pudo quitarse el rostro de su bisnieto de la retina en todo el viaje de traqueteantes trenes y autobuses. De vuelta en el centro, arrollada por el trabajo como si fuera una avalancha, la sonrisa de Mumei le venía a la mente cada vez que se detenía a respirar un momento. No había nada que la atemorizara más que obsesionarse con él y que por culpa de eso el amor que sentía por todos los niños del centro por igual se debilitara de repente. No hacía mucho que a Marika la habían nombrado presidenta del jurado de un proyecto privado altamente secreto, en el que llevaba tiempo involucrada, para escoger a alumnos brillantes con el fin de mandarlos al extranjero como emisarios. A pesar de que en el centro había bastantes niños, no era fácil encontrar buenos candidatos para hacer de emisario. Los niños listos que solo aprovechaban la mente en beneficio propio no valían; los que tenían un gran sentido de la responsabilidad pero carecían de competencias lingüísticas, tampoco. El don de la palabra era importante, pero si se jactaban del sonido de su voz quedaban descartados. Los que se ponían en la piel de los demás no servían, ya que se emocionarían con facilidad. Tampoco los que tenían personalidad, pues enseguida querían sirvientes y devotos a los que mandar. También eran rechazados los asociales, así como los que no

soportaban la soledad; los que carecían de habilidades y coraje para replantearse los valores establecidos y los que, por el contrario, constantemente se oponían a todo; los oportunistas y los que sufrían cambios de humor repentinos. Fuera como fuere, parecía que ningún niño era capaz de superar la prueba para ser el emisario, solo podría lograrlo el candidato perfecto.

En lugar de cargar a Mumei con tan peligrosa misión, Marika prefería que este siguiera como hasta entonces, luchando hasta el final en su tranquila rutina protegido por Yoshiro. No sabía hasta cuándo viviría, por lo que no había ninguna necesidad de exponerlo a peligros. Así que Marika pensó que, si ella no decía nada, la existencia de Mumei nunca llegaría al jurado.

Ver como los niños pequeños del centro se caían y prorrumpían en llanto le recordaba a los tiempos en que su hija Amana todavía era pequeña y lloraba a todas horas. Por aquel entonces, existía la teoría de que era mejor consolar enseguida a los niños que lloran para pedir ayuda porque, si los dejabas solos, se convertían en personas tercas que fallecían prematuramente; por ello, cuando su hija Amana lloraba, Marika la abrazaba bien fuerte para consolarla de inmediato. Cierta vez, mientras la abrazaba, sintió que las venas invisibles de su cuerpo estaban conectadas y la asaltó el impulso de separarse.

En otra ocasión, cuando su hija tendría unos tres años, estaban en casa de sus padres sentados cara a cara y jugando a la cuna de gato en la habitación con el reloj de pared del abuelo y le pareció que las venas se les extendían fuera del cuerpo como si fueran ramitas. Como hilos de araña, llegaron hasta la pared y el techo, y se enroscaron alrededor del reloj. Marika se puso en pie temblorosa. Hasta entonces nunca había pensado en la historia de esa casa. Allí habían nacido y fallecido generaciones de personas cuyos nombres desconocía y por las que jamás había tenido ningún interés. Las paredes rezumaban el sudor de las mujeres que habían trabajado allí como criadas y las columnas estaban impregnadas del semen de los amos que forzaban a sus jóvenes sirvientas a tener relaciones sexuales con ellos. Olía al sudor frío de un hijo ansioso por hacerse con la herencia de su padre al que había estrangulado estando este postrado en la cama. El techo y las paredes que habían presenciado todo eso la observaban. El sufrimiento de las parejas bajaba por las tuberías que conectaban los desagües con los retretes. Una madre cuya soledad se había transformado químicamente en ambición ahogaba a su hijo, apretando su esbelto cuello entre sus muslos sudorosos. Una mujer que fingía no saber que su marido la engañaba mezclaba sus propias heces en la sopa de miso que le servía. Un pirómano apuesto merodeaba

alrededor de la casa, alguien que quizá había trabajado antes allí y al que habían despedido de forma injusta. El cordón umbilical de orígenes nobles de una antigua familia se había enredado en sus propios cuellos. Quería cortar con todos esos malditos antepasados, que ahora se complacían tanto en compartir viejos secretos de familia... Pensó que su verdadera familia era la gente que había conocido por casualidad en la cafetería, que su descendencia eran los niños independientes que vivían en el centro.

Cuando Marika vio por primera vez la sencilla casa en la que Yoshiro y Mumei se habían refugiado temporalmente, se sintió aliviada. Sin embargo, como no estaban allí por gusto, pensó que decirlo podía ser desconsiderado y, al principio, se mordió la lengua, pero cuando supo que a Yoshiro también le gustaba bastante, Marika expresó su opinión con franqueza: aquella casa carecía de la altivez de los pisos de lujo y el sufrimiento que se concentraba en las casas antiguas. Yoshiro le explicó que habían tenido muchísima suerte de que los carpinteros que habían construido las casas de ese barrio hubieran trabajado tan bien, pues parecía que las que había unos kilómetros más allá las hubiera construido Onioku[15]

en lugar de carpinteros porque, a pesar de que la construcción había costado el triple, en verano en el interior hacía más calor que en el exterior y, en invierno, más frío; la ventilación era mala; las paredes, finas, y se oía a los vecinos incluso cuando suspiraban.

La construcción de casas refugio en la región comprendida entre Tama y Nagano había aumentado de forma espectacular y se esperaba que a lo largo del camino de Nakasendô –la ruta que llegaba hasta Tokio– la población fuera gradualmente al alza. En el centro de la ciudad ya no vivía nadie. Aunque no se había hablado de que el Parlamento o la Corte Suprema se hubieran trasladado, no cabía duda de que aquellos antiguos edificios se habían quedado en desuso. Eran auténticas cavernas. Cuando se privatizó la política, corrió el rumor de que los parlamentarios y jueces que habían trabajado allí hasta ese momento habían cobrado el dinero de la jubilación y se habían ido a vivir a una zona de clase alta llamada «El bosque de Satsuma». Pero ¿dónde demonios estaban tratante reconstrucción porque se rompía cuando el río se desbordaba. Cierto día, pidieron a un carpintero que hiciera un puente que no se rompiera y, mientras pensaba cómo hacerlo, se dijo que aquello era imposible. De repente, se le apareció el demonio Onioku y le prometió un puente irrompible si a cambio le daba uno de sus ojos. El carpintero aceptó y el puente estuvo terminado en solo dos días, pero cuando Onioku reclamó el ojo, el carpintero no quiso dárselo, y entonces el demonio le dijo que si adivinaba su nombre no

se lo tendría que dar. Al final, el carpintero adivinó su nombre y el demonio desapareció.

bajando los parlamentarios elegidos en las últimas elecciones? ¿De veras existían? ¿O no eran más que meras fotografías de unos rostros a los que habían atribuido un nombre? Yoshiro recordaba haber ido hasta el centro electoral que había en el ayuntamiento y haber depositado allí la papeleta en la que había escrito el nombre del candidato en cuestión. Hasta ahí podía contar. Como mínimo, el lápiz con el que había escrito el nombre en la papeleta era real.

El trabajo principal de los parlamentarios consistía en trastear con las leyes. A juzgar por lo mucho que cambiaban, no cabía duda de que alguien lo hacía. Sin embargo, nunca se comunicaba quién hacía las enmiendas ni con qué propósito. Sin saber nada sobre temas legislativos, los ciudadanos vivían autorregulándose y evitando que las leyes les quemaran la piel gracias a que habían desarrollado una intuición afilada como un cuchillo.

Ante el anuncio de que se había tomado la decisión del aislacionismo sin dar más explicaciones, Yoshiro y Marika no fueron los únicos que se quedaron patidifusos y sin poder hacer otra cosa que balbucear durante un rato.

«El aislacionismo no es malo; prueba de ello es que el periodo Edo fue una buena época», argumentó un artículo de periódico. Los críticos que escribían cosas de este tipo en realidad se oponían al aislacionismo, pero se resistían a admitir la humillación que suponía para ellos que se hubiera tomado tal decisión sin previo aviso. Además, si admitían que los habían engañado como al resto de los mortales se quedarían sin trabajo, lo cual querían evitar, y por ello se excusaban con aires de zorros a los que les gustan las uvas e insistían en que ellos habían apoyado el aislacionismo desde el principio y que, de hecho, iban a proponerlo al gobierno.

Cierta vez, Yoshiro propuso a un periódico publicar un artículo titulado «El aislacionismo no existió», pero no se lo aceptaron. Quería escribir en torno a la idea de lo bien conectado que estuvo Japón con todo el mundo a través de Holanda y China. La razón que le dieron para no publicarlo fue que no había recibido la aprobación del experto encargado del tema en el periódico. Entonces, pensó que esperaría a que alguna revista generalista le hiciera un encargo para presentar el mismo artículo, pero curiosamente a partir de aquel momento no le llegó ninguno más.

Como estaba muy enfadado, Yoshiro escribió un cuento infantil que mandó a una editorial con la que anteriormente había publicado un libro. En el cuento explicaba la historia de una niña que iba a sexto de primaria. En el país en que vivía la niña era obligatorio llevar un *hinomaru bentô*[16]

para comer. De modo que, todas las mañanas, la madre metía una ciruela encurtida justo en medio del recipiente con arroz blanco. Dentro del arroz, escondía dos láminas oscuras de alga *nori* y, en un recipiente aparte, ponía una tortilla o espinacas como acompañamiento. De modo que, día tras día, tanto la niña como su hermano llevaban un *hinomaru bentô* para el almuerzo. Cierto día, la madre sufrió un accidente de tráfico y tuvo que ser hospitalizada, y el padre, que estaba de viaje de negocios, no pudo regresar antes de lo previsto. Para consolar al hermano anegado en llanto, la niña cortó el alga artísticamente con unas tijeras e hizo una cara de panda con la comida. El hermano fue al colegio lleno de alegría y, orgulloso, se lo enseñó a toda la clase. Pero, al día siguiente, llevaron a la niña a un reformatorio y a la madre, que había sido dada de alta del hospital, la arrestaron.

Por desgracia, el cuento infantil que Yoshiro había escrito seguía inédito, puesto que recibió una carta de la editorial que decía que «un niño no entendería un contenido como ese».

Arropada con la colcha de seda hasta la nariz, Marika recordaba algunas noches de cuando tenía relaciones sexuales con Yoshiro y se le escapaba una risita. De aquello ya hacía más de ochenta años. Más que un paraíso en el futón de la seducción, lo que le venía a la mente era la imagen de dos dinosaurios jugueteando.

Marika todavía se conservaba joven tanto por su piel como por su actitud, pero sentía que las carnes de dentro le habían cambiado del todo. Antes sentía como si alguien le tirara de los pezones hacia delante, pero ahora era como si los pechos se le hubieran hinchado descomunalmente juntándose entre ellos para protegerla de un rival. De joven, la única parte que tenía fría era el trasero –quizá porque los nervios no le llegaban hasta la carne de las nalgas– y, cuando se lo tocaban, le sorprendía que el cuerpo le llegara hasta ahí. No obstante, ahora se le calentaba y se daba aires de grandeza, dándole órdenes de que se levantara y abriera la ventana, o de que se volviera a sentar y revisara de nuevo un documento. Antaño se solía decir que las personas inquietas eran «culos de mal asiento», pero, en su caso, a

Marika sus nalgas la dominaban.

Cada vez había más expertos que decían que la humanidad se estaba feminizando, pero también había quienes argumentaban que los niños varones se estaban feminizando y las niñas, masculinizando.

En las culturas en que se solían abortar los fetos femeninos, se había roto el equilibrio y la naturaleza, encolerizada, había empezado a desarrollar estratagemas. Una de las argucias desarrolladas era que el sexo con el que se nacía era perecedero: todo el mundo cambiaba de sexo una o dos veces a lo largo de la vida indefectiblemente, sin que nadie supiera de antemano si pasaría por uno o dos cambios.

Yoshiro tenía encima de la cómoda una foto que su mujer le había mandado. Al parecer, la habían sacado en el centro el día de Año Nuevo. Una niña con los ojos medio cerrados apoyaba su gran cabeza sobre el hombro izquierdo de Marika. La niña parecía estar sufriendo, o bien soñando con los ojos abiertos. Tenía las pestañas pobladas, los labios de color cereza y el cuello muy largo, con la nuez especialmente marcada. Comparado con ese cuello, el de Mumei parecía grueso y firme. La niña tenía ambas manos extendidas sobre el otro hombro de Marika y sacaba la lengua a la cámara con el mentón hacia delante. Otra niña dormía con la cabeza apoyada en el regazo de Marika, y otra estaba sentada de rodillas en el tatami y posaba para la cámara con una cara de estudiante ejemplar. Detrás había una niña de pie cuya expresión rebosaba inteligencia y que, a juzgar por la rojez de sus mejillas, debía de tener fiebre. Asimismo, alrededor de ellos había más niñas que parecían no percatarse de que las estaban fotografiando. Todas parecían niñas, pero seguro que también había algunos niños.

Cuando a Marika le apremiaba el deseo de ver a Yoshiro y Mumei con la fuerza de una marea ascendente, concentraba ese deseo en el pequeño espacio cuadrangular de una postal y esperaba a que la marea bajara. «¿Cómo estáis? Cuando próximamente cumplas ciento ocho años, te voy a llevar un dulce bien grande con forma de pez», fue lo único que había conseguido escribir en la última postal que le había mandado a Yoshiro.

A Yoshiro no le apetecía hacer planes concretos para celebrar su centésimo octavo cumpleaños. A poder ser, quería hacer algo que a Mumei le hiciera exclamar: «¡El paraíso!». Podrían ponerse el bañador e ir a una fuente o disfrazarse de fantasmas y encender bengalas por la noche. La fiesta que hizo con toda la familia cuando cumplió los noventa y nueve años le quedaba muy lejos. Estaba contento de haber

celebrado los noventa y nueve en lugar de la cifra redonda de los cien, pero le parecía que la vulgar idea de hacerlo comiendo juntos en un restaurante había sido un error. Tener a todos sus familiares alrededor de la mesa le recordó a la esfera de un reloj: cuanto más jóvenes eran, más encorvados y pálidos estaban, más débiles tenían los cabellos y más lentamente movían los palillos. Como sus descendientes habían acabado así por su falta de criterio, los adultos se vieron envueltos por un sentimiento de culpabilidad que aguó la fiesta.

A pesar de que realmente se ignoraba si la generación de Yoshiro iba a vivir para siempre o no, de lo que no cabía duda era que por el momento les habían arrebatado la muerte. Quizá todo su cuerpo acabaría agotado y, a las puertas de la frontera de la vida, entre la masa de carne inmóvil, su conciencia obcecada en no olvidar seguiría agonizando hasta el infinito.

Yoshiro creía que su generación no tenía ninguna razón para celebrar la longevidad del ser humano. Agradecía seguir con vida, pero que los ancianos siguieran vivos era lo más normal, así que no veía ninguna necesidad de celebrarlo. Con la tasa de mortalidad infantil tan alta que había, lo que se debería celebrar era que los niños sobrevivieran un día más. En lugar de celebrar el cumpleaños de Mumei una única vez al año, él lo celebraría en cada estación. Quería celebrar todos los inviernos a los que sobreviviera sin congelarse y todos los otoños a los que hubiera llegado tras resistir el calor del verano. En el cambio de estaciones, el cuerpo se desprendía de lo viejo y revivía. A Yoshiro la primavera lo rejuvenecía, pero a Mumei el paso a una nueva estación siempre le suponía un duro reto porque necesitaba energía extra. Además de los cambios de estación, había otros cambios ambientales que le afectaban. Siempre que el nivel de humedad subía en aquel perpetuo calor abrasante, Mumei acababa con el torso empapado en sudor, y en cuanto bajaba un poco, de repente le asaltaba un frío terrible como si le hubieran quitado la camiseta interior. Si un rayo de sol salía entre las nubes, la piel se le agrietaba de la sequedad, mientras que si una lluvia vespertina lo empapaba, la humedad lo calaba hasta los huesos. No obstante, no se trataba solo del medio ambiente: todo lo que se llevaba a la boca en su día a día también le suponía un reto a Mumei. La acidez del zumo de naranja no solo le impedía absorber los nutrientes, sino que también le dañaba la pared estomacal. Un día su estómago estaba descansado porque había tomado zanahoria rallada y al día siguiente luchaba por absorber la fibra de las legumbres porque no creaba suficientes jugos gástricos y la barriga se le hinchaba de gases por momentos.

Preocupado por Mumei, Yoshiro lo observaba fijamente con la

barbilla apoyada sobre la mano izquierda hasta que decidía mirar hacia otro lado. Si mantenía la mirada clavada en él, el espíritu del niño acabaría por poseerlo e incluso él podría llegar a perder el apetito. Si eso ocurriera, ¿quién cuidaría de Mumei? Yoshiro seguía convencido de que el anciano de esos tiempos era un ser completamente opuesto a los niños: un gran mamífero de otra especie, de una fortaleza a prueba de bombas, que trabajaba de la mañana a la noche sin detenerse a pensar y que nunca se ponía enfermo.

Yoshiro se pasaba la vida ojo avizor a la búsqueda de nuevos alimentos que Mumei pudiera comer sin problemas, pero nunca compraba productos cuyo origen fuera desconocido. En cierta ocasión, encontraron miles de pingüinos muertos en la costa de Sudáfrica. Una empresa dirigida por un grupo internacional de corsarios secó la carne, hizo polvos de ella y luego comercializó unas galletas que supuestamente fortalecían a los niños. Según apareció en las noticias de los periódicos, en Japón había otra empresa que traficaba con aquellas galletas. A Yoshiro ese tipo de galletas le recordaron a la comida que antiguamente se daba a los perros, pero como le habían dicho que eran buenísimas porque tenían la proteína suficiente para nutrir a los niños, pensó que las compraría en cuanto se le presentara la oportunidad. La carne de pingüinos del Polo Sur probablemente estaría poco contaminada, pero que murieran tantos pingüinos en masa podría deberse al hundimiento de un buque petrolero, y eso le preocupaba.

Aquellos japoneses de bandas internacionales de corsarios que habían partido de Japón sin permiso habían perdido el derecho de retorno al país. «Prefiero estar con mis colegas de distintos países haciendo trabajos de corsario, que se pagan mejor y son más seguros, que regresar a Japón», decía un japonés en una inédita carta publicada en un periódico. Al leer aquello, Yoshiro se echó a reír. Si una carta así todavía podía publicarse en un periódico, eso significaba que la libertad de expresión todavía no se había extinguido del todo, al contrario que el ibis japonés.

Que en los grupos de corsarios hubiera personas orgullosas de su tradición vikinga, como los noruegos o los suecos, no tenía nada de extraño, pero al parecer en esos grupos también había quienes provenían de países sin ningún tipo de relación con el mar como Nepal o Suiza. Asimismo, el hecho de que hubiera un gran porcentaje de japoneses entre ellos probaba que el aislacionismo no guardaba relación con cuestiones genéticas.

El gobierno sudafricano había declarado su firme decisión de luchar

contra la piratería. Hacía poco, Yoshiro había asistido a una conferencia sobre «El futuro de los tiburones y del *kamaboko*»,[17]

en la que se había hablado de las organizaciones internacionales de corsarios. Como las conferencias no eran objeto de censura, acudir a ellas era un modo de estar informado. Yoshiro iba continuamente a salas de conferencias que tenía en un radio de unos diez kilómetros; siempre estaban abarrotadas. Sudáfrica e India habían sido los primeros países en desvincularse de la competición internacional por vender productos derivados de los recursos subterráneos con la mayor rapidez y al mejor precio y en adoptar la política de no importar ni exportar nada a excepción de su propio idioma. Sudáfrica e India se habían aliado en un pacto llamado «El tratado de Gandhi» que cada vez tenía más adeptos alrededor del mundo. Por otro lado, esta relación entre ambas naciones también había suscitado envidia en algunos países. Sudáfrica e India solo discutían sobre fútbol, pero siempre estaban totalmente de acuerdo en temas como la humanidad, el sol y el idioma. Al contrario de lo que habían predicho los expertos de otros países, su economía había crecido rápidamente. Del mismo modo, Japón había dejado de importar recursos subterráneos y de exportar productos fabricados, pero como no tenía ningún idioma que exportar se había quedado atrás. El gobierno encargó a un lingüista una teoría que sostuviera que el idioma de Okinawa era independiente y que no tenía nada que ver con el japonés en aras de venderlo a China, pero los okinawenses no lo permitieron: amenazaron con dejar de mandar fruta a la isla principal si se vendía su idioma.

Para Yoshiro, las mañanas estaban sembradas de preocupaciones, mientras que lo único que preocupaba a Mumei por las mañanas era poder jugar alegremente. Aquel día, Mumei estaba luchando mano a mano contra el espectro de la ropa. Aunque la ropa no fuera un ser maligno, ponérsela no era tarea fácil. Mientras batallaba con ella entre arañazos, tirones y repulgos, en su cerebro empezaron a brillar papelitos de colores naranjas, azules y plateados. Quería quitarse el pijama, pero era incapaz de decidir por cuál de las dos piernas empezar, y, entonces, le vino a la cabeza la imagen de un pulpo. Quizá en realidad él también tenía ocho piernas, pero se le habían enredado en dos grupos de cuatro y parecía que tuviera solo un par. Eso explicaría que cuando las quería mover hacia la derecha, también les diera órdenes de moverlas hacia la izquierda o hacia arriba. Estaba poseído por el cuerpo de un pulpo. «¡Vete, pulpo!» Por fin consiguió quitarse el pijama con decisión. Supuso que eso no significaba que se hubiera librado de todas las piernas. No, solo se había quitado el

pijama. Bueno, con eso bastaba; para poder ir al colegio, ya solo tenía que ponerse los pantalones. Se había formado un montículo de ropa atravesado por túneles. Las piernas eran dos trenes que los atravesaban. Pensó que le gustaría regresar al Museo de la Restauración Meiji y jugar con la maqueta de la locomotora de vapor. Había dos túneles, así que el que iba a Tokio podía ir por uno, y el que iba en la dirección contraria, por el otro. En principio eso era todo, pero, aunque la pierna derecha había entrado, la izquierda no salía. ¡Qué más daba! La locomotora de vapor color carne se metía en el túnel. Chu, chuuu.

–Mumei, ¿te has vestido ya?

Al oír la voz de su bisabuelo, el pulpo se apresuró a esconderse dentro de un calcetín, el tren se metió en la cochera y Mumei se quedó allí solo. Todavía no había llevado a término la tarea de vestirse.

–¿Será que soy un hombre inútil? –dijo todo serio.

Yoshiro se rió con disimulo.

–Nada de eso. Venga, vístete. ¡Toma! –le dijo a Mumei a la vez que se agachaba y le daba los pantalones del colegio con las dos manos.

–Me gustaría tener un uniforme de trabajo como el que vimos el otro día.

–¿Un uniforme de trabajo? ¡Ah! ¿Te refieres a un mono? Antes a los monos también los llamaban «*boiler suits*».

–¿*Boiler suits*? ¡Qué guay!

–Pero, como *boiler suit* es un término extranjero, es mejor no usarlo.

Siempre que oía la expresión «mejor no usarla», a Mumei le parecía que había algo que no comprendía. Palabras que conocía pero que, aunque conociera, era mejor abstenerse de usarlas y que, aunque fuera mejor no usarlas, se enseñaban de todos modos pero te pedían que no las usaras. Mumei no lo veía claro. ¿Podía seguir existiendo una pieza de ropa a pesar de que la palabra que la designaba hubiera desaparecido? ¿Se transformaba esta junto con su nombre? ¿O bien caía en el olvido? «Odio los pantalones con goma. Me pican las arrugas alrededor de la cintura», había dicho Mumei la semana anterior en una tienda de ropa para niños, y después suplicó que le hicieran un mono como los de trabajo, con la parte de arriba y la de abajo unidas. Sin embargo, al final Yoshiro no se lo compró con el

pretexto de que no le sería nada cómodo cuando fuera solo al baño en el colegio. Todo venía de que, en cierta ocasión, un fontanero había acudido a su casa con un atuendo similar que le había dado mucha envidia y no podía sacárselo de la cabeza. Aquel día Yoshiro no le había comprado el mono, pero por la noche se quedó despierto hasta tarde haciéndole unos pantalones especiales.

–Si no te das prisa, llegarás tarde –dijo Yoshiro como tantas otras veces.

A Mumei no le desagradaba especialmente el colegio, pero aquello de que le hicieran cambiarse de ropa a toda prisa para llegar a tiempo haría que acabara cogiéndole manía. No era su culpa que no pudiera estar listo con rapidez. La ropa, el zumo y los zapatos actuaban de forma unilateral, sin cooperar, del mismo modo que las agujas del reloj pensaban solo en ellas mismas y se le avanzaban sin que se diera cuenta.

¿No bastaría con asistir a clase cuando quisiera? Lo bueno de ir al colegio era que tenía muchos amigos con los que se divertía, mientras que lo malo era que no te dejaban estudiar. Si estudiara solo seguro que avanzaría mucho más. Siempre que quería decirle algo importante a la profesora, algún niño le molestaba diciendo alguna estupidez en voz alta. Mientras pensaba algo, el niño que se sentaba detrás de él le tiraba del pelo, y siempre que la profesora empezaba a contarles algo interesante la conversación quedaba interrumpida porque algún niño pedía permiso para ir al baño. Cuando recordaba las cosas que no le gustaban del colegio, le entraba un ansia atroz por que llegara el sábado para quedarse en casa. ¿Cuántas cacas más le quedarían por hacer hasta el siguiente día de fiesta? Yoshiro lo animaba todas las mañanas diciéndole: «Venga, ¡tú puedes! ¡Defecar bien te dará fuerzas para luchar contra los gérmenes!». Todavía era martes. El martes, el día del fuego.[18]

Quizá harían un experimento con cerillas en clase de ciencia y se quemaría. Al día siguiente sería miércoles, el día del agua. Quizá se ahogaría en la piscina. Pensó que ojalá subieran un poco más la temperatura del agua porque cuando metía los pies en ella la notaba tan fría que se ponía a gritar a pleno pulmón y, después de tanto gritar, las piernas le flojeaban como si se le hubieran convertido en fideos y le costaba andar. La monitora de natación le decía con dulzura que, si se cansaba, podía tumbarse a un lado de la piscina para descansar, pero ¿acaso no se daba cuenta de que había mareas? Si se tumbaba a un lado, la marea iría subiendo, sobrepasaría el borde de la piscina y las olas le darían en toda la cara estrepitosamente.

Entonces, llegaría una ola enorme que se lo tragaría. Alzaría la cabeza todo lo posible para coger aire, pero la ola lo arrastraría con fuerza de las muñecas y los tobillos hasta el fondo. ¡Eso era! ¡Ya sabía lo que haría! Si aquello ocurriera, volvería a transformarse en un pulpo. Así, el agua no le daría ningún miedo. El miércoles lo pasaría siendo un pulpo y esperaría a que llegara el jueves, el día del árbol. Ese día el cerezo del patio de la escuela quizá caería y lo aplastaría. Aunque desde fuera parecían sanos, en los últimos tiempos los árboles tenían una enfermedad que provocaba que tuvieran el tronco hueco y habían llegado a caerse por el mero hecho de que alguien suspirara a su lado. Por ello, había incluso carteles que decían PROHIBIDO SUSPIRAR AL LADO DE LOS ÁRBOLES. Madre mía, se imaginó una avenida llena de cerezos que empezaban a caerse uno a uno como fichas de dominó acercándose hacia él. Correría para salvarse. Como iría a toda velocidad, no lo aplastaría ni una rama. Qué gusto correr con todas tus fuerzas. Después vendría el viernes, el día dorado. Cuando estaba solo y el sol lo observaba con su único ojo dorado, el cuerpo se le petrificaba y no podía moverse. Por eso no debía jugar solo en el exterior. Se imaginaba que el precipicio de detrás de la escuela se derrumbaba y que se quedaba atrapado bajo el desprendimiento. Nadie acudiría a ayudarlo. Se le adormecerían los brazos. No sentiría las piernas y, al tocarlas, le parecería que no eran suyas.

–Mumei, ¿quieres una?

Las finas tostadas de pan de centeno que le preparaba su bisabuelo eran aromáticas, pero le costaba morderlas. Las puntas malintencionadas de los cereales secos le pinchaban la mucosa de la boca. El paladar le sabía a sangre. Aunque el cereal se hubiera recolectado, trillado, molido, amasado y horneado, sus espigas seguían dando guerra. ¡Qué cereal más terco! Una vez le dijo a su bisabuelo que las tostadas le sabían a sangre y pareció que se le iban a saltar las lágrimas, de modo que decidió no volvérselo a decir nunca más. A juzgar por sus pobladas cejas y robusta mandíbula, el bisabuelo era una persona fuerte, pero en realidad era muy fácil herir sus sentimientos y a menudo parecía que fuera a echarse a llorar. A Mumei le daba la sensación de que su abuelo sentía pena por él.

Fuera como fuere, ¿por qué narices los ancianos podían morder el pan tan tranquilos? Al parecer antaño las personas tenían los dientes muy sanos y comían unas galletas saladas llamadas «*katayaki senbei*», que tostaban expresamente para que estuvieran duras como piedras. En cierta ocasión, para hacerlo reír, el bisabuelo hizo como que masticaba una de esas galletas pétreas. Habría sido más gracioso si hubiera usado una de verdad, pero por lo visto ya no se vendían.

Yoshiro abrió la boca de par en par y fingió que se metía la galleta, redonda como la luna, entre los dientes y tiraba de la parte exterior hasta que se rompía, con un restallante sonido. Después, hizo como si la lengua moviera los trozos que tenía en la boca para llevarlos hacia el rincón de los molares y aplastarlos educadamente. Por lo visto en los apartamentos con paredes finas se podía oír hasta el crujir de las galletas *senbei* que masticaban. Pero no eran solo galletas lo que comían. Los humanos de antaño también mascaban almendras tostadas y desgarraban carne seca como las mismísimas ardillas o los leones. Mumei pensó que si salieran en un libro ilustrado del mundo animal, no cabía duda de que su bisabuelo y él no aparecerían en la misma página.

Al parecer, antaño también cocinaban pinchos a la brasa de intestinos de pájaro y de peces de río embarazados. Mumei no terminaba de creerse que aquella historia fuera cierta, pero, cuando observaba a su bisabuelo, a veces pensaba que quizá sí. El cuerpo de su bisabuelo era demasiado distinto del suyo. Además, no solo consumía alimentos duros, sino que también los consumía en cantidades increíbles. Comía tanto que tenía energía de sobra. Por eso, aunque no tuviera nada que hacer, salía a dar una vuelta cuando se levantaba por la mañana, para gastar la energía que le sobraba. En cambio, a los niños no les sobraba ni una gota. Si Mumei empleaba demasiada a la hora de vestirse, se quedaba sin para ir al colegio a pie y su bisabuelo lo tenía que llevar en la sillita de la bicicleta. Como le daba vergüenza que lo llevara todo el camino, andaba unos pocos pasos al salir de casa, pero pronto las piernas le empezaban a flaquear y tenía que pararse.

–Mumei, ¿todavía no te has vestido? Vas a llegar tarde al colegio –le dijo Yoshiro mientras se le acercaba, con un tono que pretendía ser duro pero que no daba ni pizca de miedo.

Yoshiro inhaló el profundo aroma dulce a niño que desprendía la nuca de Mumei. Ese olor. Cuando su hija Amana era todavía bebé y la sujetaba en brazos, su cabecita olía igual. Se había figurado que ese olor era típico de las niñas, pero Mumei también emitía esa dulce e intensa fragancia. Amana se hizo mayor y dio luz a Tomo. Todavía recordaba la sensación de ponerle los calcetines en esos preciados piececitos cierto día que le pidió ayuda, como quien envuelve cuidadosamente una fruta delicada. Sin embargo, Tomo no olía tan bien como Mumei. Cuando Tomo era pequeño, el cuerpo le olía a una mezcla de barro y sudor. Al empezar la escuela primaria, Tomo dejó de ponerse calcetines; metía los pies descalzos en las zapatillas de

deporte chafándolas por detrás y salía a jugar por su cuenta sin ni siquiera avisar de que se iba. Era inquieto y desconsiderado, pero tenía energía.

–¿Acaso no ves lo mono que es tu hijo? –le soltó Yoshiro a Tomo con aspereza cuando este reapareció tras el nacimiento de Mumei.

–¿Cómo sabes que es mi hijo? –le respondió Tomo con vehemencia.

Aquel intercambio de palabras dejó a Yoshiro atónito, pero llegó a la conclusión de que no merecía la pena tratar de averiguar nada al respecto y decidió arrojarlo a la chimenea del olvido, pero mucho tiempo después volvió a oír su murmullo entre las cenizas. Tomo realmente no sabía si Mumei era hijo suyo.

Desconocedora del significado de la palabra «fidelidad» e inquieta por naturaleza, las aventuras amorosas formaban parte del día a día de la madre de Mumei. Es decir, no era precisamente fiel como un cisne, ni como un pingüino. Si la criticaban, hacía oídos sordos; nunca se sentía culpable por nada, y era una bebedora empedernida. Como ya hacía tiempo que había quedado reducida a cenizas, por mucho que quisieran, era imposible preguntarle quién era el padre de Mumei. Y si siguiera con vida, quizá tampoco se acordaría.

Dado que cabía la posibilidad de que Yoshiro no tuviera ninguna relación genética con Mumei, alguna vez se le había pasado por la cabeza llevar un pelo del niño para que lo analizaran en el hospital. Pero un día cogió un pelo que había caído sobre el tatami y, cuando se vio a sí mismo observándolo abstraído, se puso a reír para sus adentros. Los genes no tienen olor. Sin embargo, Yoshiro olía a la perfección la fragancia dulce a bebé que Mumei seguía desprendiendo. El mensaje estaba clarísimo: si ni la madre ni el padre del niño podían sentirse embriagados por ese olor, ¿no sería que la madre naturaleza le había escogido a él para que lo educara y le hiciera de padre?

Desde la casa vecina, la voz de una niña que cantaba empapó el cielo azul.

–Libélula, libélula, ¿dónde estás?

A Yoshiro se le pegó en el cerebro el énfasis con que cantaba el «bé» de «libélula». ¿Habría visto la dueña de aquella jovial voz una libélula con sus propios ojos alguna vez? Quizá no. Yoshiro no recordaba la última vez que había avistado una. En la realidad habían dejado de

verse, pero en la canción que cantaba la chiquilla todavía existían. Cuando veías una, pensabas que su cuerpo alargado seguiría volando recto a toda velocidad con el zumbido de sus alas transparentes, pero se detenía unos instantes en el aire, cambiaba inesperadamente de dirección y, rauda, volvía a salir volando. Verlas, aunque fuera unos segundos, era una experiencia mística. Yoshiro quería enseñarle a Mumei una libélula ni que fuera una vez.

Dado que las paredes de las casas refugio eran finas, la voz cantarina de la niña se oía a la perfección. Cuando dejó de cantar, se oyó una voz de mujer:

–Tenemos que salir ya para ir al colegio –dijo.

A veces Yoshiro veía a la niña que vivía al lado con la mujer que la cuidaba cuando pasaba por delante de la casa de camino a la escuela. Como la niña solía llevar un vestido blanco parecido a un traje espacial, no le veía la cara. Yoshiro se había imaginado que aquel atuendo era un traje muscular de energía solar. Mumei había expresado que le parecía bonito, había algo en el traje a lo que le encajaba la palabra «bonito». Quizá se trataba de una belleza cuya época todavía no había llegado. Yoshiro recordó que las mujeres de antaño se ponían ropa expresamente para marcar curvas y enseñar la nuca o los muslos. Si bien aquello podía describirse como sexy, ver a la niña moverse como una nube blanca a Yoshiro le evocaba más bien una belleza profunda y misteriosa.

El horario de entrada de la niña y de Mumei era casi el mismo, pero ella iba a una escuela primaria asociada a un centro de investigación a la que solo podían ir niños escogidos. Al parecer, los niños de allí tenían capacidades especiales y recibían una educación personalizada.

La mujer que cuidaba de la niña era parca en palabras, se limitaba a dedicarle una ligera reverencia y de inmediato volvía el rostro. En el pasado, Yoshiro habría intentado romper el hielo con alguna frase sobre el tiempo, como que hacía frío, calor o que parecía que iba a llover, pero hablar de eso era cada vez más difícil. El frío y el calor se habían mezclado: se burlaban de la piel seca convertida en grasa y ridiculizaban las conversaciones de los humanos. Si decías algo como «qué calor hace», se ponía a hacer frío; o justo cuando decías «cómo ha refrescado esta mañana», te empezaba a sudar la frente.

Aludiendo a la famosa frase «Mientras todo el mundo solo habla del

tiempo, yo hablo de la revolución», el mes anterior alguien había pegado un póster artístico en el muro de la escuela que decía YA NADIE HABLA DEL TIEMPO NI DE LA REVOLUCIÓN. No obstante, al día siguiente alguien lo había arrancado.

Esa mezcolanza no ocurría solo con el frío y el calor, sino también con la luz y la oscuridad. Si observabas fijamente el cielo gris de un día que parecía oscuro, en la profundidad del cielo podías ver un destello de luz parecido al de una bombilla y, al poco rato, tenías que apartar la mirada porque te deslumbraba. Cuando cerrabas los ojos porque un viento fuerte te molestaba, el aire dejaba de soplar de repente. A medida que caía el día, el contorno de los tejados se iluminaba. Si encendías la luz dentro de casa porque tenías dificultad para leer el periódico en la oscuridad, el papel absorbía la luz, las letras se derretían en la negrura y desaparecían. Apagabas la luz para ir a dormir y la luna brillaba tanto que no podías conciliar el sueño. Pensabas que aquella luna tan brillante era algo extraordinario y te asomabas por la ventana para verla, pero en realidad brillaba por su ausencia y la única luz que veías era la que parecía emitir la mina de un lápiz que se había caído en la calle. Las farolas de la calle y las luces de las casas estaban todas apagadas, como si la noche quisiera reafirmarse en ella misma, pero, justo en ese momento en que se diría noche cerrada, empezaba a despuntar el alba.

Mientras Mumei se ponía los zapatos, Yoshiro dio la vuelta por el lado sur del jardín de la casa de al lado siguiendo la voz cantarina de la niña. Las casas refugio no tenían paredes de separación. Yoshiro alargó el cuello para mirar dentro de la casa, pero allí no había nadie, solo una cómoda y un escritorio sin nada encima. Al lado de la ventana, había una hilera de diez botellas de unos diez centímetros, cada una con una florecita dentro y con motivos como una campana lila, un jarrón amarillo, unos fuegos artificiales rojos, unos trazos blancos o una manchita de color carmín. Yoshiro pensó que a Mumei le gustaría ver tanto color y que decoraría la ventana del mismo modo para que se pusiera contento.

–Buenos días –dijo una voz a sus espaldas.

Sorprendido, volvió la cabeza y vio que la mujer de la casa de al lado, que llevaba su cabellera canosa bien recogida en un moño y un vestido rojo de seda, se acercaba hacia él empujando una silla de ruedas. En la silla iba la niña. En lugar de vestir ese mono de siempre que parecía un traje de astronauta, llevaba un vestido blanco y

sonreía. Los ojos, brillantes y oscuros, se le tornaban azules dependiendo de cómo les daba el sol. Los tenía extremadamente separados entre sí. Eso le provocó mareo al mirarla. Yoshiro pensó que le gustaría que Mumei hablara con la niña.

–Disculpad. Estaba mirando las flores. Son preciosas. ¿Os gustaría conocer a mi bisnieto? –dijo Yoshiro, caminando hacia atrás lentamente, y ambas se le acercaron asintiendo.

Mumei los estaba mirando de reojo mientras hacía girar los pedales de la bicicleta poco a poco con las manos.

–Mumei, ven a saludar a las vecinas. ¿Cómo te llamas? –preguntó Yoshiro dirigiéndose a la niña.

–Suiren –le respondió esta a la vez que le dedicaba una reverencia con la cabeza.

Por la confianza de su gesto, se hubiera dicho que era mucho mayor que Mumei, a pesar de que en realidad tenían la misma edad. Mumei anduvo hasta la silla de ruedas tambaleándose con el cuerpo inclinado hacia delante.

–Este es mi bisnieto Mumei. Un placer.

Después de presentarlo, Yoshiro pensó que hubiera sido mejor que Mumei se hubiera presentado por sí solo, pero, acto seguido, Mumei señaló a Yoshiro y dijo:

–Este es mi bisabuelo Yoshiro. Un placer.

–Yo me llamo Kongen –se presentó la mujer con cortesía, sin dejar claro si entre ellas había parentesco.

Mumei no apartaba los ojos del rostro de Suiren. La miraba con avidez, y aunque ella también lo miraba a él, no se puso nervioso ni mostró un ápice de vergüenza. Yoshiro los observó a ambos.

–Venga, si no vamos al colegio ya, llegaremos tarde –dijo Yoshiro a Mumei tirándole de la mano, y se metieron en casa.

Yoshiro le limpió las manos manchadas con el aceite de la bicicleta ayudándose de una toallita impregnada con una solución antiséptica.

Como de rodillas para abajo Mumei tenía las piernas encorvadas hacia dentro como un pájaro, cuando andaba se le abrían hacia fuera.

Mantenía el equilibrio al andar trazando círculos en el aire con sus dos enormes brazos, mientras la ligera bolsa que llevaba en bandolera le pegaba repetidos golpecitos en la estrecha cadera. Yoshiro empujaba la bicicleta y Mumei se afanaba para seguirle el paso. Yoshiro andaba tan despacio como podía, haciendo lo posible para que pareciese su ritmo natural. Mumei, por su parte, fingía no darse cuenta de que Yoshiro andaba pausadamente a propósito.

Mumei se detuvo y Yoshiro, también. En breve, Mumei se puso a andar de nuevo. Sin embargo, a unos diez pasos, volvió a detenerse. Cada paso le suponía un arduo trabajo.

Todos los días, Mumei desarrollaba músculos en algún lugar invisible, pero no esos músculos abultados que se ven desde fuera al hacer fuerza, sino los que se extienden por dentro como si fueran una red y que son necesarios para como Mumei lo hacía. Yoshiro pensó que andar erguidos sobre las dos piernas como hacían los humanos quizá no era la mejor forma de desplazarse. Del mismo modo que los humanos habían dejado de ir en coche, quizá algún día también dejarían de andar de pie e inventarían una forma de moverse completamente distinta. En el momento en que todo el mundo empezara a arrastrarse como pulpos, Mumei podría participar en las Olimpiadas.

Yoshiro decidió dejar de fantasear sobre cuestiones imposibles de saber, detuvo la bicicleta y bajó el compacto caballete para apoyarla.

–Cuánto has andado. Hoy has llegado más lejos que ayer –dijo, y después levantó a Mumei con las dos manos apenado, como de costumbre, por lo poco que pesaba y lo puso en la sillita, que estaba fijada sobre el portaequipaje de la bicicleta.

Aquella sillita era de lujo: tenía un cojín blandito, un respaldo alto en el que se podía apoyar hasta la parte de atrás de la cabeza, un reposabrazos, una plataforma para los pies, un soporte para los gemelos y un cinturón de color verde. Yoshiro empezó a pedalear con fuerza.

La entrada del colegio estaba tan atestada como el mercado por las mañanas. Yoshiro bajó a Mumei de la bicicleta y, a continuación, este se dirigió directo hacia el edificio de la escuela sin volver la vista atrás. Los responsables de los niños podían acompañarlos hasta la clase sin ningún tipo de problema, pero Yoshiro siempre se quedaba unos tres segundos observando la espalda de Mumei y, después, se iba a toda prisa como si lo persiguieran.

Al entrar en el edificio, Mumei se quitó los zapatos, los juntó por los talones y los metió en el zapatero. En ese colegio no tenían zapatillas. Anduvo con los calcetines de algodón por el pasillo de madera fría hasta llegar a la hilera de aulas con suelo de tatami. En una esquina de la clase había unas cajas de madera apiladas que, cuando era necesario, convertían en escritorios. No había sillas. Lo primero que hizo Mumei al entrar en clase fue ponerse a juguetear como un perrito con el primer compañero que vio. También había quienes jugaban a luchar cariñosamente, por lo general, las niñas. Ninguno de los niños se caía de forma aparatosa. Al tener las caderas bajas, cuando alguien los empujaba, hacían un ovillo con el cuerpo como si fueran bichos bola. Al principio los profesores se ponían nerviosos por si se hacían daño, pero con el tiempo se dieron cuenta de que esos niños no se herían fácilmente.

Yonatani se aflojó el pañuelo azul celeste de seda que llevaba en el cuello porque le estaba asfixiando. Si se lo dejaba de aquel modo, lo perdería, así que decidió atárselo alrededor de la muñeca izquierda. «Como el vendaje de un soldado herido», pensó. En ese momento, se encontró con la mirada de Mumei, que estaba sentado en el suelo contemplándolo. Este observó el pañuelo que Yonatani se había atado alrededor del brazo con extrañeza.

–Profe, ¿por qué te has quitado el pañuelo?

–Porque tenía calor.

–¿Calor?

–Sí. A veces me da calor y otras, frío. Es uno de los desórdenes de la menopausia.

–¿Qué son los desórdenes de la menopausia?

–Son irregularidades del cuerpo. Como cuando en la música se pasa de la escala mayor a la escala menor.

Por lo visto, los hombres de antaño no tenían ningún síntoma de la menopausia, pero, recientemente, había ido al alza el número de hombres que los experimentaba tan severos como para tener que ausentarse del trabajo. Aquella mañana, mientras Yonatani había estado leyendo las páginas de las noticias de sociedad en el periódico, de repente le habían entrado escalofríos en las extremidades. Se puso los calcetines y una chaqueta, tomó un café y de inmediato le entró un sofoco que le nació de la garganta y se expandió por todo el cuerpo, le empezó a sudar la frente y rápidamente se quitó la chaqueta. Para

bajar la temperatura de la cabeza, que le bullía como un hervidor, fue a la escuela vestido con ropa ligera. Al llegarle a los oídos el griterío de los niños que jugueteaban, a pesar de que sabía que gritaban porque se lo estaban pasando bien, se le aceleró el corazón. Diez años atrás, el corazón no se le embalaba de aquel modo.

Cuando empezó a dedicarse a la enseñanza, Yonatani pensaba que, si les quitaba el ojo de encima a los niños, estos podían hacerse daño, pero había dejado de sufrir por eso. Mumei, que andaba como si estuviera a punto de caerse, justo en ese momento acababa de transferir el peso de su cuerpo hacia abajo con maestría, después alargó ambos brazos y se apoyó en los hombros de Yasukawamaru. Mumei lo había advertido de antemano con un grito como el de una grulla, y él, que estaba sentado en el suelo, había tenido el tiempo justo para volver la cabeza poco a poco y esperar a que le cayera encima. Es decir, a juzgar por la suma precisión de aquellos movimientos, más que una lucha, aquello parecía un baile.

Yonatani observaba inmóvil como jugaban los niños a unos pasos de ellos. Entonces se dio cuenta de que estaba tieso como un palo sin ninguna necesidad y rápidamente se acuclilló para observar toda el aula desde allí abajo. Cuando era joven, todavía perduraba el prejuicio social de que los hombres altos eran mejores. Aquel modo de pensar era claramente un vestigio de las películas y revistas extranjeras. Al fin del periodo Heisei, los cambios sociales se desarrollaron a la velocidad a la que las piedras ruedan pendiente abajo, y desde el interior de una tumba rota resucitaban los recuerdos de la era Tenpô o Tenmei, en que los hombres altos se consideraban desafortunados, porque, en caso de que los alimentos escasearan, serían los primeros en flaquear y morir.

Yonatani nunca se había detenido a pensar qué niño era el más alto de la clase. El ritual de medir la estatura se había abolido. Cuando supo que algunos profesores opinaban que era inhumano estirar a los niños para medirlos como si fueran hilos o cuerdas, entendió el razonamiento. Era mejor que cada uno tuviera sus propias curvas. Lo importante era que juguetearan libremente a la vez que entrenaban el tipo de fuerza física que necesitaban.

Cuando Yonatani era pequeño, muchos niños no movían el cuerpo fuera del contexto del deporte. Él mismo había formado parte del equipo juvenil de béisbol del distrito cuando tenía cinco años, del equipo de fútbol en secundaria y del equipo de básquet en bachillerato. De hecho, había llegado a entrenar ocho días a la semana. En cierta ocasión, lo comentó a unos niños de la clase y estos

se rieron de él a carcajadas porque la semana solo tenía siete días, pero su entrenador de por aquel entonces solía decirle: «Piensa que la semana tiene ocho días». Así que él intentaba pensar que los domingos eran dos días, por lo que comía y hacía los deberes a doble velocidad, y entrenaba por la mañana y por la tarde. A principios del primer semestre del segundo año de bachillerato, una mañana en que los cerezos estaban totalmente florecidos, de repente fue incapaz de levantarse, no tenía energía ni para ponerse los calcetines, así que decidió dejar de entrenar.

A pesar de que en su juventud Yonatani se pasaba los días corriendo detrás de la pelota y moviendo el esqueleto con los amigos, no recordaba haber tenido nunca ningún contacto físico ni que le hubiera dado ningún vuelco el corazón por nadie. Le daba la sensación de que tanto él como los niños que lo rodeaban eran una especie de personajes de ficción de una película de anime, que se movían en un plano de dos dimensiones que se podía ver pero era imposible de tocar. Sentir el confuso latir del corazón que se le aceleraba cuando la mano entraba en contacto con el guante de béisbol y se lo acercaba a la nariz en secreto para oler el fragante aroma del cuero era lo más parecido que tenía a un recuerdo sensual. Cierto día, una compañera a la que apodaban Michiru reposó una mano encima del escritorio y él apoyó la suya encima por equivocación. A pesar de que la retiró rápidamente, la sorpresa que sintió al tocar aquella suave piel perduró en su memoria y, a partir de ese momento, empezó a fijarse en ella cuando estaban en clase. Incluso cuando había una luz blanquecina u oscura, Michiru siempre resplandecía llena de color. Pero no se fijaba solo en eso, sino también en los nombres que Michiru pronunciaba, las letras que Michiru escribía, lo que Michiru hacía durante el tiempo libre. De algún modo, el mero hecho de haberla tocado le había robado la llave de su corazón.

Yonatani observó a los niños y se dio cuenta de que no se habituaba a lo mucho que habían evolucionado comparados con su generación. Del mismo modo que los cachorros de león entrenaban sus cuerpos jugueteando para sobrevivir en la colosal sabana, los humanos aprendían a estar en el planeta tocándose entre ellos. Si tuviera que ponerle un nombre a la primera clase del día, le pondría «clase de improvisación». Yonatani pensaba que el cometido de los profesores era observar a los niños atentamente; no vigilarlos, observarlos.

Mumei terminó por abalanzarse sobre un grupo de tres niños que estaban sentados, a los que cubrió con una especie de técnica de arte marcial pulpera. Al poco rato, falto de respiración, se retiró a una esquina de la clase con el cartel de VUELVO ENSEGUIDA que él mismo

había escrito colgado al cuello. La idea de hacer aquel cartel le surgió reflexionando sobre cómo podía descansar tranquilo sin que los compañeros lo molestaran. La tomó prestada de un cartel que vio en un restaurante de soba. Karo se le acercó y ladeó el cuello como flirteando.

–¿Qué pone en el cartel? –le preguntó.

Ya se lo había explicado el día anterior, pero ella volvió a hacerle la misma pregunta. Mumei se puso un poco de mal humor.

–Ya te lo dije ayer, ¿no? –le soltó a bocajarro.

–No recuerdo lo de ayer –le respondió Karo sin complejos.

Mumei se ofendió porque pensó que era imposible que hubiera olvidado los kanji que le había enseñado el día anterior y que se estaba burlando de él.

–¡No te rías de mí! –dijo alzando la voz, que resonó como una sirena inesperada.

En el mismo instante en que oyó que Karo se ponía a llorar, sintió un bofetón invisible, y entonces entendió, como a quien se le enciende la bombilla, que el modo en que funciona el cerebro es distinto en cada uno.

–Perdona, perdona. Aquí pone «Vuelvo enseguida». Significa que he salido un momento y que todavía está cerrado –le dijo repitiéndole exactamente la misma explicación que el día anterior.

–Esto de «Vuelvo enseguida» es bien raro. Ni que fueras una tienda –le replicó Karo a pesar de que el día anterior lo había entendido a la primera.

Así que esa era su táctica: llevarlo al límite poco a poco, haciéndole siempre la misma pregunta y dándole una respuesta diferente cada vez a pesar de que él le contestaba siempre lo mismo. Mumei pensó que el modus operandi de las niñas era realmente distinto, aunque, en realidad, no todas las niñas eran como Karo. El bisabuelo siempre le decía que desconfiara de las opiniones del tipo que los niños eran así y las niñas asá, porque había toda clase de niñas. Mumei se acordó de su vecina. Tenía los ojos separados y un rostro muy extraño. Quería regresar pronto a casa y contemplar aquel rostro de nuevo. Mientras estaba sumido en esos pensamientos, Yasukawamaru gritó:

–¡Profe, tengo que ir al baño!

–¡Yo también!

–¡Y yo!

Mumei prestó atención al estado de su vejiga, pero no sintió necesidad de ir al baño. Aun así, al ver los cabellos de los niños ondeando al unísono mientras salían del aula, se le antojó ir con ellos.

Aquello le recordó que en cierta ocasión el bisabuelo le había dicho entre risas que como la palabra «popó» era un calco de otro idioma, era mejor no imitar a los niños que decían «quiero hacer popó», y que, en su lugar, usara siempre «querer hacer una boñiga», que era una expresión espléndida y genuina. También le dijo que cuando vas a hacer pis con un amigo y la orina te sale a chorro es un momento ideal para tener una conversación de tú a tú.

El bisabuelo tenía dentro de la cabeza tanto los arcaísmos como las palabras que no podían usarse. A menudo decía que era mejor tirar a la basura ciertos enseres de cocina y juguetes, pero las palabras que no usaba, en lugar de tirarlas, las guardaba en un cajón de su cerebro.

En cierta ocasión le contaron que, en otros tiempos, las niñas y los niños iban a escuelas separadas. Al parecer, después llegó una época de medias tintas en que los colegios pasaron a ser mixtos, pero las letrinas –a las que empezaron a llamar «váteres»– y las clases de educación física siguieron siendo separadas. Más tarde llegó un periodo en que las clases de educación física también pasaron a ser mixtas, pero los «váteres» siguieron estando separados. Esa época llegó a su fin a medida que las diferencias entre los sexos se hicieron menos evidentes.

Mumei pensó que «váter» le sonaba a «cráter», pero tal conexión le pareció contradictoria porque un «cráter» expulsaba materia, mientras que el «váter» se la tragaba. Pero, al final, terminó por elucubrar que, como la palabra «váter» provenía del inglés, seguramente no tenía nada que ver con ningún «cráter».

El baño de la escuela de Mumei era mixto, un lugar repleto de divertidos colorines rojos, amarillos, azules y verdes por doquier. Podías sentarte a hacer caca con toda tranquilidad encima de una flor de loto, o rociar de pis una flor de crisantemo en un lecho de flores de un mural. Al parecer, los baños de épocas pasadas no eran un lugar para jugar, sino cuartos que debías usar con prisa y, después, irte. Si alguien se quedaba mucho rato dentro, se sospechaba que igual estaba

haciendo alguna cosa mala a escondidas. Seguramente también debía de tener alguna relación con minimizar el contacto con gérmenes, pero en algún momento se había dejado de temer a bacterias como la *E. coli*, porque el cuerpo había aprendido a combatirlas. El profesor Yonatani solía decir que en el medio en que vivíamos acechaban más peligros que en las bacterias.

–¡La península de Malasia! –le dijo Mumei a Yanagi, que estaba a su lado luchando con los pantalones.

–¿Qué dice? –le respondió Yanagi con apatía a la vez que seguía batallando con su ropa.

–Lo que estás a punto de sacar –dijo Mumei con una risita.

Mumei tenía un mapamundi colgado en la pared del fondo de su cerebro y, a veces, identificaba penínsulas y cordilleras de países lejanos en las cosas que veía. Sin embargo, Yanagi pareció no pillar aquello de la península de Malasia.

Los pantalones especiales que Yoshiro le había hecho no tenían ni cremallera ni botones, sino una parte de delante que estaba perfectamente superpuesta sin que se viera. Yoshiro se había aficionado a la costura a partir de los ochenta, pero, como le ponía mucho entusiasmo, mejoró rápido y confeccionaba ropa con cuellos y mangas tan creativas que a Mumei alguna vez incluso le había dado vergüenza llevarla. Justo estaba pensando que ojalá nadie se fijara en sus pantalones cuando el avispado Tatsugorô lo descubrió.

–¡Qué guay! ¡A ver! –empezó a gritar, y todos los niños de alrededor dirigieron su atención hacia él.

Tatsugorô dijo que quería ser artista para hacer ropa. Antaño, a los que se dedicaban a esto se les llamaba «diseñadores» y, por lo visto, estaban muy en boga. Tatsugorô no tenía ningún interés en hacerse rico ni en ser famoso, simplemente quería confeccionar unos vestidos bastante excéntricos que se le aparecían en sueños para que la gente los vistiera en la realidad.

–¿No te gustaría ponerte un traje de negocios que te convirtiera en una cigarra? –le había preguntado en cierta ocasión a Mumei–. Bastaría con que batieras las mangas para que empezaras a cantar como ellas.

A Mumei aquello le causó cierto pavor.

–¿No te gustaría llevar unos pantalones con cien bolsillos? –le preguntó otro día.

–Pero ¿para qué narices querría tantos bolsillos? –le respondió.

–Para tenerlo todo ordenado. El lápiz, la goma, las golosinas, las canicas, el billete de tren, las medicinas…

Los tres señores que aquel mes se encargaban de la limpieza de los aseos entraron en aquel momento. Se consultaban cosas animadamente mientras observaban una probeta que contenía un líquido del color de una rana de árbol. Uno había sido profesor de química en la universidad, otro parecía que había trabajado en una gran empresa farmacéutica y el último nunca hablaba sobre su pasado. Con la poca fuerza que Mumei y sus compañeros tenían era imposible que se encargaran de la limpieza de los baños, por lo que la élite de ancianos jóvenes se ocupaba de ella de forma voluntaria. Quizás limpiar les parecía poco, porque también desarrollaban nuevos dispositivos y antisépticos por su cuenta y, después, los donaban. Cuando Mumei se los encontraba, siempre sentía vergüenza, como si le hubieran visto sus heces, y se iba del baño a toda prisa.

En cierta ocasión, Yanagi se topó de improviso con estos tres señores de la élite de los ancianos jóvenes al salir de los aseos y se ofuscó.

–Les felicito por su magnífico trabajo –les dijo, dedicándoles una profunda reverencia con la cabeza.

Mumei observó aquello desde la distancia y se preguntó, admirado, de dónde habría sacado aquella expresión, y, posteriormente, en una clase sobre lenguaje formal, levantó la mano e informó de lo ocurrido.

–Eso es lo que el jefe les dice a sus trabajadores, pero tú no eres su jefe, ¿no? –le criticó el profesor Yonatani incómodo.

Al oír aquello, a Yanagi se le pusieron las orejas rojas como tomates.

–Entonces, ¿qué es lo que debería haber dicho? –preguntó.

–En ese caso, se diría «disculpen» –apuntó Kama orgullosa.

El profesor reposó una mano sobre el hombro de Kama con suavidad.

–«Disculpen» es una palabra que se usa cuando haces algo malo. Antaño también se recurría a ella a menudo cuando se quería pedir algo amablemente, pero nosotros no hemos hecho nada malo y no tenemos por qué disculparnos.

–Pero les estamos causando muchas molestias.

–La expresión «causarle molestias a alguien» ya no se usa. Recordad bien esto: antaño, cuando la civilización estaba subdesarrollada, se diferenciaba entre humanos útiles e inútiles. Pero vosotros no debéis adoptar ese modo de pensamiento.

–Antes se decía «gracias», ¿verdad?

–Decir «gracias» tenía un punto dulce y sonaba muy bien.

–Esa palabra también es un arcaísmo.

–Te debo una –gritó en ese momento la voz de alguien desde lo más profundo de su garganta.

Los niños se pusieron a reír a carcajada limpia y armaron tal barullo que aquello parecía una olla a presión en plena ebullición. El profesor Yonatani se aclaró la voz con teatralidad antes de empezar a hablar.

–La expresión «te debo una» se ha puesto de moda y hay quienes la usan para demostrar agradecimiento, pero si hablamos así a los ancianos, ya sean jóvenes, de mediana edad o, por supuesto, a los ancianos viejos, esa expresión les chirriaría. Lleváis cuidado con eso, ¿no?

–¡Nuncaaa! –dijo toda la clase al unísono como respuesta a aquella pregunta.

Se habían coordinado tan bien que parecía que habían acordado de antemano qué dirían y cuánto alargarían aquella segunda «a». ¿Por qué narices habían escogido esa «a»? Yonatani pensó que, puestos a alargar una vocal, seguramente él habría estirado la primera y hubiera dicho «¡Nuuunca!». ¿Acaso la generación actual tenía otro sentido del ritmo? Entonces, Tatsugorô dejó de formar parte de aquella risotada colectiva.

–¡«Te debo una» suena raro! ¡Es lo que dijo mamá el otro día cuando vino a casa! –contó frunciendo el ceño.

–¿Todavía usas la palabra «mamá»? ¡Qué anticuado! –lo ridiculizó

Yanagi.

La madre de Tatsugorô había mezclado el arcaísmo «mamá» con la leche de fórmula en los biberones que le había dado de bebé. Aunque ya no vivieran juntos, en el interior de sus oídos Tatsugorô siempre oía el dulce susurro de ella. Enfurecido porque se habían burlado de él por decir «mamá», se abalanzó sobre Yanagi.

–Pelea, pelea, veámosla –dijo Mumei con tono hastiado, y, entonces, ambos se detuvieron y se volvieron.

En ese momento, el profesor se interpuso sin vacilar, lo cual contribuyó a que ambos se olvidaran incluso de que iban a pelearse.

–«Gracias» era probablemente una buena palabra. Demostraba gratitud y sorpresa, pero ahora se dice en raras ocasiones, porque ya se da por sentada. Gracias –dijo Yonatani, pero perdió la confianza en sus propias palabras tan pronto las pronunció.

Con la de inesperados giros que daban todas las costumbres, la convicción de los adultos a la hora de enseñar a los niños qué era correcto hacer había caído en picado. Los niños desconfiaban de quienes rebosaban seguridad en sí mismos. En su lugar, preferían prestar atención a los que no escondían sus inseguridades. Yonatani proseguía con sus explicaciones con torpeza cada vez que vacilaba sobre alguna cuestión, reflexionaba en torno a ella desde varios ángulos y les transmitía todas y cada una de las dudas que tenía al respecto. Pero cuando la confianza en sí mismo lo abandonaba, la voz se le volvía débil y el aula se le alborotaba como una colmena de abejas en la que se introduce un palo. Yonatani pensó que, si no reaccionaba, perdería el control. ¡Vale! ¡Ya sabía qué hacer!

Yonatani se dirigió hacia el cuartito del material que había al fondo de la clase, cuya puerta corredera abrió con un traqueteo. A Mumei le empezó a latir el corazón con rapidez, expectante a más no poder. El profesor salió con el mapamundi de dos metros enrollado en un palo, que desplegó delante de la pizarra.

Mumei alzó ambos brazos y, poniéndose de pie, gritó:

–¡El paraíso!

Los otros niños dejaron de hablar, se reunieron delante de la pizarra y se sentaron formando un semicírculo. Mumei no era el único al que le encantaba ese atlas. Hinchado por el viento, aquel mapa se convirtió en la vela de un enorme velero. Rezumaba un olor salino y

se oía el rumor del oleaje. Los niños empezaron a sentir el lento vaivén del mar en todo el cuerpo. La brisa marina les alborotaba los cabellos mientras las gaviotas graznaban en el cielo azul.

–Vosotros ahora estáis aquí –dijo el capitán Yonatani poniendo la larga uña del dedo índice en medio del archipiélago con forma de caballito de mar.

El mapa tenía unas manchas marrones. Mumei se acercó de rodillas poco a poco para distinguir las islas de las manchas.

–En un pasado muy lejano, el archipiélago japonés era una península unida al continente, pero después se separó del continente. Hasta hace poco estaba más cerca, pero, con el último gran terremoto, se hizo una profunda fisura en el lecho marino y se alejó mucho. Este mapa se hizo antes de que eso ocurriera. Desde entonces, se han realizado investigaciones y exámenes a gran escala, pero todos se han quedado a medias. El gobierno dice que no puede crear un nuevo mapa porque no tiene los fondos suficientes, así que están pensando en recaudar un nuevo impuesto llamado «tasa cartográfica». Como consecuencia de la escisión del continente, el clima y la cultura de Japón han sufrido muchos cambios.

En cierto momento, Yonatani había empezado a hablar a los niños del mismo modo que les hablaba a los adultos porque, si mezclaba palabras desconocidas con vocabulario que dominaban, los niños podían entender el significado de las primeras sin tener que buscarlo en un diccionario. Del mismo modo, en las lecturas introducía un diez por ciento de palabras nuevas entre otras ya conocidas para que aumentaran el vocabulario. Lo único que podía enseñarles era a cultivar el lenguaje, por lo que su mayor deseo era que los niños plantaran, recolectaran, cosecharan, se alimentaran y engordaran a base de palabras.

Mientras observaban aquel mapamundi, Yonatani les contó historias de países allende los mares y los niños, cuyos ojos parecían uvas recién cubiertas por el rocío, no se cansaban de escucharlo. Entre aquellos niños, Yonatani debía escoger al mejor candidato para hacer de «emisario». Dado que a causa de su trabajo todos los días veía un montón de niños de primaria, Yonatani se lo había tomado como su misión. Para él, Mumei era el elegido, pero faltaba ver cómo evolucionaba a lo largo de los siguientes años para terminar de decidirse.

Mumei pestañeó con fuerza. Había sentido un pinchazo en el centro

de la cabeza. Los latidos de su corazón se le habían desplazado del pecho al fondo de los oídos. En la profundidad de la nariz percibió un sutil olor a sangre. Pero pensó que si en ese momento sacaba a colación que no se encontraba bien, el profesor dejaría de hablar sobre geografía, así que tragó saliva varias veces y cerró los puños con fuerza para contenerse.

A Mumei le pareció que aquel mapamundi era como una radiografía de sus propios órganos. El continente americano correspondía a la mitad derecha del cuerpo y el continente euroasiático, a la izquierda. Australia parecía la barriga. ¿Qué acababa de decir el profesor? ¿Que en sus orígenes el archipiélago japonés formaba parte del continente? Vaya, qué cosa. ¿Así que era una península? En ese caso, en el pasado podía acceder al continente a pie, atravesar una superficie tan extensa de tierra que incluso se podría sentir la redondez del planeta y andar tan lejos que uno llegaba a perder la conciencia.

–¿Por qué nos separamos del continente? –preguntó alguien.

Mumei quiso volver la cabeza para saber quién lo había preguntado, pero tenía el cuello tan tenso que no pudo hacerlo.

–Mi bisabuela me contó que en el continente nos odiaban porque Japón les hizo algo malo –explicó Tatsugorô orgulloso.

Al oír aquello, Yonatani asintió esbozando una sonrisa preocupada.

–Veamos, observad esto. En medio del mundo hay un mar enorme. Se trata del océano Pacífico. A la izquierda tiene los continentes euroasiático y africano, y, a la derecha, el americano. En el lecho del océano Pacífico, hay una placa que a veces se mueve con fuerza. Cuando eso ocurre, se ocasiona un fuerte terremoto en el linde de la placa que, en ocasiones, también llega a producir un tsunami. Por desgracia no hay nada que los humanos puedan hacer al respecto. La Tierra es así. Sin embargo, que Japón llegara a ser así no es culpa solo de los terremotos y los tsunamis. Si solo tuviera relación con los desastres naturales, ya lo habríamos superado hace tiempo. Todo esto no es cuestión únicamente de desastres naturales. ¿Me seguís?

Justo en el momento en que Yonatani decía eso, la alarma de incendios del aula empezó a sonar con fuerza. Yonatani se acercó a la máquina roja y apagó el interruptor.

–La Tierra es redonda –observó Mumei rápidamente, con voz suave pero con rotundidad.

La voz le salió sola, sin saber exactamente qué quería decir con aquello. Los niños que tenía alrededor lo miraron extrañados. Mumei empezó a mover los dos brazos como un pájaro que bate las alas. Actuaba así por angustia, pero desde fuera parecía que estuviera de broma e imitara a una grulla. El profesor entrecerró los ojos y se puso a reír.

–Eso es. La Tierra es redonda. Este mapamundi representa en plano la superficie de la esfera. Se me había olvidado comentarlo –dijo rascándose la cabeza como si le picara.

Yasukawamaru se sintió engañado y puso cara de enfado.

–¿Cómo? ¿Que es redonda? Entonces, este mapa es un timo, ¿no? –dijo.

–¿Qué es eso de que es redonda? –alzó la voz Tatsugorô, también con disgusto.

Yonatani se quedó sin habla. Engañarlos no era su intención. Lo que pretendía enseñarles era más importante que el hecho de que la Tierra fuera redonda. Aunque la forma de la Tierra quizá también era importante.

–Después todos recortaremos un papel e intentaremos hacer una Tierra con forma de pelota.

Mumei empezó a mover los brazos con frenesí para soportar el dolor que sentía en ambas sienes, como si se las estuvieran taladrando. Se extrañó de que los niños de su alrededor parecieran no percatarse de ello. Como la sensación de aislamiento le nublaba la visión, se concentró en observar el mapa a la vez que fruncía el ceño como para enfocar. Mirara como lo mirase, ese mapa era un retrato igualito a él. El contorno de las curvas ascendientes y descendientes de la cordillera de los Andes era exactamente como la curvatura del hueso que unía la cadera derecha con el tobillo. En la cumbre, los huesos del torso se le encorvaban hacia dentro, y la cordillera emergía desde la izquierda confluyendo con el mar de Bering. Tenía todos los huesos arqueados. No porque él quisiera, sino porque ya estaban así. Si eso era lo que llamaban «dolor», había estado ahí desde el principio, sin razón alguna. El agua derretida del hielo del Polo Norte, ese gélido mar, era el cerebro. La tierra estaba repleta de intríngulis. Los pulmones eran el desierto del Gobi, y la palma extendida al lado, Europa. El torso prominente y las nalgas estrechas del continente africano le parecieron una bailarina sosteniéndose sobre una pierna. La garganta,

que unía África y Europa, se retorcía porque tenía la tiroides y las amígdalas hinchadas, gritando para que alguien hiciera algo. Australia era una barriga con forma de bolsa, una bolsa en la que cabían un sinfín de alimentos pero que él no podía comer.

–Fijaos, los mapas del mundo hechos en Japón siempre han tenido el océano Pacífico en medio, el continente americano a la derecha y los continentes euroasiático y africano a la izquierda, pero la misma Tierra partida de otro modo daría lugar a un mapamundi distinto –dijo el profesor, observando los rostros de los niños de su alrededor.

A Mumei aquello le sorprendió y, al instante, se liberó del dolor que le producía el solapamiento de su cuerpo con el mapamundi. Entonces, también había mapas distintos. El profesor prosiguió con su explicación.

–Hay una fosa oceánica en forma de anillo que rodea el océano Pacífico. El círculo que traza recorre toda Sudamérica hacia arriba, hasta California, después vira a la izquierda, cruza Alaska y une Kamchatka con las islas Marianas. El archipiélago japonés se encuentra encima de ese anillo, que se hunde en la zona este de Japón.

–¿Cuántos vasos de agua hay en el océano Pacífico más o menos? –preguntó de repente Yanagi.

El comentario suscitó unas risas, pero Yonatani respondió rápido sin siquiera pestañear ni fruncir el ceño.

–¡Pues puede que se haya derramado por el temblor de los terremotos y que haya menos cantidad que antes!

–¡Mentira, mentira! ¡El profesor es un mentiroso! –dijo Kama a bocajarro con voz chillona.

En ese momento, Mumei percibió el temblor de la Tierra en el remolino que tenía en el pelo, mientras el agua del océano Pacífico salpicaba el cosmos. Sintió espasmos tanto en los brazos como en los dedos. Si seguía con esas convulsiones, al final los huesos y los músculos se le fundirían y, convertidos en gotas, salpicarían en todas direcciones. ¡Aaah! ¿Qué podía hacer? ¡Aquello era imposible de detener! Impactados, todos los niños tenían los ojos y la boca abiertos de par en par, pero Mumei no sabía quién era quién. La voz no le salía. En el rostro del profesor, vio un remolino de agua que se tornaba cada vez más grande y, después de eso, se hizo la oscuridad.

En la calle había un panel de cristal transparente y, debajo, una cavidad que se extendía hasta el infinito. El fondo no se veía. Decían que ese panel de cristal resistía impactos fuertes, pero, en el improbable caso de que el cristal se rompiera, nadie sabía cuán abajo llegaba. Tras haberse confirmado que la gran cantidad de sustancias tóxicas que contenía el subsuelo traspasaban el asfalto y supuraban a la superficie de las calles, el gobierno central no investigó la cuestión a pesar de que los ciudadanos exigían responsabilidades. De modo que las autoridades locales solicitaron ayuda a una empresa especialista en perforaciones para que cortara el asfalto y excavara hasta las profundidades de la tierra, y después se les pagó una suma de dinero para que cubrieran la superficie con ese panel de cristal y evitaran así que los transeúntes cayeran al infierno. Todo el mundo prefería no saber qué había hecho aquella empresa con las sustancias contaminantes, pero un periodista honrado de un periódico investigó el asunto al detalle y dedujo que la misma empresa se las había vendido al propio gobierno. Pero ¿qué había hecho después el gobierno con aquella tierra contaminada que tan cara le había salido? Un oficial del Ministerio de Contaminación del Medio Ambiente improvisó el argumento de que la habían llevado fuera del sistema solar con un cohete privado para deshacerse de ella, lo cual despertó risas de desprecio entre los ciudadanos. Durante mucho tiempo, el cielo se colmó de estrellas que les dedicaban risas frívolas a lo largo de toda la noche. La luna, estupefacta, había desaparecido, lo cual preocupó a algunos. Por fortuna, al poco tiempo regresó, pero con el semblante exhausto.

La noche del regreso de la luna, los jóvenes durmieron a pierna suelta, respirando hondo, y de entre sus piernas, que tenían dobladas y bien abiertas, rezumaba una fragancia de higos maduros. A Mumei aquel aroma dulce también lo despertó y salió de la cama, cuyas sábanas había humedecido con una gran mancha de jugo rojo. Tuvo la sensación de que alguien lo observaba desde fuera, por lo que abrió las cortinas, y se encontró con una luna llena amarilla en el horizonte que lo miraba fijamente. ¿Por qué estaría tan grande? ¿Sería que la miopía le había ido en aumento y que la veía borrosa? Quizá debía pedir que le compraran unas gafas. No, gafas ya llevaba. Se dio cuenta de que había unas encima del escritorio. Mumei era consciente de que tenía quince años. Recordó con toda claridad que cierto día, cuando estaba en primaria, había perdido el conocimiento mientras observaba un mapamundi. Le pareció como si aquel día hubiera dado un salto en el tiempo de algún modo y el viento se lo hubiera llevado al futuro. A pesar de todo, se encontraba bien. Era como si sus carnes se hubieran

adaptado perfectamente a un abrigo que en teoría debía irle demasiado grande. Cerró los párpados porque empezaron a pesarle mientras observaba la luna, y cuando volvió a abrirlos la noche se había desvanecido. Se quitó el pijama y se vistió con un traje de seda azul, se puso las gafas y se anudó una corbata fina de color rojo violáceo. Se subió a la silla de ruedas y salió. En el cristal que cubría la calle se reflejaban los colores del arcoíris con el sol de la mañana como si fueran pompas de jabón. Mumei empezó a deslizarse con soltura sobre el cristal como si patinara libremente sobre hielo. La bola de control leía con precisión su voluntad a través de los dedos: cuando quería que la silla de ruedas girara a la derecha, así lo hacía, y cuando quería que se detuviera, se detenía al instante. Cuando iba a primaria, podía andar distancias cortas por su propio pie, pero, al haber crecido, se le hacía difícil moverse y no podía permanecer en pie durante ratos prolongados. De modo que a los quince años ya no podía andar, pensó, pero aquello tampoco le sorprendió. Un deseo de querer avanzar en diagonal hacia la derecha le emanó desde el abdomen y le llegó hasta los dedos, con los que presionó suavemente la bola de control que tenía justo delante del reposabrazos, y la silla empezó a moverse en diagonal hacia la derecha.

«¡Ah!», probó a decir Mumei. Pero no fueron sus cuerdas vocales las que hablaron, sino que la voz había salido de su reloj de pulsera. Era una voz joven y suave que transmitía confianza y que rebosaba calidez, alegría y fuerza. Sintió inestabilidad en sus órganos respiratorios. Seguramente pronto tendría que respirar a través de una máquina externa. Llegado el momento, no podría separarse de ella para vivir. Si la silla de ruedas volcara, ¿qué pasaría con la máquina? Si en algún momento llegara a necesitar asistencia las veinticuatro horas del día, sería muy frustrante. A Mumei le gustaba salir solo y bajar la cuesta a toda velocidad hasta volcar la silla de ruedas. Al caer, se olvidaba de la silla, se tumbaba boca arriba y observaba el cielo. ¿Durante cuántos años más podría disfrutar de esos impulsivos paseos? Caer cuando la silla volcaba no le daba ningún miedo. El impacto no era tan fuerte como para romper la superficie de cristal y, como ovillarse se le daba bien, no se había roto ningún hueso hasta entonces. Cuando la silla volcaba, la alarma interna llamaba al Cuerpo de Mujeres al Rescate de modo automático, y un grupo de abuelas jóvenes acudía a ayudarlo de inmediato. Mientras esperaba a que llegaran, saboreaba la felicidad de estar tirado sobre la superficie de la Tierra. La gravedad se resistía a abandonarlo, por lo que era imposible caer al cosmos. Respiraba mientras observaba el cielo. Sin miedo. La generación de Mumei tenía el don de no desmoralizarse. Una vez más, los que se lamentaban eran los mayores. A sus ciento quince años,

Yoshiro seguía conservándose bien físicamente y seguía alquilando un perro todas las mañanas para salir a correr «a lo novia a la fuga», exprimía un zumo de naranja para Mumei, cortaba la verdura en trocitos, se cargaba la mochila a la espalda e iba a comprar al mercado sin intermediarios dando un paseo, pasaba un trapo por la superficie de la cómoda y el marco de la ventana para limpiar el polvo que se había ido acumulando poco a poco sin darle tiempo a asentarse, escribía postales a su hija, lavaba a mano la ropa interior en la pila y, por la noche, sacaba la caja de la costura y creaba ropa original para su bisnieto. ¿Por qué razón nunca se tomaba su tiempo para descansar? Pues porque, cuando no hacía nada, se ponía a llorar sin remedio. Mumei se sacó del bolsillo un billete alargado que contenía un dibujo de un transatlántico de pasajeros y se quedó observándolo. Como había viajado en el tiempo, no sabía exactamente de dónde había salido ese billete, pero tampoco le resultó desconocido. Cerró los ojos, cogió aire e intentó recordar algo. En ese momento, evocó un vago recuerdo del futuro. Lo habían escogido como «emisario» para viajar de polizón a Madrás, en la India. Allí había un instituto internacional de investigación científica donde lo estaban esperando para investigar datos sobre su estado de salud que podían ser de utilidad para personas de todo el mundo y, quizá, alargarle la vida.

Su tutor de primaria, el profesor Yonatani, le había preguntado si quería ser emisario. No se había puesto en contacto con él desde el colegio, pero, el día en que Mumei cumplió quince años, Yonatani apareció de improviso por su casa para sorpresa no solo de él, sino también de Yoshiro. Tras tener una conversación banal los tres, el profesor invitó a comer fuera solo a Mumei. Lo llevó a un restaurante de alta cocina especializado en nueces, donde estuvieron charlando mano a mano durante tres horas en un salón privado sin ventanas. Al principio, el profesor le habló sobre su infancia.

El padre del profesor Yonatani, que al parecer se apellidaba Jonathan, había desaparecido justo después de casarse. La madre había querido conservar el apellido de él para la familia, pero en esa época tener lazos de sangre con una persona extranjera podía hacer que te vigilaran, por lo que apellidarse Jonathan podía acarrear problemas. De hecho, a veces le parecía que la espiaban y que la policía había entrado en su casa buscando alguna prueba, a pesar de no le habían robado nunca nada. Por esa razón decidió cambiar el apellido de la familia y a Yonatani dejó de hablarle de su padre, estrechándolo entre sus gruesos brazos para protegerlo. Al decirle aquello, en el rostro de Yonatani aparecieron algunos rasgos en los que Mumei no había reparado hasta entonces: la nariz le nacía en un entrecejo muy alto; tenía las cejas y los ojos hundidos, la mandíbula

marcada, los mofletes con hoyuelos y el mentón largo.

Aquella fue la primera vez que Mumei oía la palabra «emisario». Yonatani le explicó en voz baja que no debía tener miedo porque, aunque no podía hacerse público el asunto del envío de un emisario al extranjero, tampoco podía considerarse un delito porque no estaba prohibido. Si bien alguna vez habían arrestado durante unos días a algunas personas que viajaban al extranjero como polizones, al final no se había penalizado nunca a nadie. La versión oficial del gobierno acerca de la política del aislacionismo era que querían detener el surgimiento de movimientos que promovieran ideologías a favor de la apertura abiertamente, pero que no tenían intención de imponer restricciones legales para impedir viajar con libertad a los individuos. En todo caso, aunque aquello fuera verdad, las políticas del país podían cambiar de la noche a la mañana. Nunca podía saberse con certeza: tan pronto una semana un movimiento pasaba desapercibido, como la semana siguiente podía ser motivo de cadena perpetua. Antes de que eso sucediera, la Sociedad de Emisarios a la que pertenecía Yonatani quería encontrar y mandar al candidato más adecuado al extranjero. Si lo hacían, daría pie a una investigación continuada sobre el estado de salud de los niños japoneses que podría usarse como referencia en caso de que en otro país surgiera un fenómeno similar. No cabía duda de que el futuro pasaba por reseguir la curva del globo terráqueo. Al fin y al cabo, por muy fantástico que pudiera parecer el aislacionismo, no era más que un castillo de arena que poco a poco podía derrumbarse con una pala de juguete. Con tal fin, y a través del sector privado, la Sociedad de Emisarios había pensado mandar, de uno en uno, a varios jóvenes al extranjero.

Públicamente se desconocía la existencia de la Sociedad de Emisarios porque no tenían ningún boletín ni se organizaban reuniones a las que asistieran todos los miembros, solo se citaban para hablar en casas privadas en grupos de tres o cuatro personas como mucho. Asimismo, tampoco tenían que pagar ninguna cuota de socios ni se les daba un carné. Las oficinas centrales estaban en la pequeña isla de Shikoku, pero eran difíciles de localizar porque tenían ochenta y ocho puntos esparcidos por toda la isla. Mumei preguntó si había algún modo de reconocer a sus miembros, a lo que Yonatani le respondió que no particularmente. Sin embargo, aquellos que pertenecían al grupo tenían un pequeño ritual que realizaban por voluntad propia. Se levantaban antes del amanecer, y cuando se disponían a ponerse a trabajar, encendían una vela de cinco centímetros de diámetro y diez de alto con la que se adentraban en la oscuridad.

Según la explicación de Yonatani, Mumei debía ir a la hora indicada al muelle que tenía el cartel de PASAJEROS INTERNACIONALES del puerto de Yokohama. Un barco de la policía fronteriza con una línea verde en el casco lo estaría esperando. Cuando del barco bajara un hombre vestido con uniforme, tendría que enseñarle el billete y preguntarle adónde debía ir. Si el hombre le respondía «Por ahora, sube a bordo», podía subir sin miedo. El barco navegaría hasta mar abierto, donde Mumei sería entregado a un barco extranjero. Al parecer, convencido de que él era el mejor candidato para hacer de emisario entre todos los niños a los que había enseñado, el profesor Yonatani había estado al corriente de su evolución, incluso después de que terminara la primaria, a través de otras personas.

Yonatani le explicó que había decidido hablarle del tema tras considerar que a los quince años Mumei ya tendría la madurez mental suficiente y que no tardaría demasiado en necesitar una máquina para respirar. Asimismo, con la vena de la sien hinchada, el profesor le comentó que, por supuesto, era libre de rechazar la propuesta o de pedir un poco más de tiempo.

–Entendido. Partiré de inmediato.

Con la misma voz de siempre, Mumei pronunció aquellas palabras alto y claro. Quedaron en verse de nuevo al día siguiente en el mismo restaurante, pero, camino de casa, Mumei pensó en su bisabuelo y le asaltaron las dudas. Con el paso del tiempo, la relación con su bisabuelo se había estrechado. Mumei evocó fragmentos de algunas de las experiencias vividas a lo largo de aquellos fugaces años. Como, por ejemplo, la Liga Plateada. ¿Qué pasaría con la Liga Plateada si él se iba? Hacía unos tres años, a Mumei se le empezó a encanecer el pelo y en un abrir y cerrar de ojos,ya lo tenía todo de un color plateado brillante.

–Con este pelo parecemos gemelos, ¿verdad? –le dijo cierto día Mumei a Yoshiro para hacerlo reír mientras se miraba abstraído en el espejo.

Yoshiro estrechó a Mumei contra su pecho y se puso a peinarlo con ternura a la vez que las lágrimas le corrían por el rostro.

–Bisabuelo, ¿qué te parece si creamos la Liga Plateada? Las canas serán nuestra credencial. Tú ya hace más de cincuenta años que tienes el pelo gris y sigues estando la mar de bien, así que yo también seguiré estando bien por lo menos cincuenta años más –se apresuró a decir Mumei.

Aquellas palabras detuvieron milagrosamente las lágrimas de Yoshiro, cuyos ojos esbozaron una sonrisa argentada.

Un día, de repente, la señora Nemoto y Suiren, las vecinas, se fueron a vivir a otro lugar. Aunque todavía era pequeño, Mumei intuía que Yoshiro y Nemoto llevaban un tiempo manteniendo una relación amorosa. La señora Nemoto se fue sin dejar siquiera una nota con su nueva dirección y después jamás se volvió a poner en contacto con ellos. Yoshiro estuvo apagado durante una época, pero Mumei recordaba haberle oído decir algo como: «Seguro que se han tenido que esconder forzadas por las circunstancias, pero, aunque esté triste, como tú estás conmigo, todo irá bien». A pesar de estar alicaído un tiempo, Yoshiro fue recuperando la compostura poco a poco y su rostro volvió a brillar. En realidad, a Mumei también le había dolido perder a Suiren, que le había dejado una especie de hueco en el corazón. Mumei abría bien las manos extendiendo los dedos para quitarse la desilusión que le quemaba en las palmas. Quizá esa era su forma de aceptar la existencia de aquella telaraña conformada por esas «circunstancias» que los envolvía a todos, aunque no lo comprendiera.

La primera vez que Mumei se fijó en Suiren fue aquella mañana en que todavía iba a segundo de primaria. Aquel día, tras haber llevado a Mumei al colegio, Yoshiro regresó a casa a pie empujando el manillar de la bicicleta con vigor como si cogiera por los cuernos a un búfalo de agua enojado. El sol parecía haberse quitado de encima el velo de finas nubes con furia y brillaba implacable sobre su frente. Le daba la impresión de que todo lo que se presentaba ante sus ojos causaba sufrimiento, incluso los pobres postes de la línea telefónica parecían estar molestando al paisaje con sus inútiles palos verticales. Tenía la sensación de haber cometido un gran error en el pasado, pero no recordaba cuál, y eso le corroía por dentro. Por culpa de ese error todos estaban encarcelados. Los postes telefónicos constituían las rejas que todas las mañanas le recordaban que permanecía a ese lado y que no podría cruzar al otro. Cuánto le gustaría poder dar su nieto a su hija y su bisnieto a su nieto y volar a través del cielo. Pero aquello no era deseo, sino furia. Para que no le estallara el corazón de la rabia, probó a reírse a todo pulmón, pero ni con esas consiguió disiparla.

En una época pasada, cuando las luces del semáforo cambiaban de rojo a verde, los transeúntes cruzaban la calle todos a la vez tan tranquilos. Miraras como lo miraras, aquel color era verde, pero todos decían que la luz del semáforo era «azul».[19]

Las verduras frescas eran azules y la hierba frondosa, también. Incluso los domingos eran azules. No eran verdes. Eran azules. Cerúleos. El mar azul, el cielo azul, la pradera azul. No eran verdes. ¿Y la política? Tampoco. No era verde ni limpia. La limpieza se asociaba con las soluciones antisépticas: químicos usados para cargarse en masa a todas las bacterias que les interesaba eliminar, del mismo modo que hacían con los humanos. En el bosque, escondidos en un lugar secreto, la administración se dedicaba solo a privatizar y manosear las leyes. ¡Qué mierda! Quería hacer un gurruño con ellos y tirarlos a la basura. Su bisnieto siempre le decía que quería ir a un prado para hacer un pícnic. Pero no podía concederle ni siquiera ese simple deseo. ¿De quién era culpa? ¿Qué culpa? ¡La de la contaminación del campo! ¿Y qué pensaban hacer al respecto? La riqueza carece de valor comparada con una brizna de hierba. ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Sacaos las excusas de cerumen de los oídos con un bastoncillo! ¡Limpiaos los oídos y escuchad bien! En ese instante, saltó una piedrecita de la rueda delantera de la bicicleta que le rebotó a Yoshiro en la pierna. ¡Qué dolor!

–¡Mierda! ¡Mierda! –maldijo en voz alta a la vez que tragaba saliva para reprimirse, pero cuando se dio cuenta de que no tenía a Mumei al lado y que podía decir todas las palabrotas que quisiera, ya se le había pasado el enfado. «Qué impaciente y malhablado soy», pensó. Si Mumei no estuviera con él, su vida apestaría a podredumbre.

Al regresar a casa, observó el resplandeciente contorno de la casa de las vecinas. La rodeó por el lado sur, pero todas las cortinas estaban corridas. Yoshiro desistió y volvió a su propia casa. Se sentó en la silla plegable para ponerse a trabajar en la novela que estaba escribiendo. En ese momento, oyó el inquietante sonido de unas alas que batían con fuerza en el exterior. Pensó que debía ser la paloma mensajera electrónica y se levantó para abrir la ventana. Al ver que una sombra negra cruzaba el patio, salió corriendo, descalzo. Tal como estaba programada, la paloma, que volaba mediante placas solares, sobrevoló la casa de Yoshiro tres veces y después aterrizó frente a la entrada. Cuán temibles eran aquellos ojos que brillaban como perlas negras. Yoshiro sacó la carta que la paloma tenía metida en un tubito dorado que sostenía con sus largas garras, la desenrolló y leyó que Mumei había perdido el conocimiento en clase y que un médico le estaba haciendo un chequeo.

El Mumei de quince años percibió que se le acercaba otra silla de

ruedas. En ella iba una chica con el cabello gris brillante que tendría más o menos su edad. A Mumei se le ocurrió proponerle formar parte de la Liga Plateada, y su semblante irradió tal amabilidad que la chica le correspondió con una sonrisa. La chica detuvo la silla de ruedas y se lo quedó mirando, parpadeando, como si quisiera preguntarle algo. Mumei se acercó a ella a ritmo de caracol. Cuanto más se acercaba, más peculiar encontraba su rostro. Tenía los ojos más separados de lo normal, y aunque debían de ser oscuros, desprendían un brillo azulado según cómo les daba el sol. Al darse cuenta de que la chica le estaba mirando la zona de la barriga, Mumei bajó la cabeza. No vio nada en particular. No obstante, aunque no podía verla, entre la cómoda ropa que lo envolvía sintió una especie de bola candente en su regazo.

Mumei pasó junto a la chica y de inmediato hizo un cambio de sentido para colocar la silla en paralelo a la suya, mirando en la misma dirección. Pensó que si se ponía de cara a ella estarían demasiado separados para poder hablar.

–¡Cuánto tiempo! –le dijo ella.

¿Eh? Mumei volvió la cabeza, estirando el mentón, y, en el momento en que se encontró cara a cara con el rostro de la chica, sintió como si el espacio que había entre ellos lo absorbiera.

–¿Eres la niña que vivía en la casa de al lado?

–¿Te acuerdas de mí?

–Desaparecisteis de repente. ¿Qué sucedió?

–Nos vimos forzadas por las circunstancias.

Hubo una breve pausa.

–¿Tienes tiempo? ¿Te apetece que nos acerquemos a ver el mar?

Suiren asintió con la cabeza y ambos empezaron a deslizarse sobre la placa de cristal, el uno al lado del otro. De algún recoveco de su cerebro, a Mumei le surgieron un par de dudas. ¿Por qué el mar se encontraba tan cerca? ¿Tanto se había estrechado la isla de Honshû? Pero aquellas preguntas se esfumaron tan rápido como habían aparecido. Cuando encontraron una ladera pronunciada a su derecha Mumei la bajó raudo y veloz, sin poner el freno. Cuando llegó a la playa, volcó la silla y se tendió de espaldas sobre la cálida arena. Respiraba jadeante de la emoción.

–¡Pruébalo tú también! –le recomendó gritando a la chica, que seguía en lo alto de la ladera.

La silla de Suiren empezó a descender. Rápidamente fue aumentando de velocidad y, en el instante en que las ruedas llegaron a la arena, ella inclinó hacia delante su centro de gravedad y cayó con suma precisión al lado de Mumei. Las olas rompieron varias veces hasta que se le reguló la respiración.

–Si me fuera más allá del mar, ¿vendrías conmigo? –le preguntó Suiren.

Aquella pregunta pilló a Mumei por sorpresa y no supo qué responder. Suiren frunció el ceño.

–Pensaba que tenías curiosidad, pero quizá me equivocaba. Tienes mucho miedo. Bueno, no pasa nada. Iré yo sola.

–Por supuesto, vayamos juntos. Pero... –se apresuró a responder Mumei.

Por primera vez, a Mumei se le ocurrió un plan, pero enterró la frase «Yo también iba a atravesar el mar solo» en la arena. Si no se lo decía, le daría a entender que había decidido abandonar su vida solo por ella.

La cálida arena olía a alga y, en la piel, el sudor se mezclaba con un aire húmedo y pegajoso que, al rozar los labios, sabía a sal. El rumor del oleaje se oía muy cerca, pero al alzar la cabeza para observar las olas vieron que el mar estaba más lejos de lo que pensaban. Mumei reparó en que la parte inferior del cuerpo se le enfervorizaba sobre la candente arena y, en ese momento, el corazón le dio un vuelco. Sentía que se estaba produciendo un cambio en su entrepierna. Se estaba transformando en mujer. A Suiren los trocitos de conchas que conformaban la arena le brillaban en la frente. ¿Seguiría siendo una chica o se transformaría en chico? Tenía un rostro bello de mujer, pero también había muchos chicos así. Suiren movió las cejas y los labios con ademán provocativo. Mumei quiso levantar el torso para leerle mejor los labios porque no alcanzaba a oír lo que decían, pero se quedó clavado en la arena sin poder moverse. Vio que Suiren ya estaba sentada. Su rostro le tapaba el cielo. Tenía un amplio entrecejo. Un ojo a la izquierda y el otro a la derecha. Cada vez se desdibujaban más. Aquellos dos ojos en realidad no eran ojos, sino pulmones. Tampoco eran pulmones, sino un par de habas gigantescas. No, tampoco eran habas, sino rostros humanos. A la izquierda, el del

profesor Yonatani, y a la derecha el de Yoshiro. Ambos rostros se retorcían, como preocupados. «Estoy bien, he tenido un sueño maravilloso», quería decirles, pero no conseguía mover la lengua. Por lo menos quería sonreírles para que se tranquilizaran. Estaba sumido en ese pensamiento cuando en la nuca le apareció una negrura con guantes que se apoderó de todo su cerebro, y entonces Mumei cayó en la más oscura profundidad del estrecho.

[←1

]

En Japón conviven tres tipos de escritura: el *kanji*, caracteres que tienen su origen en el chino antiguo; el *hiragana*, silabario para escribir palabras de origen japonés, y el *katakana*, silabario para escribir palabras de origen extranjero. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[←2

]

Sandalia tradicional japonesa hecha con cuerda de paja.

[←3

]

«*Made*» en *hiragana* significa «hasta» en japonés. Por tanto, en lugar de interpretar «hecho en Iwate», interpretan «hasta Iwate».

[←4

]

Calzado tradicional japonés con forma de chancla y suela gruesa de madera.

[←5

]

El texto hace referencia a la leyenda de Kaguyahime, la princesa de la luz. Este cuento tradicional japonés narra la historia de un cortador de bambú que, cierto día, en el interior de una caña de bambú que emitía una luz deslumbrante, encontró a una pequeña niña recién nacida que venía de la Luna a la que cuidó como a una hija propia junto con su mujer, con quien no había podido tener niños.

[←6

]

Un *mokugyo* –literalmente, «pez de madera»– es un instrumento de percusión hecho de madera que se toca en rituales budistas de tradición *mahayana* y que acompaña el recital de *sutras*, mantras y otros textos.

[←7

]

Cinta para cubrir la frente que los japoneses se anudan a la cabeza como señal de éxito o esfuerzo.

[←8

]

Edo es el nombre que tenía Tokio antes de la restauración Meiji de 1868.

[←9

]

Shitamachi es la zona del este de Tokio cercana a la bahía, cuyos barrios, entre los que se encuentra Asakusa, destacan por ser los más tradicionales de la ciudad. De esta zona son típicas las *kaminari okoshi* (literalmente, «galletas del trueno»), unas galletas cuadradas hechas de arroz hinchado, azúcar y sirope, y de las cuales también hay

versiones en que se añaden cacahuetes, sésamo y otros ingredientes.

[←10

]

Templo portátil sintoísta que se saca a la calle en procesión en los festivales.

[←11

]

Espectáculo humorístico tradicional originariamente de Osaka en el que dos actores –uno que hace de serio (el *tsukkomi*) y otro que hace de gracioso (el *boke*)– hacen chistes en torno a malentendidos y juegos de palabras.

[←12

]

Las florecitas hacen referencia al *hanafuda* –literalmente, «cartas de flores»–, una baraja que se inventó a mediados del siglo XVI cuyos palos vienen diferenciados por el dibujo de distintas flores.

[←13

]

Banda musical callejera –cuyos músicos van vestidos con atuendos tradicionales– que solía desfilar por la ciudad para anunciar la apertura de nuevas tiendas y otros establecimientos, o actos o descuentos especiales que hubiera en estos.

[←14

]

Estilo de cocina japonesa que abarca varios tipos de guisos y sopas hechos en cazuelas de arcilla o hierro y que se cocinan en la misma mesa con hornillos portátiles para compartir entre familiares y amigos.

[←15

]

Referencia a un cuento popular que relata la historia de un pueblo en el que había un río cuyo puente estaba en cons-

[←16

]

El *hinomaru bentô* es un tipo de comida para llevar que consiste en arroz blanco con una ciruela encurtida en el centro. Asimismo, es un modo de referirse a la bandera japonesa.

[←17

]

Producto tradicional japonés elaborado desde el siglo XIV, consistente en una masa de pescado cocida al vapor, tradicionalmente de forma semicilíndrica y que se sirve de acompañamiento, especialmente con el *ramen*.

[←18

]

El primer *kanji* de la palabra «martes» en japonés (火曜 日) es el *kanji* de fuego (火); el primero de «miércoles» es el *kanji* de agua (水); el de «jueves», el *kanji* de árbol (木), y el de «viernes», el de oro (金).

[←19

]

En japonés, antiguamente no se distinguía entre el color azul y el verde, sino que a ambos se los llamaba 青 (*ao*), azul. Si bien hará cuestión de un milenio se introdujo la palabra 緑 (*midori*), verde, por costumbre sigue prevaleciendo el uso de la palabra *ao* para describir ciertas cosas verdes.